



RICARDO HAYE

AGUAFUERTES *Contemporáneas*



A partir de nuestras experiencias, deseos e imaginación, las ficciones que creamos perfilan otra realidad que...

...ese contar que ninguna manera puede considerarse nuestro al momento, las...

*...adores...
...itivos que...*



Ricardo Haye

AGUAFUERTES CONTEMPORÁNEAS



PubliFadecs

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue

2022

Haye, Ricardo M.

Aguafuertes contemporáneas / Ricardo M. Haye. - 1a ed. - General Roca
: Publifadecs, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4459-47-3

1. Radio. 2. Periodismo. 3. Reflexiones. I. Título.

CDD 302.2344

© Ricardo Haye

Primera Edición: noviembre 2022

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Diseño: Viviana García



Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o **Creative Commons**.



Esta permitido la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones.



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: solo esta autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

© **PubliFadecs**

Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue

Mendoza y Perú (8332) General Roca. Rio Negro. República Argentina
publifadecs@hotmail.com

PRÓLOGO

“Esa es nuestra inquietud, la búsqueda de un pensamiento”

Roberto Bolaño

Los días se extrañan a sí mismos. Las rutinas cotidianas de la casa abundan, se expanden, se toman más tiempo en la cronología diaria. Una lentitud anodina a veces impregnada por la secuencia apocalíptica que gira hacia los confines, invade el silencio de los satélites y regresa en las pantallas, esos encuadres imprecisos y trozados por la voluntad del impacto. Efímeros documentos sin reservas que pretenden ser ventanas. Vidrios con tecnología *amoled*. Blindada la mirada, cerrazón con alto contraste lumínico para el paso hacia allá. La vida en pandemia no es un modo de vivir que se conjuga en pasado. Acá sigue. Hubo un tiempo en que la marea bajó, acompañada de un extraño rumor. La marea humana, en cambio quiebra el pacto entre natura, políticas de salud y vacunas que aterrizan de madrugada, y pretende arrasar con lo reconstruido a medias, con los pasos que hemos dado a tientas. La marea regresa a su altura de amenaza. Logra subirse a la mirada, reemplazar el tedio por la incertidumbre, un aderezo de miedo y gravedad indigesta la oportunidad de la búsqueda interior que pregonan y estimulan quienes buscan una respuesta a favor del futuro en la herida de la crisis. Revuelven en los túneles, reverberan sus voces con *delay* en varias redes a la vez.

Tratamos de estar del lado que acerca, a sabiendas que la distancia opaca la vitalidad del encuentro a flor de piel, el perfume del abrazo mezclado con el calor único del cuerpo querido. Si te extraño es por estas cosas, decimos, porque hablar podemos a fuerza de voluntad, y poniendo la emoción sobre los límites de los bits, los píxeles que desarman la imagen, siempre a punto de la extinción y con la arritmia que imponen el ancho de banda y lo que funciona mejor “si nos conectamos fuera de la

hora pico". El tránsito de la vida moderna no tiene reglas, salvo la que impone la técnica.

Los escribas de esta época sin fin, acudieron desde el principio al ejercicio de la razón y al lenguaje de un modo más o menos austero y urgente –depende el caso– para intentar hallar explicaciones a lo que sucede y a la vez registrar los hechos de la historia. Cada uno aportó un perfil distintivo para pensar los problemas y sus consecuencias futuras: profundidad, anhelo de esperanza, voluntad de acertar con la verdad aun no dicha. Una larga fila de autores que sería ominoso y repetitivo nombrar asumieron el compromiso de reconstruir lo que vivimos y entregar escritos para una lectura ya no encandilada por la cifra de muertos, por los contagios y el vacío de las ciudades.

A esa altura, vale recordarlo, las acciones y decisiones políticas internacionales y las más próximas, las nacionales, medios de comunicación mediante, asumieron el escenario de los debates, alimentaron las tensiones en las fronteras de las grietas de todo tipo, a pesar de la predica de algunos que, con esperanza mitológica, anticipaban la redención y conversión de gran parte de la humanidad.

Afirma Susan Sontag: "Una de las funciones más antiguas del autor ha sido llamar a cuentas a la comunidad, por sus hipocresías y su mala fe ", es un llamado no sólo a la conciencia, sino a poner en escena la fragilidad de las certezas en un mundo en el que la duda y la incerteza es la moneda corriente que arma y desarma a su gusto el drama de cada día. Las ***Aguafuertes del Confinamiento*** y las ***Aguafuertes del Nuevo Mundo*** , fueron creadas por su autor desde ese desafiante lugar.

Durante la época del confinamiento, Ricardo Haye escribió sin pausa, con continuidad y visible preocupación una serie de textos breves (casi 30), que fueron publicados en los sitios www.vaconfirma.com.ar y www.antena-libre.com.ar. Luego de finalizado el confinamiento, agregó una segunda parte con otro conjunto de artículos más.

Entre el ensayo y la opinión, estas ***Aguafuertes*** –las del confinamiento y las del nuevo mundo– recuperan hechos de la realidad, y más aún los relatos con que fueron expuestos esos escenarios para situarlos en el lugar del análisis certero; honesto en su posicionamiento ideológi-

co, sólido en la exposición de los argumentos que lo sostienen. A pesar del anclaje de cada artículo a los temas del momento, estas **Aguafuertes** tienen la potencia de un registro que recupera el presente, no sólo con una voluntad de preservación del pasado histórico inmediato, sino como una clave de lectura posible para comprender esta época de la que somos, a veces, protagonistas y otros, invitados al espectáculo del engaño. Escribe Ricardo: “si queremos evitar ese futuro auto- degradante, podemos intentar regular los flujos informativos, seleccionando cuidadosamente lo que vemos, leemos o escuchamos”. La problematización del poder hegemónico, la exposición de sus puntos vulnerables, la búsqueda de respuestas en el mundo de las ideas, al vacío de la lengua y su pretendida proyección sobre la existencia de las personas, es para Haye el principio y la base de la ética de su escritura. Salir afuera de ese núcleo, buscar en los márgenes el diálogo con otras voces, es un camino escabroso que se transita sobre el filo de la legitimación.

Haye puede porque sale a cara limpia a cumplir con lo que no puede detener: una firme necesidad de exponer lo que piensa, a sabiendas que esa salida busca, a la vez el consenso colectivo, la escucha atenta y nunca el juicio ávaro y violento de los que jamás supieron lo que significa dialogar, menos aún pensar con otros.

Dice María Ortiz Naranjo: “La narración busca más que solucionar problemas, descubrirlos, y ello la instaure como un terreno en el que brota con mayor fuerza el lenguaje de la posibilidad que el de la prescripción”. Haye es un gran narrador, transparente y adecuado, apela en muchas oportunidades al lector, no para seducirlo, pero si para invitarlo a seguir un camino. Antes de que pase casi desapercibido el golpe de efecto de los reaccionarios, Ricardo crea las condiciones para detonar la obviedad: “Los regímenes totalitarios son aquellos que continúan matando en nombre de la supremacía blanca, como pasó hace pocas horas en los Estados Unidos de Trump. O los que sin que sus autoridades pestañeen siquiera ven como la pandemia sega la vida de más de 2 mil personas en un día, como pasa en el Brasil de Bolsonaro”. Así se desarrollan estos escritos, denuncian un país y un mundo agrietados, con trincheras mediáticas, ataques desde la virtualidad, destruidos los consensos básicos, desatada la virulencia más absurda y mediocre. Nos espeja mirando

obsesivamente esa gota que cae sobre nuestros pies y sin poder migrar nuestra indignación hacia el dolor y el hambre, de aquel que nunca es ajeno.

Richard Ford, las mandarinas de la infancia, Carolin Encke, los cuadros de Edward Hopper, el coreano Byun - Chul Hang, Daniel Prieto, Bolivar, Catherine Deneuve, entre muchos otros y otras habitan los textos con comodidad. Haye cuida a sus interlocutores, aun para marcar las diferencias que lo alejan de su pensamiento o de su accionar. Recorre con ellos sus cosmovisiones, nos muestra los rostros internos de esos pensadores, obreros, músicos. Construye una pedagogía del pensamiento contemporáneo en escasas líneas, pero sin alivianar un gramo la densidad de su complejidad e importancia.

A pesar de su publicación periódica y temática, por lo tanto, de bitácora de la actualidad, las **Aguafuertes** se leen desde los ejes que las reúne y las separa: el antes y después del confinamiento. Le hablan al presente. Y a esta altura, lo reinterpretan. Emparentado con *El umbral* de Franco Bifo Berardi, en su estructura, Haye vence el tono melancólico que habita la obra del pensador italiano y logra sortear la tentación distópica, celebra el centenario de las radios en la Argentina y la red de emisoras que participaron de ese festejo, celebra, también la esperanza, dice que se puede, recupera el sentido de la palabra comunidad.

Ya ven, las **Aguafuertes** son diversas, heterogéneas, articuladas, se despliegan en sus temas, combaten la ignorancia, la abulia y la arrogancia, y también protegen. Nos sientan a conversar, no siempre para acordar, si para estar atentos. Haye hace docencia, siempre, aun cuando escribe este tipo de obras.

Por eso creo necesario detenerme en algunos datos de su autor: Ricardo Haye, es docente de radio en la Universidad Nacional del Comahue, doctor en comunicación audiovisual y publicidad, por la Universidad Autónoma de Barcelona, periodista, viajero inquieto, lector voraz sobre todo de relatos “escritos y audiovisuales” de ciencia ficción, es autor de textos académicos y periodísticos que han aparecido en diferentes medios, por ejemplo, en el diario página 12.

Vive en General Roca, Rio Negro, hace treinta y ocho años.

Pensador, preocupado. De gestos medidos. De hablar pausado, preciso. Escucharlo decir es ya imaginar el camino que han recorrido las palabras hasta llegar a su voz. El eco de la oralidad, claro, impregna los textos.

Por eso, la inmersión en este grupo de escritos crea en el lector desde el comienzo una actitud de escucha ante un autor capaz de convertir la compleja profundidad de sus ideas en relatos habitados por matices y figuras visuales y sonoras.

Una mención aparte para la profusa cantidad de imágenes que acompañan los textos, sin competir con ellos. Por el contrario, le otorgan un ritmo visual agradable y anclan algunos datos claves en la composición de un diseño visual oportuno.

Nada diré del nombre del título ***Aguafuertes***. Ricardo se explaya en la introducción de este libro y es la puerta de entrada a este viaje por sus textos, nuestra historia. Una oportunidad para salir y entrar de esta crisis de la mano inteligente de un autor generoso.

Claudio Asaad

Docente e investigador en la
Universidad Nacional de Río Cuarto

INTRODUCCIÓN

El aguafuerte es una solución de agua y ácido nítrico, también conocida como sulfumán o ácido muriático, que los artistas plásticos utilizan para la confección de grabados. Por extensión, el nombre de esa combinación se aplica también a las obras que la utilizan.

Al momento de pensar en su expresión más célebre y perdurable en el tiempo aparece la imagen de aquel grabado de Francisco de Goya titulado *El sueño de la razón produce monstruos*, que formó parte de una serie conocida como “*Los caprichos*” y se dieron a conocer a finales del siglo XVIII.

Ciertamente es una aplicación más elegante que la referida a un producto muy potente, corrosivo y sumamente tóxico que suele utilizarse para limpiar algunas superficies.



Sin embargo, en la Argentina el término está indisolublemente ligado a la figura del escritor Roberto Arlt, que denominó de ese modo a los textos periodísticos que publicó a partir del 5 de agosto de 1928 en el diario *El Mundo*, de Buenos Aires.

Sus *Aguafuertes porteñas* expresan un costumbrismo que recoge tanto el retrato pintoresquista como la crítica ética y social acerca del paisaje y el tiempo en que le tocó vivir. Aquel Buenos Aires en transformación fue abordado por Arlt desde una perspectiva existencialista, no exenta de alguna acidez propia del sulfumán.



Los artículos que este texto compila no pretenden compararse con los de aquel novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor que, además, fue un observador acucioso de su realidad. Pero sí quisieran ser una manifestación de deferencia para con un creador originalísimo que ayudó a elevar los estándares de calidad de nuestro periodismo escrito.

Estas *Aguafuertes del Confinamiento* (2020) y su continuación, las *Aguafuertes del Nuevo Mundo* (2021), surgieron como canalizadoras de consideraciones y proyecciones de futuro promovidas por un tiempo

de repliegue sobre nuestros espacios más íntimos. Como único sistema de defensa ante la pandemia provocada por el Covid-19, la limitación de nuestra movilidad y el aislamiento preventivo generaron circunstancias y condiciones propicias para algunas cavilaciones acerca de lo que nos pasa en el marco de una vida que luce asordinada en su actual entramado de virtualidades forzosas. Frente a tantos lenguaraces quejosos y estériles escogemos pensar en compañía de guías relevantes que nos nutren cognitiva y espiritualmente. Estas páginas recogen aportes como los de Richard Ford, Byung-Chul Han, Carolin Emcke, Toby Ord, Benedict Anderson, Hanna Arendt, Christian Salmon, Daniel Prieto Castillo o Simón Rodríguez, por citar solo algunos de los nombres a quienes recurrimos para mejor conceptualizar el momento y reivindicando siempre nuestro derecho a coincidir o disentir parcial o totalmente con cada uno de ellos.

También quisiéramos dejar convenientemente expuesta nuestra voluntad por navegar aguas diversas, compartiendo mareas académicas y también oleajes espumosos y refrescantes que vienen de las manifestaciones de la cultura y el arte populares. Ambas fuentes nos abastecen de insumos simbólicos que enriquecen nuestra comprensión de la realidad y vuelven más rico nuestro estar en el mundo.

Una deformación profesional, que aspiramos a que sea tolerada, nos lleva en más de una ocasión a sumergirnos en las corrientes a veces procelosas de los actos comunicativos que suelen espejar –con mayor o menor distorsión– el derrotero de la humanidad. Aparece mencionada por allí la película *Metrópolis* que ya en 1927 anticipó el cariz tan omnipresente hoy de los relatos distópicos. También citamos alguna canción de Charly García sobre la que pedimos amplitud de criterio para concebirla como una cáustica interpretación de su época antes que como una propuesta excluyente de otras opciones. Hay menciones teñidas de admiración por artistas y comunicadores cuyo talento agradeceríamos poder compartir. Y, por supuesto, se cuelan subrepticamente o no tanto algunos de nuestros malestares con tipos con los que –parafraseando a Joan Manuel Serrat– es obvio que tenemos “algo personal”, ya sea porque difieren las categorías desde las que cada uno lee el mundo; porque

no compartimos los modos en que llegaron a ser lo que son o porque su individualismo feroz, sus simpatías con genocidas y su antipatía de clase repugnan a nuestro código moral.

Las ***Aguafuertes*** que Usted va a leer quizás ya hayan estado ante sus ojos. O tal vez le hayan alcanzado desde sus oídos. Con los ajustes correspondientes a cada dispositivo, estos textos han sido publicados en el portal neuquino *Va con firma* (www.vaconfirma.com.ar) y fueron emitidos a través de *Antena Libre* FM (www.antena-libre.com.ar).

INDICE

Aguafuertes del confinamiento (Año 2020)

01. Cacerolas insensibles	
02. Una posología de la información	19
03. De la distancia social al puritanismo	23
04. De mandarinas y viviendas	27
05. La mirada de filósofos y artistas sobre la comunicación sin comunidad	31
06. De viajes y máquinas del tiempo	37
07. Sobre la distancia social	41
08. Medicina y comunicación	45
09. Identidad evanescente	51
10. El colapso	55
11. Entre la estrechez mental y la venalidad	60
12. Médicos y empresarios	64
13. Cómo se “viaja” hoy. Un cosmopolitismo vicario	68
14. Centenaria y maravillosa	73
15. Pequeños burgueses asustados	81
16. La comunicación mejora la calidad de vida	87
17. Cuando el festejo tiene sentido	92
18. Contra la posibilidad de imaginar comunidad	96
19. ¿Qué se puede hacer?	102
20. Evitar la deriva hacia la desesperanza	108
21. En defensa del relato (Parte I)	113
22. En defensa del relato (Parte II)	117
23. El género negro en la Argentina (Parte I)	121

24. El género negro en la Argentina (Parte II)	128
25. El género negro en la Argentina (Parte III)	134
26. Docentes y discípulos buscando superar frustraciones	142
27. Cuando hasta lo aspiracional está vedado	147
28. Prácticas imperdonables del conservadurismo	152
29. Concluye un año académico contradictorio	158

Aguafuertes del nuevo mundo (Año 2021)

01. La ocasión perdida de producir un gesto ejemplar	164
02. Energía limpia e infinita	167
03. Cuando los rostros espejan soledades	171
04. Dinosaurios de nuestros días	178
05. Don Simón y la utopía	182
06. Fantasía para abastecer la sensibilidad	187
07. La conquista de las estrellas	193
08. Viejos palacios que el tiempo no deja de remodelar	199
09. Imágenes del derrumbe civilizatorio	205
10. De monstruos y razones adormecidas	211
11. Audiencias intoxicadas y tóxicas	216
12. Tiempo de abrazos postergados	222
13. Sobre bueyes y desarraigados	228
14. ¿Cómo seguiremos contando?	235
15. La conversación como mercancía	240
16. Cortar la retroalimentación de insustancialidades	245
17. Del <i>glamour</i> al síndrome de abstinencia	251
18. El progresismo genuflexo alimenta a la derecha	256
19. Horizontes literarios que orientan las utopías	260
20. Reducción conceptual y estrechamiento de la conciencia	266
21. Preguntas al PASO	270

AGUAFUERTES DEL CONFINAMIENTO

Año 2020



Aguafuertes del confinamiento

Cacerolas insensibles

La vida luce asordada en estos días. Es una de las características de este tiempo de confinamiento social preventivo al que, para simplificar, llamamos cuarentena.

Un viejo muy querido, el musicólogo canadiense Murray Schaffer, dice que desde la revolución industrial hasta ahora la polución sonora aumentó varios decibeles. Es decir, que el mundo se volvió más ruidoso cuando empezaron a tallar las máquinas.

Hoy, muchas máquinas descansan. Pero algunas lo hacen desde antes de la cuarentena. Más o menos, desde hace cuatro años. Porque la



industria nacional tenía alrededor de la mitad de su capacidad en estado ocioso.

Ahora, uno sale al patio o se asoma mínimamente a la ventana vuelve a escuchar a la naturaleza. Un concierto de pájaros o uno de ladridos, más o menos cercanos. En días ventosos, en el parque de casa retumban esos tubos metálicos melodiosos que alguna vez compramos en El Bolsón.

Un concepto bucólico envuelve nuestros días actuales y las rápidas transformaciones asombran. Un amigo posteaba hace muy poco que su gato aparece a cada rato con una paloma en las fauces. Y otro le respondía que la causa debía ser el que las palomas se exponen más ahora que no ven gente. ¿Tan rápido marchan las modificaciones?

Parecería creíble porque hay informes que señalan que la atmósfera, en general, se ha regenerado en una proporción importante. Aunque también leemos por ahí que esa recuperación ecológica es poco significativa, porque el rebote tras la reactivación fulminará en horas lo que mejoró en unas pocas semanas.

Cualquier antepasado nuestro de hace 100 o 200 años podría preguntarse ¿de qué cuarentena hablan si se han enterado de todas estas cosas? Pero, claro, ellos no conocían las bondades de un ecosistema mediático omnipresente, de redes sociales que nos envuelven. Por más confinados que estemos, el tiempo de los anacoretas y los ermitaños es historia.

Vivimos en un entramado de virtualidad que nos tiene conectados vigorosamente a fuentes de aprovisionamiento simbólico. Pasa casi todo el día, ahora que estamos más tiempo en casa. Quizás nunca ha sido más necesario que hoy tomar el control personal de la situación. Porque esas fuentes de aprovisionamiento simbólico no son inocentes. Operan desde sus propios intereses. Nos tapan con información cuya saturación bloquea nuestros sentidos y obtura nuestra capacidad de análisis. Y, en medio de toda esa descarga aluvional, torrencial de noticias, no siempre reales, no siempre verdaderas, proponen cruzadas absurdas. Cuando nos dicen “a cacerolear que se acaba el mundo” tenemos que pensar en qué mundo se acaba. Las cacerolas siempre fueron la herramienta expresiva

de la oligarquía, de sectores refinados y pensamiento ultra-conservador, de defensores del status quo. Con frecuencia, ese pensamiento perfora el piso de esos grupos recalcitrantes y encuentra eco en sectores burgueses con aspiraciones a más. Son patrullas desclasadas que no dudarían un instante en aplastar al vecino, con tal de trepar en la pirámide social.



Hasta ahora, la última manifestación del tañer de cacerolas tuvo como causa una monstruosa mentira: la presunta liberación masiva de violadores y asesinos. No hubo tal cosa. Y menos por iniciativa gubernamental. Pero no debería resultar sorprendente en tiempos de posverdades y éticas mediáticas a la baja (al menos en los conglomerados periodísticos más poderosos). La iniciativa respondió al excluyente propósito de horadar a un oficialismo al que casi no le entran las balas y constituye un palmario y patético reconocimiento de la endebles argumental de los sectores de la contra.

¿Queremos ser como ellos? ¿Queremos llegar a meter a una empleada doméstica en el baúl del auto para que ingrese clandestinamente en nuestro country?

Si es así, podemos seguir abrochados a nuestros chupetes electrónicos. Y si no, si queremos evitar ese futuro auto-degradante, podemos intentar regular los flujos informativos, seleccionando cuidadosamente lo que vemos, leemos o escuchamos.



Quizás nos enriquezca dedicarnos a escuchar la naturaleza recordada. Quizás eso nos limpie y nos cure y haga que este encierro no pase en vano.

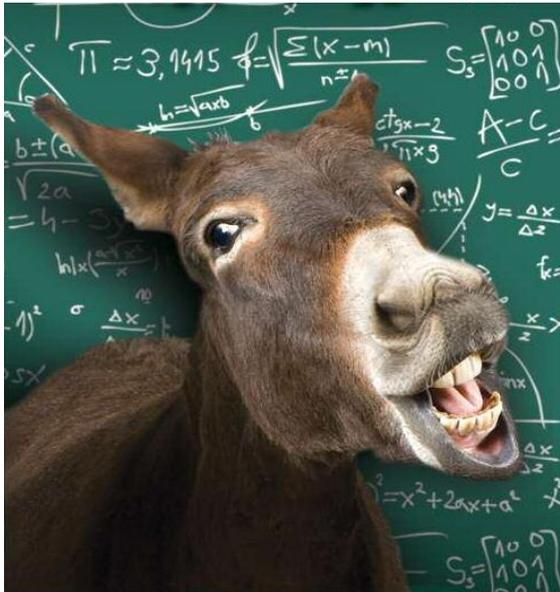


Aguafuertes del confinamiento

Posología de la información

Es sorprendente la cantidad de epidemiólogos e infectólogos que se han graduado en los últimos 30 días en la muy concurrida universidad de la calle.

¿A usted no le llama la atención?



La primera actividad de estos nuevos “profesionales” es presentarse ante las cámaras y micrófonos de los medios para dar detalles y explicaciones sesudas sobre una pandemia de la que no saben un corno.

En realidad, tampoco es para creerse que esto nació con el coronavirus. Siempre ha habido una legión de sabelotodos que opinan de fútbol, de gastronomía, de cine, política, economía y que, a la primera de cambios, son capaces de querer revelarnos los secretos de los agujeros negros o de la vida eterna.



No decimos que sean capaces de enroscarnos la víbora, -no vamos a darles tanto crédito-, pero estos sabihondos se creen con la autoridad y el conocimiento suficientes para hablar de todo y más aún.

Y como tienen tan internalizada esa convicción, predicán con mayor convicción que los Testigos de Jehová.

A veces cuesta distinguir si hablan para conquistar esos pocos minutos de notoriedad que siempre anhelaron, si lo hacen por alguna deficiencia neurológica o por pura incontinencia verbal, es decir: por mera charlatanería. Póngalos usted frente a los doctores Pedro Cahn o Eduardo López y verá enseguida cómo muestran la hilacha.

El virus con corona sacó a relucir expertos en cuestiones sanitarias, en investigación científica, en políticas de prevención, en tratamientos médicos y en geopolítica. A los tipos (y a las tipas, que no hay que discriminar por género) no se les mueve un pelo por hacer afirmaciones temerarias, extravagantes o paranoicas.

Finalmente a los terraplanistas les salió una competencia fuerte.

Es la que te dice que los chinos largaron el virus intencionalmente para acabar con el capitalismo; que el mayor inversionista en el desarrollo del virus fue Bill Gates; que la pandemia está teledirigida a los viejos para darles aire a las obras sociales de los sindicatos; que todo esto es un invento para dejar mal parado a Macri; que detrás hay una confabulación de la sinarquía internacional aliada con fuerzas alienígenas y cualquier otra cosa sin comprobación o sustento alguno. ¡Y no faltan quienes asienten, impávidos y convencidos, ante la pantalla a la que están abrochados durante el confinamiento!

Lo mortificante de la situación es que algunas de las personas que participan de estas movidas son o ejercen de periodistas. Lo que nos recuerda que, al fin de cuentas, los periodistas también somos casi humanos, ¿no?

"No hay que meterse al buche todo lo que anda dando vueltas por ahí".



Uno cree que no se insiste lo suficiente en que hay que tomar precauciones ante la información circulante. No hay que meterse al

buche todo lo que hay dando vueltas por ahí. ¡Y mucho menos creérselo!
... Reservarse una dosis de desconfianza es actuar en defensa propia.

Sobre todo, cuando recordamos las palabras de Umberto Eco criticando duramente a Internet por generar una “invasión de imbéciles”. El semiólogo italiano fustigaba apasionadamente a las redes sociales por haberle dado “el derecho de hablar a legiones de idiotas”.

Los excedentes informativos obturan nuestra capacidad de absorción y comprensión de los hechos. Si la inanición periodística es desaconsejable, la saturación tampoco es benéfica: el exceso puede ser el recurso que anule nuestro derecho a estar informados. Y la situación tiene consecuencias mucho más graves cada vez que elegimos fuentes poco confiables o probadamente manipuladoras de las noticias.

Cuando el médico nos receta algún remedio, también nos marca la posología del menjunje: establece la cantidad que debemos tomar y marca el intervalo entre una ingesta y la próxima.

Con el consumo periodístico debería ocurrir algo similar para protegernos de la sobreinformación e incluso de la exposición a noticias adulteradas, que vendrían a ser el equivalente de los medicamentos truchos.





Aguafuertes del confinamiento

De la distancia social al puritanismo

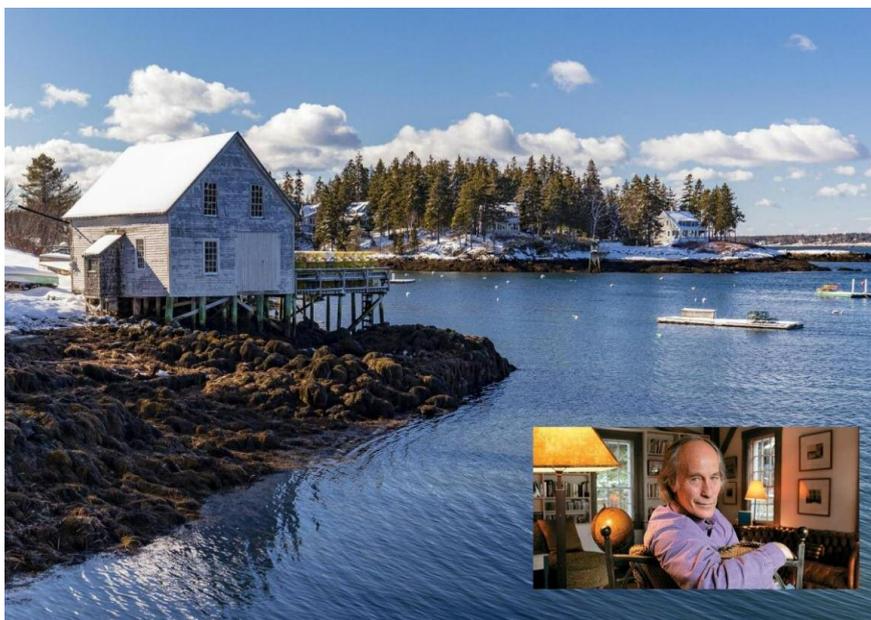
Richard Ford es uno de los grandes escritores norteamericanos de hoy, pero alcanzar esa condición de narrador notable no le resultó fácil. Su juventud fue problemática, al punto que su madre, al no poder controlarlo, lo envió a vivir a casa de sus abuelos. El padre de Ford había muerto cuando él era apenas un muchachito.

El escritor ha contado que siempre padeció dislexia. Esa enfermedad vuelve muy difícil la lectura porque hace que se alteren las letras o las palabras. Sin embargo, se sobrepuso a eso, pero sin dejar de ser —como él mismo lo explica— un lector lento.

Por eso, ahora que ya superó los 70 años, Ford hace un reconocimiento desde la pena: “s que voy a llegar al inal de mi vida sin haber leído los libros que debía haber leído”.

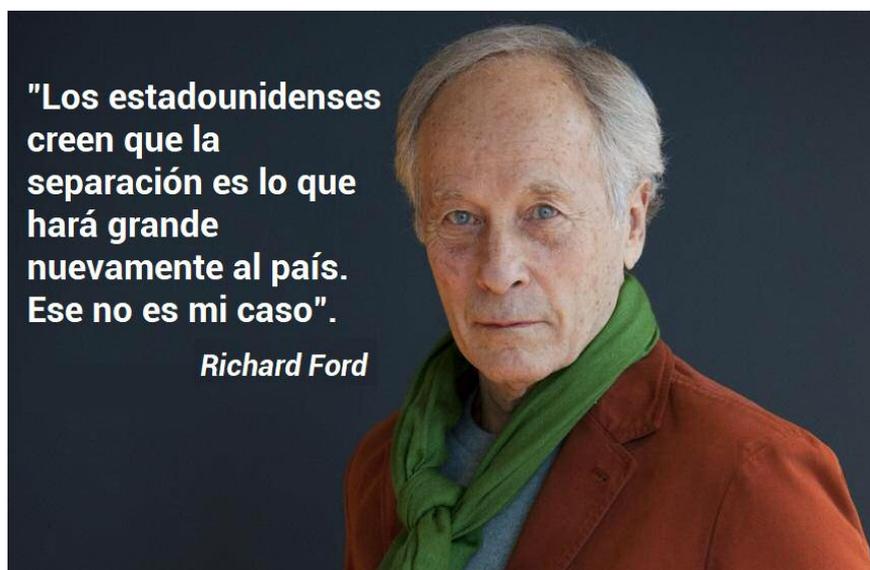
Hoy reside en Maine, un estado pequeño, muy al norte de los Estados Unidos y fronterizo con Canadá que —curiosamente— ayudó a hacer famoso otro escritor c lebre: Stephen King ubica allí sus relatos.

La casa de Ford está, justo, al borde del mar. Y desde ese lugar en el que pasa sus días de confinamiento preventivo a raíz de la pandemia del coronavirus formuló una confesión inquietante. Dijo que “podría nadar en dirección al lejano hori onte en pleno invierno en un ltimo intento por a errarme a la soledad y nadie se daría cuenta. Vivo en un lugar dichoso para todas mis necesidades terrenales, incluida, supongo, mi transición a la próxima vida”.



El autor de una novela deslumbrante como *“Canadá”* traza relaciones entre la cuarentena y un tema que parece obsesionarlo: la separación. En esa búsqueda recuerda la afirmación de Marx acerca de que el dinero es un gran agente de separación. Sus propios razonamientos resuenan de manera especial en momentos en que el aislamiento preventivo nos exige mantener la distancia social.

“Puesto que, para los estadounidenses, el dinero significa más que Dios, -explica Ford- se podría decir que hemos moldeado todo un país a base de distanciamientos. Incuenta pequeños ducados rivales a los que llamamos “Estados”, cada uno de ellos celoso de sus prerrogativas y sus rarezas. Una economía ortalecida históricamente mediante la separación de una raza de gente con el fin de esclavizarla para obtener beneficios de ello. Un largo etcétera hasta nuestra actual xenofobia al comercio y sí a la enfermedad infecciosa. Los estadounidenses entendemos de separación. Esto es lo que algunos piensan que hará Estados Unidos grande otra vez. Ese no es mi caso”, expresa, terminante.



Desde el borde de la playa, el escritor sigue dando muestras de su espíritu analítico y crítico. “Levo bastante tiempo pensando que nuestro país se ha vuelto prácticamente ingobernable. No solo desde la llegada de Trump, quien, entre sus múltiples felonías, nos hace pensar a mí y a la mayoría de los que no somos unos lunáticos que el país, como mínimo, está gobernado por las personas equivocadas, y tal vez se está acercando cada vez más a la anarquía, que es, supongo, la separación por antonomasia”.

Las consideraciones de Richard Ford acerca de la separación me persiguen empeñosamente. Sobre todo en relación con la proxémica, la actividad que estudia la relación espacial entre las personas como manifestación social y significativa. No dejo de pensar en cómo los acontecimientos que vivimos modificarán conceptos referidos a los espacios personales alrededor de nuestros cuerpos.

A medida que esos espacios crecen y se agrandan, los otros, las otras personas, se distancian. También se alejan los abrazos, el contacto físico. Un caldo de cultivo ideal para que prospere la moral victoriana, el conservadurismo extremo y la mojigatería.

A mediados del año pasado la antropóloga Rita Segato reconoció que había recibido consultas acerca de las preocupantes divisiones entre varones y mujeres que comenzaban a registrarse en las aulas de los colegios argentinos.

En Francia, un colectivo femenino de cien artistas e intelectuales integrado, entre otras, por la actriz Catherine Deneuve, la cantante Ingrid Caven, la escritora Catherine Millet, la cineasta Brigitte Sy, la artista Gloria Friedmann, la ilustradora Stéphanie Blake y la editora Joëlle Losfeld condenó el acoso, la violencia y las violaciones que sufren sus congéneres al mismo tiempo que alertó sobre el clima de puritanismo sexual que podría generarse a partir de una condena indiscriminada hacia los hombres. Estas mujeres temen que las actitudes intolerantes generalizadas no beneficien la emancipación de las mujeres, sino que acaben al servicio “de los intereses de los enemigos de la libertad sexual, como los extremistas religiosos”.

Obviamente, las posiciones enfrentadas de grupos que se significan a diario son preexistentes a la pandemia. Pero el virus con corona ha disparado todo. Desde la dimensión macro-política de Ford hasta estas preocupaciones existenciales por preservar los rasgos modernos de nuestra humanidad.





Aguafuertes del confinamiento

De mandarinas y viviendas



Debía ser abrumadora la carga de Funes, el hombre memorioso de Borges, que lo recordaba todo. Por suerte y felizmente, a uno no le pasa. Aunque a veces nos lamentemos por ese dato que sabíamos y ahora se nos escapa o por aquel recuerdo ausente, que algún otro se ocupa de reclamarnos.

De mi infancia, son muchas las cosas que se me han borrado o diluido. Algunas, hasta alcanzar, apenas, la condición de recuerdo de un recuerdo. Hay una, sin embargo, que aún conservo. Y allí me veo a mí mismo, trepado a un árbol comiendo mandarinas directamente de la planta. Jugosas, sabrosas, las frutas que se comen directamente del árbol son las más ricas de todas.



En mi evocación infantil, esa huerta al costado de la primera casa paterna era enorme, cosa de la que ahora dudo.

Ese inmueble era muy viejo y estaba en mal estado y a mis seis años nos mudamos a una vivienda tan, pero tan nueva, que ni siquiera estaba terminada aún. Pero que era el fruto del esfuerzo de mis padres y de préstamos hipotecarios accesibles. Despuntaban los años '60.

Hasta muy mayores, los viejos recordaban que el trayecto desde el conurbano a la capital era más caro que las cuotas mensuales que iban a pagar a la casa matriz de El Hogar Obrero. Pero, el viaje servía de excusa para pasear o para hacer alguna compra necesaria. Lo que lo hacía posible era, tal vez, un proto-estado de bienestar o, quizás, las mejores condiciones que la época ofrecía, en general.

Según datos de un informe del Centro de Población, Empleo y Desarrollo de la Universidad de Buenos Aires, a comienzos de la década del '60 el Producto Bruto Interno registró un crecimiento significativo atribuible a cierto dinamismo de la inversión externa que se mostró sensible a los incentivos gubernamentales.

Incluso cuando nuestra democracia de entonces fuera frágil y estuviera vapuleada por una sucesión de golpes militares (con golpes dentro de los golpes), el neoliberalismo aún no había consumado sus ataques más feroces al Estado. Eso vendría después...

En aquel contexto, muchas familias de obreros sin mayor calificación accedieron a su primer auto y algunos a la casa propia.

Algunas semanas atrás leí que hoy un departamento pequeño cuesta unos 150 sueldos promedio. Eso significa que durante más de diez años, uno tendría que vivir del aire para poder llegar a ser propietario de su vivienda. Y, claro, además ese departamento seguramente venga sin árbol para treparse a comer sus frutos.

Imagino que estas ideas acerca del lugar en que cada quien pasa sus días vienen espoleadas por la emergencia de la hora. Quien dispone de una casa amplia y con la fortuna de tener un parque, es hoy por hoy un pashá, pero el/la que vive en un monoambiente espera y desespera por el fin del confinamiento; más aún si vive solo/a.

Hace unos días, sin embargo, la televisión nos mostró imágenes desoladoras de la Villa Azul, una zona carenciada ubicada en los límites entre los distritos bonaerenses de Quilmes y Avellaneda. No fueron las tomas falsas exhibidas con toda impunidad por la señal noticiosa TN, sino las de días posteriores en los que las cámaras de algunos canales se solazaron con el retrato angustiante de los que viven hacinados, sin servicios, compartiendo precarísimas habitaciones e impedidos de salir a hacer la changa de cartoneros que, en el mejor de los casos, solo abastece la minuta diaria. A esos compatriotas la granada del virus con corona les estalló en la cara.

Ellos, en cuyo imaginario no cabe siquiera la ilusión de un préstamo hipotecario y, menos aún, benigno en sus intereses como el que en su día recibieron mis padres, hasta carecen del recuerdo cítrico que a mí me persigue en estas horas. Y, además, ese barrio suyo de nombre tan bello ha quedado aislado tras las rejas. Postal terrible de un tiempo que no ha sabido mitigar desigualdades perturbadoras.





Aguafuertes del confinamiento

La mirada del filósofo y artistas sobre la comunicación sin comunidad

Cada vez que transita las páginas del diario español El País uno experimenta alguna sensación reminiscente, la impresión de volver atrás en el tiempo hasta la época de esa alquimia periodística de Jacobo Timerman, llamada La Opinión.



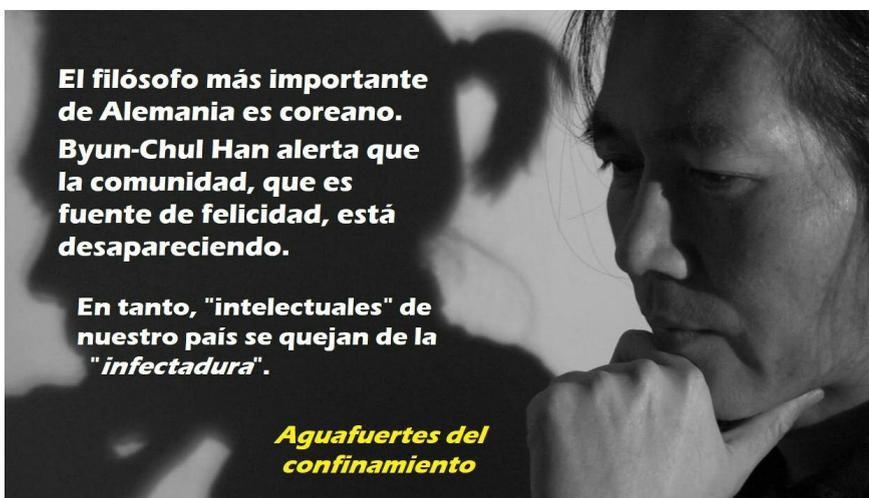
No hay constancias fidedignas de que lo haya dicho efectivamente, pero a Timerman se le atribuye la definición de su matutino como “Un diario de derecha en economía, de centro en política y de izquierda en cultura”. Y algo así se experimenta con el periódico del grupo PRISA.

Por El País nos enteramos que el filósofo alemán vivo más leído en todo el mundo es coreano. Ese es el estilo zumbón e inteligente con que construyen sus frases los periodistas de El País.

El filósofo en cuestión es Byung-Chul Han, que tiene 60 años y que nació en Seúl, histórica capital de la Península de Corea y actualmente capital de Corea del Sur.

Byung-Chul Han es profesor en la Universidad de las Artes de Berlín. Ha escrito un buen número de ensayos entre los que se destacan “ a sociedad del cansancio” y el más reciente, aparecido este año y titulado “ a desaparición de los rituales”, en los que desarrolla cuestionamientos al capitalismo desde una concepción comunitarista.

En su última publicación el filósofo coreano más destacado de Alemania sostiene que la comunidad se está extinguiendo.



A su juicio, las causas se encuentran en la hipercomunicación que trae consigo la digitalización. Es cierto que estamos cada vez más interconectados, pero eso no significa necesariamente que estemos más vinculados ni más cercanos al resto de las personas. En nuestra sociedad, afirma Han, la soledad y el aislamiento aumentan.

¿Y las redes sociales, el whatsapp, la telefonía celular y todos los demás dispositivos contemporáneos? ... No sirven, dice el coreano, porque ponen los egos individuales en el centro de las experiencias y, de ese modo, esa adoración del yo acaba con la dimensión social de la comunicación.

Este pensador considera que cada vez se realizan menos fiestas comunitarias y cada quien vive celebrándose solo a sí mismo, olvidando que la comunidad es fuente de felicidad.

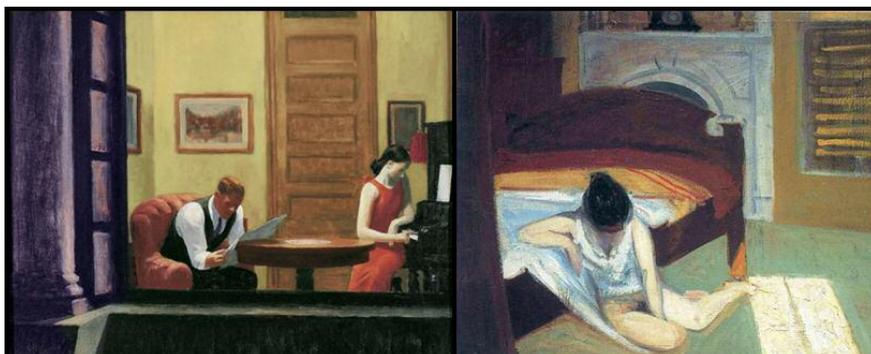
Sus opiniones resuenan como mazazos ante una realidad contemporánea que nos impone condiciones que van mucho más allá de nuestros deseos personales.

Todos aquellos que hace tiempo creían que la humanidad profundizaba su marcha hacia un individualismo feroz, masacrando cualquier espíritu comunitario, qué pueden esperar hoy, cuando el virus con corona nos obliga a encerrarnos, a enclaustrarnos; en definitiva, a evitar el contacto físico, consecuente con el compartir: la mesa, los juegos, las tareas y toda una serie de ritos.

En el campo del arte, si hubo alguien que supo reflejar las angustias y el desasosiego de la soledad, ese fue el pintor norteamericano Edward Hopper.



Su obra retrató, como pocas supieron hacerlo, la inquietud, las perturbaciones, la desazón que sufre el que, incluso en medio de muchedumbres urbanas, experimenta el aislamiento, la incomunicación, el abandono. Que en las horas actuales el nombre de este creador haya reaparecido en los medios, que se haya estrenado un documental y extendido una exposición suya en Suiza, no es producto de la casualidad, sino de la justeza con que sus telas se adaptan a nuestra coyuntura.



Semejantes a las criaturas hopperianas, aislados, separados del rebaño, somos víctimas propicias de controles sociales de tipo autoritario. La periodista, escritora y filósofa alemana Carolin Emcke alerta sobre los riesgos de que la pandemia invite a la represión y a la utilización de tecnologías de extracción y análisis masivo de datos.

La historia de la humanidad está repleta de antecedentes en los cuales naciones poderosas desplegaron sobre países menos desarrollados sus políticas de expoliación. Ese despojo tanto puede ser de recursos naturales como de manifestaciones culturales o de simple información.

En una sofisticación de su accionar usurpador, los estados gendarmes podrían instrumentar regímenes de control biopolítico que convertirían a nuestros cuerpos en objetos de vigilancia.

Miren por dónde, adquiere nueva relevancia la noción de biopolítica que en 1974 enunció Michel Foucault. El filósofo, sociólogo, historiador, educador y psicólogo francés sostuvo que el control de la sociedad no solo se realiza a través de la ideología, sino que requiere del control del cuerpo de los individuos. Pues nunca ha quedado tan demostrado como ahora.

¿Hasta dónde llegará esta maquinación diabólica? ...

Aún sin poder responder nuestra propia pregunta, sí podemos enunciar una sospecha inquietante: las distopías parecen ser cada vez más posibles y estar cada día más cerca. Es como si la policía del pensamiento y los grandes hermanos imaginados por Orwell se estuvieran volviendo reales.

El virus nos ha obligado a confinarnos, pero desde mucho antes nuestras prácticas sociales han ido socavando el sentido de comunidad. Los rituales, que ayudaban a conservarlo, -dice Byung-Chul Han- han caído bajo el poder de la producción y el rendimiento, que fueron convertidos en valores absolutos. Tanto hemos perdido en materia de rituales que ni siquiera nos está permitido estrecharnos la mano. ¡Ya no digamos darnos un abrazo! La distancia social derrumba las posibilidades de que prosperen las experiencias comunitarias.

Riesgos: que la pandemia invite a la represión y a la utilización de tecnologías de extracción y análisis masivo de datos.



Carolín Emcke

Como apunta Carolín Emcke, el desafío de la hora (o de las horas que vienen), será demostrar que las sociedades que salgan menos dañadas de la crisis van a ser aquellas que cuenten con un sistema de salud pública, aquellas cuyas infraestructuras sociales no hayan sido privatizadas y erosionadas por completo. Tendremos esperanzas si podemos probar que la solidaridad y el cuidado mutuo serán los que triunfen sobre el virus y no el estado de excepción y la privación de la libertad, a manos de regímenes totalitarios.

Que cuáles son, podrá preguntarse Usted, esos regímenes totalitarios.

Pues no ese que un grupo de pseudo intelectuales desfachatados y carentes de toda sensibilidad social definen como “infectadura”.

Los regímenes totalitarios son aquellos que continúan matando en nombre de la supremacía blanca, como pasó hace pocas horas en los Estados Unidos de Trump. O los que sin que sus autoridades pestañeen siquiera ven como la pandemia sega la vida de más de 2 mil personas en un día, como pasa en el Brasil de Bolsonaro.

Y no hace distinciones la legitimidad de origen de esos regímenes. La condición democrática en que fueron elegidos en su día pierde sentido cuando abandonan el ritual de cuidar de las personas. Cuando permiten que el sentido de comunidad se licue en beneficio propio. Cuando se contaminan no ya con el virus, pero sí con la misma falta de compasión y comprensión que exhiben esos falsos intelectuales que les dan soporte y socavan, desestabilizan la razón.



Aguafuertes del confinamiento

De viajes y maquinas del tiempo

Para conocimiento de algunos desavisados: la máquina del tiempo existe y no es de ahora. Disponemos de ese formidable artilugio desde hace muchísimo ídem.



Tiene dos modelos: uno que nos permite regresar al pasado y otro que nos lleva al futuro. El que nos permite retroceder, un ratito o muchos años, es la memoria. Y el que nos hace viajar al futuro, es la imaginación.

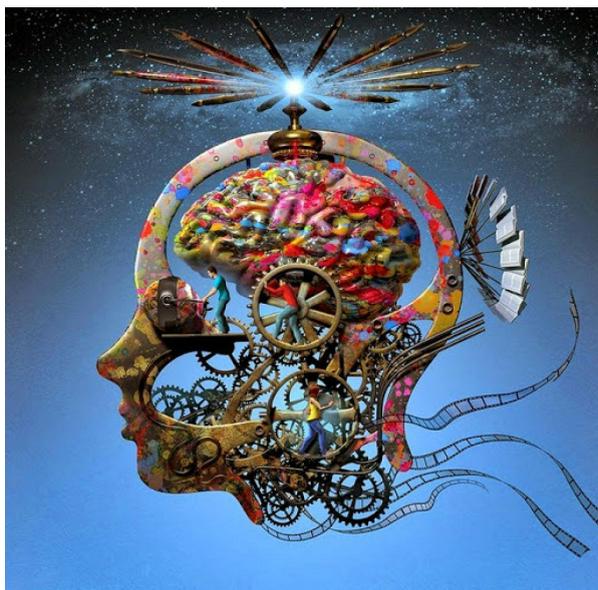
Memoria e imaginación son nuestras máquinas del tiempo. Y no requieren de sofisticación tecnológica, porque les basta con ser artefactos prodigiosos de nuestra propia humanidad.

Esto de los viajes, para uno resulta un hábito refrescante, vivificante, que gratifica los sentidos, recarga energías, nutre la sensibilidad y enriquece los conocimientos.

Una vieja canción escrita en 1922 por los catalanes Félix Garzo y Juan Viladomat Masanas incluye unos versos, hoy políticamente incorrectos, que dicen “umar es un placer, genial, sensual”. La forma de reconvertir esos renglones poéticos desacreditados es aplicarles una par rasis que los trans orme en esta otra a irmación que sí resulta aceptable: “viajar es un placer, genial, sensual”. Eso resume los beneficios de los viajes: se disfrutan. Incluso desde antes de partir, porque ya estamos planificando, perfilando trayectorias, rutas, encuentros, que anticipan el goce futuro.

Quizás se podría decir que tras el regreso se siguen gozando los sabores, reviviendo los paisajes, pensando en los colores que vimos. La única contra, sobre todo para familiares, amigos y conocidos, es cuando queremos compartir todo eso con ellos y los fatigamos con relatos interminables que los abrumen.

Nada de eso hoy es posible. Y, en cambio, todo se vuelve arduo, frustrante, cuando la posibilidad de las travesías está cancelada.



Pero siempre nos quedan la memoria y la imaginación para recrear destinos visitados y para fabular placeres futuros. Resulta imposible no pensar en estos asuntos ahora que los días se han igualado. Que se hacen indistinguibles, al punto de vivir un presente continuo en el que hoy se parece mucho a ayer y no ser diferente de mañana.

Las marcas particulares de las jornadas han desaparecido. Ya no podemos decir “el día ese que nos encontramos con Fulano” o “la tarde aquella que fuimos al río”.

Incluso este agua uerte carecer de referencia específica de contexto. Solo ser “uno de los textos concebidos en ese periodo de jornadas idénticas”, sin disponer de las precisiones antiguas: “mientras estuve en París”, “cuando nos visitó Mengana”, “el día que...”.

La bruma que acompaña estos días semejantes vuelve imposibles las distinciones y torna angustiante vivir siempre lo mismo.

Suprimir la identidad de cada jornada nos arroja a un hoy permanente, inacabable, en el que no podemos decir qué hicimos la semana pasada o cuándo fue que pensamos estas cosas. No estamos hechos para uniformidades tan prolongadas.

Por eso, urge sobreponerse a uno mismo y a sus propias limitaciones humanas. Porque uno cree que, a pesar de lo duro que resulta, el confinamiento social está concebido para protegernos individual y comunitariamente.

Quizás la fuerza de voluntad necesaria para seguir adelante se encuentre en la reconstrucción mental de los viajes que hicimos y en el diseño de nuevos itinerarios futuros.

Las fantasías pueden comprender lugares remotos del mundo, pero también pueblos o incluso barrios cercanos a nuestro terruño, que nos esperan con experiencias nuevas a las que hasta hoy nunca nos asomamos.

Uno de los aprendizajes de esta época de aislamiento preventivo es acerca de la administración del tiempo y la conveniencia de invertir energías en probar coordinaciones sofisticadas en nuestro cerebro en materia de memoria y de imaginación. Se trata de poner en marcha miles

de neuronas que operan en conjunto y activan un mecanismo básico de plasticidad sináptica que conecta y articula recuerdos, formas, imágenes, experiencias, ensoñaciones, deseos, ilusiones.

Cuando recuperemos movilidad, cuando nuestros desplazamientos no estén limitados como medida protectora de la salud, tal vez hayamos adquirido la sabiduría suficiente como para regalarnos las vivencias que solo entregan los viajes. Mientras tanto, nos quedan las dos máquinas del tiempo.





Aguafuertes del confinamiento **Sobre la distancia social**

La expresión “distanciamiento social”, de tanta actualidad en nuestros días, constituye un enunciado desafortunado o poco feliz.

Ya bastante distancia social existe entre un grupo pequeño de favorecidos que disfrutan de una vida repleta de comodidades y lujos y sectores que no alcanzan los niveles mínimos para vivir dignamente y sin angustias cotidianas.

Esa separación está fuertemente potenciada por ciertos integrantes de la comunidad que rehúsan cualquier aproximación con quienes ocupan posiciones “inferiores”, en una pirámide social cuya composición se niegan enfáticamente a modificar.

Los del otro extremo, en tanto, subsisten como pueden y con indicadores de muy baja calidad de vida. Ya sea porque carecen de servicios básicos esenciales, porque se encuentran por debajo de la línea de pobreza o, peor aún, porque están hundidos en la indigencia.

El auténtico “distanciamiento social” es enojoso, antipático y existe sin que se lo proclame como estrategia de defensa ante ninguna pandemia. Es el que expresa el odio de clase con una claridad perturbadora. Se trata del que divide tajantemente a las familias acomodadas, que residen en barrios aislados y todo el año tienen la heladera bien abastecida, de aquellas otras personas que malviven en casuchas armadas con chapas y cartones, en conglomerados urbanos arrabaleros y que no solo carecen de heladeras surtidas, sino que muchas veces no tienen qué servir en el plato cada día.

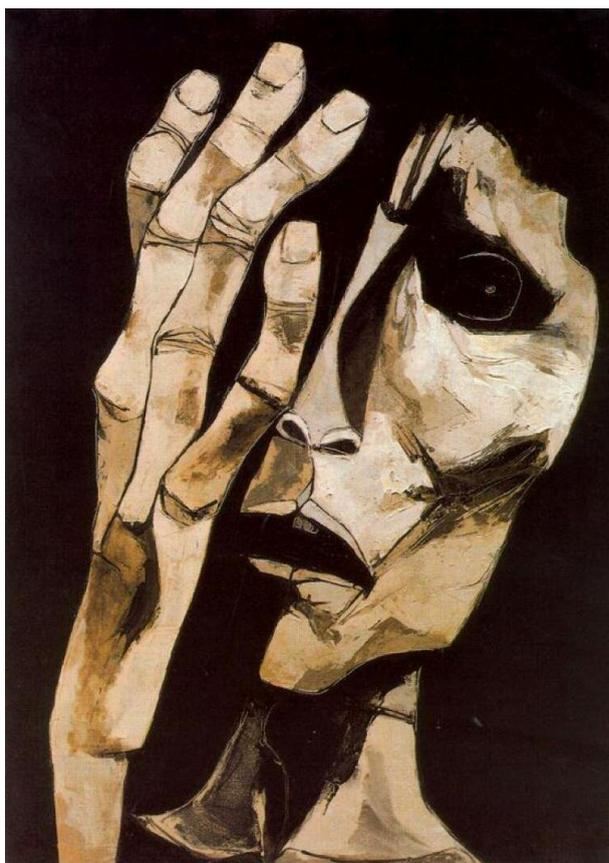


La cima suele estar habitada por familias que se identifican con el patriciado criollo, pero también por algunos “nuevos ricos”, excepciones en medio de un paisaje en el que quienes consiguen levantar la cabeza forman parte de una selecta minoría. No son necesariamente bueyes de la misma manada como para que entre ellos no existan las cornadas. ¡Estos bueyes se cornean de lo lindo! Sus respectivos privilegios son objeto de miradas despectivas por parte de los vecinos que comparten el mismo nivel piramidal, al que llegaron desde historias y trayectorias diferentes. Justamente, la historia, el abolengo de cada quien, es una cuestión que habilita señalamientos respecto de la pertenencia “más genuina” a ese espacio. Los aristócratas nacionales, que no poseen títulos nobiliarios pero les encantaría tenerlos, no les perdonan a los recién llegados las ínfulas de considerarse sus iguales.

Mientras tanto, la base piramidal aloja a los “desheredados de la tierra”, una expresión popularizada por Frantz Fanon en su último libro *“Los condenados de la tierra”*. El filósofo y psiquiatra dirigió su mirada hacia los grupos sociales más humildes y vulnerables y por esa razón el texto ponía el foco en África, continente donde las potencias europeas desplegaron políticas colonialistas cuyo énfasis estuvo colocado en la explotación de la mano de obra y la extracción de materias primas autóctonas.

Sin embargo, esas aberraciones en materia económica no fueron las únicas que se cometieron, ya que las víctimas del concepto de vida opresor también soportaron la imposición de patrones culturales y el modelado de sus expectativas de futuro. Son demasiados aspectos graves como para que resulte legítimo interrogarse acerca de cuáles pue-

modelado de sus expectativas de futuro. Son demasiados aspectos gravosos como para que resulte legítimo interrogarse acerca de cuáles pueden ser los horizontes, las esperanzas de esas gentes a las que desde siempre se las ha privado de todo.



Pintura del ecuatoriano Oswaldo Guayasamín (1919-1999), cuya obra expresa una clara denuncia de las desigualdades sociales

Algunos de sus integrantes ni siquiera alcanzan a soñar con el concepto de “movilidad social ascendente” porque no les dejaron respirar otro aire que el de la resignación y el fatalismo, tan pregonados por algunas confesiones inmovilistas, defensoras acérrimas del estatus quo.

En nuestro contexto más inmediato, el sociólogo brasileño Florestan Fernandes identificó a esos despojados con los prietos, pobres,

favelados, campesinos, indígenas y prostitutas. En la Argentina, se los suele asimilar a una expresión profundamente despreciativa: los “cabe-citas negras”. Por su parte, el lituano-británico Teodor Shanin los caracterizó como “la clase incómoda”. Sus integrantes son la chusma que resulta necesaria para perpetuar los privilegios de unos pocos, pero también la base inquietante en la que alguna vez podría fermentar el descontento, germinar la conciencia o manifestarse la voluntad arrasadora de transformación. Esas perspectivas solo pueden generar inquietud y desasosiego entre los paladines del orden establecido.



Vivimos en un este escenario de distancias sociales marcadas a fuego. Sería bueno que las estrategias de defensa ante el Covid 19 eligieran un nombre menos evocativo de las diferencias injustas y crueles entre personas a las que alumbra el mismo Sol.



Aguafuertes del confinamiento

Medicina y comunicacion

Nicolás es médico y está muy enojado. O quizás sea más justo decir que está desencantado de algunas circunstancias de este tiempo y de ciertos prójimos con los que debe compartirlas. Él es uno de los trabajadores de la salud que están en la primera línea del combate contra el virus con corona y siente vergüenza por lo que sucede con una porción de la sociedad y buena parte de los medios de comunicación.

No es de ahora esa sensación que experimenta. Pero en las últimas semanas se ha agudizado, casi de modo intolerable. Sobre todo a partir de que el personal de salud convocó a una manifestación con medidas de aislamiento, para reclamar por mejores condiciones de trabajo y respeto de sus sueldos. Varios días más tarde del anuncio correspondiente, un colectivo de personas que militan explícitamente contra la cuarentena decidió convocar su propia marcha en la misma jornada y en igual horario que la de los médicos, enfermeros y otros trabajadores sanitarios.

La superposición no puede caracterizarse de otro modo que de oportunista. En ella se guarecen algunos que se saben sin poder de convocatoria suficiente y otros que procuran reivindicaciones aberrantes.

Pero en todo caso, la maniobra de estos grupos se benefició con la generosa cobertura periodística de organizaciones que vienen invirtiendo tiempo y espacio con el único propósito de horadar al gobierno que pretende alinearlos como estrategia efectiva ante el virus.



De no haber resultado patético hubiese sido hasta gracioso ver en pantalla a algún infradotado que negaba la existencia de la pandemia desde detrás de un tapabocas. La imagen del exaltado recordó claramente aquella vieja expresión de “yo no creo en las brujas, pero que las hay las hay”. ¿En qué quedamos? ¿Hay o no hay pandemia? Y si no la hay, ¿para qué usar barbijo?

Quizás tenga que ver con el hábito escaso de usar con criterio personal la propia materia gris. Poner en marcha el razonamiento evitaría la repetición de consignas que explícita o subliminalmente usan machaconamente los medios.

El reclamo de los médicos tiene fundamentos incontrastables: un 10% de los infectados por Covid-19 en la Ciudad de Buenos Aires son trabajadores de la salud, tanto del sector público como del privado. Esta estadística no proviene del gobierno nacional, ni del Instituto Patria, sino del Ministerio de Salud de la ciudad de Buenos Aires, al que mal podría catalogarse como “kirchnerista”. Ya a comienzos de mayo se dieron a conocer cifras que ubicaban a nuestro país entre los que mayores tasas de contagio exhibían entre los trabajadores sanitarios.



Pero no solo padecen una alta exposición ante la enfermedad y el contagio. Los médicos también han debido soportar reducciones salariales, como las que denunciaron algunos profesionales de distintos centros de salud privados. Los más afectados son quienes trabajan en el Sanatorio Otamendi, el Hospital Italiano y la Fundación Favaloro, que sufrieron descuentos de hasta el 50 por ciento de sus ingresos¹.

A la exposición al contagio y la miserable especulación económica de las patronales de la salud, todavía habría que sumar la de sus vecinos, que pretendieron expulsarlos de algunos edificios porteños.

Allí están expuestas las razones de la desazón o el enojo de Nicolás.

¹ Diario Infobae del 4 de mayo de 2020. Consultado en <https://www.infobae.com/politica/2020/05/04/medicos-privados-denuncian-descuentos-de-hasta-el-50-en-sus-salarios-en-medio-de-la-pandemia/>



A muchos de los trabajadores de la educación que enseñamos Comunicación Social en las universidades nacionales argentinas nos gustaría decirle que invertimos un gran esfuerzo en transmitir a nuestros discípulos que la necesidad y el desafío de esta hora son los de convertir una maraña de datos en información y, luego, esa información en conocimiento. Porque solo el conocimiento nos va a permitir convertir datos por sí mismos irrelevantes en conclusiones o decisiones más permanentes y efectivamente útiles.

Ya se ha dicho suficientes veces que ese va a ser el recurso económico básico en las sociedades avanzadas del siglo XXI. La pandemia por la que atraviesa la humanidad es una muestra gratis de su valor, porque el conocimiento es el que permite trabajar en una vacuna que hoy no tenemos, en tratamientos que actualmente no existen o en la fabricación de instrumental médico imprescindible, como los respiradores.

En el caso específico de quienes nos desempeñamos en el campo comunicativo, somos enorme mayoría los que creemos que nuestra labor y la de la disciplina que ejercemos puede y debe contribuir a hacer retroceder las zonas de ignorancia de la humanidad y a despertar apetitos superiores en las personas. Pensamos que la acción comunicativa

tiene que ponerse al servicio de la desacreditación de las supercherías y los engaños del pensamiento mágico. Que una comunicación noble es la que prescinde de las propuestas anti-científicas.



Sabemos que todavía hay quienes piensan que, aunque seamos todos iguales, algunos son más iguales que otros. Que en algunos sectores aún persiste el criterio de que la pobreza castiga a los que no han hecho méritos suficientes y no que es el resultado de distribuciones injustas y de privilegios heredados a través de los tiempos.

Nuestras cátedras invitan a sus estudiantes a rechazar todos esos sofismas y a trabajar enérgicamente en la construcción de un pensamiento nuevo, más justo, más inclusivo, más respetuoso del otro. Les proponemos que se sumen a la tarea de forjar una sensibilidad diferente, con espacio para la solidaridad, con respeto por las diferencias y con permanente espíritu crítico.

Aspiramos a que nuestra siembra de hoy fructifique mañana en medios diferentes a los que ahora, con justa razón, tanto irritan a Nicolás.





Aguafuertes del confinamiento

Identidades evanescentes



“Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”.

La cita es de Marshall Berman, autor del libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, en el cual analiza cuándo y por qué la modernidad abandonó o se alejó de su vocación por el progreso y la liberación colectiva.

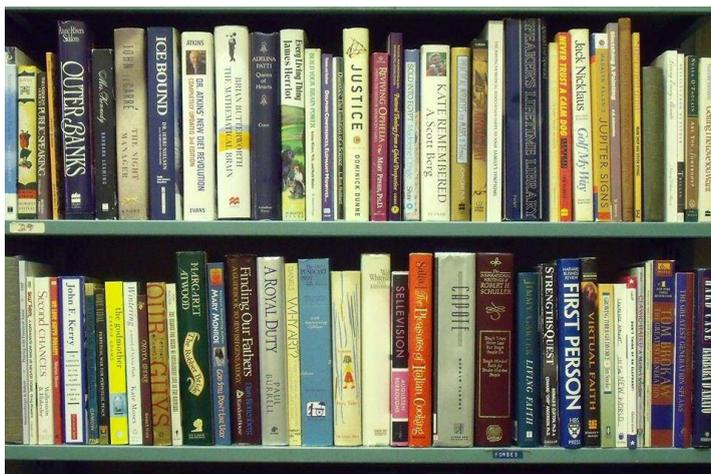
La frase del título, que Berman tomó prestada del Manifiesto comunista, se refiere a la capacidad formidable del capitalismo de diluir

vínculos sociales. En nuestros días esas disolvencias no se contentan con las relaciones humanas y se han expandido hacia la materialidad de las cosas.

La biblioteca de casa se ha vuelto un reservorio de polvo desde que los diccionarios y enciclopedias fueron reemplazados por google en la consulta. Los libros de ficción no han sufrido un desplazamiento tan intemperante y todavía reciben visitas, intercaladas con alguna lectura electrónica.

La música, en cambio, dejó estanterías pobladas de vinilos, cassettes y discos compactos desolados en su soledad y ahora llega desde la computadora y la flamante incorporación de la inteligencia artificial que portan unos ubicuos *smart phones*.

Las películas, que antes almacenábamos en voluminosas cintas de video, hoy se alojan en la memoria de nuestros ordenadores.



Quienes hemos asistido al paso de la generación del átomo a la del bit, somos testigos de la vigorosa desmaterialización que afecta a nuestra vida cotidiana. Quizás el territorio acotado de nuestro hogar aún no haya registrado cabalmente estas mutaciones y por eso las paredes permanezcan con sus estanterías intactas.

Las ventajas de que un escenario de virtualidad sustituya al papel y al plástico son enormes para el cuidado ambiental. Sin embargo, también debemos contemplar el impacto de estas transformaciones en nuestros hábitos y conductas; sobre todo cuando vemos que a nuestro alrededor se esfuman cosas que nos acompañaron en un buen tramo de la vida y que en su reemplazo llegan objetos inasibles, carentes de corporeidad y huérfanos de solidez. No es un juicio de valor; apenas una constatación descriptiva.

¿Es igual asistir a la experiencia real que a su sustituto virtual? ¿Da lo mismo la visita efectiva a un museo que la vista de un cuadro en la pantalla de la computadora? La situación actual reactualiza aquello que Walter Benjamin sugería en *“La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”*.

Para el referente de la escuela de Frankfurt las experiencias singulares e irrepetibles de palpar un libro, asistir a un concierto o a una representación teatral perdían originalidad cuando la reproducción técnica de esos acontecimientos dificultaba la ponderación de su valor real. A su criterio, la mecanización técnica de las reproducciones sustraía al arte su valor ritual dado que interfería en su funcionamiento dentro de la tradición.

De modo concurrente, algunas manifestaciones artísticas van acompañadas de una cierta fugacidad que parece subrayar el carácter efímero de las cosas.

¿Esa condición evanescente podrá trasladarse a nuestra identidad? ¿Acaso la alienación constituye una perspectiva más amenazante cuando la experiencia directa es reemplazada por la mediación técnica?

¿En qué medida las alternativas sustitutorias rebajan o degradan nuestra experiencia del mundo?

Al reflexionar acerca de las Bellas Artes el filósofo y poeta Paul Valéry aseguraba que la antigua industria de lo Bello experimentaría cambios muy profundos a partir del acrecentamiento sorprendente de los medios, la flexibilidad y precisión que alcanzan y las ideas y costum-

bres que introducen. En *“La conquista de la ubicuidad”*, un texto de 1928, expresaba que «En todas las artes hay una parte física que no puede ser tratada como antaño, que no puede sustraerse a la acometividad del conocimiento y la fuerza modernos. Ni la materia, ni el espacio, ni el tiempo son, desde hace veinte años, lo que han venido siendo desde siempre. Es preciso contar con que novedades tan grandes transformen toda la técnica de las artes y operen por tanto sobre la inventiva, llegando quizás hasta a modificar de una manera maravillosa la noción misma del arte».

¿Y, por qué no, también de las personas?





Aguafuertes del confinamiento

El colapso



¿Cuántas veces vimos en el cine o en la televisión imágenes de calamidades apocalípticas que acaban con el mundo?

Ese gesto narrativo sentó sus bases en causas naturales y también en acciones de la humanidad. Ante nuestra memoria se suceden en rápido desfile meteoritos u otros cuerpos celestes en ruta de colisión e imposibles de desviar, el cambio climático y el calentamiento global, erupciones volcánicas, distorsiones en el campo magnético de la Tierra, el envejecimiento del Sol, invasiones alienígenas, inteligencias artificiales desbocadas, hambrunas tremendas por la infertilidad de la tierra y la muerte de los animales, incapacidad humana para la reproducción, mutaciones genéticas variadas, zombies, etc.

Las distintas etiquetas de la cultura audiovisual a veces no resultan suficientes para catalogar todas las realizaciones, que transitan por la ciencia-ficción, la aventura, el terror, el gore o los dramas humanos y que genéricamente, pero también con imprecisión, solemos llamar cine catástrofe.



La novedad es que ahora filosofía y matemática evalúan hipótesis similares para el futuro inmediato. Según Toby Ord, investigador australiano radicado en Londres, existe una posibilidad entre seis de que la humanidad desaparezca en el transcurso de este siglo.

Las causas posibles que dan sustento a ese enunciado señalan que los riesgos emergentes de la acción humana son mayores a los que provienen de causas naturales.

En busca de morigerar el impacto de su estimación, este filósofo del Instituto para el Futuro de la Humanidad de la Universidad de Oxford y asesor de la Organización Mundial de la Salud destacó que de la predicción también se desprende “que hay cinco posibilidades entre seis de que sobrevivamos como especie²”. Tal vez con el mismo criterio de evi-

² Las opiniones de Ord han sido generosamente difundidas por numerosos medios electrónicos, entre ellos el portal español El Confidencial o el sitio Mil Patagonias (<https://www.milpatagonias.com/un-filosofo-estima-que-la-humanidad-puede-extinguirse-este-siglo-n16705>)

tar crudezas que generen pánico, elige hablar de colapso y no de armagedones tremebundos.

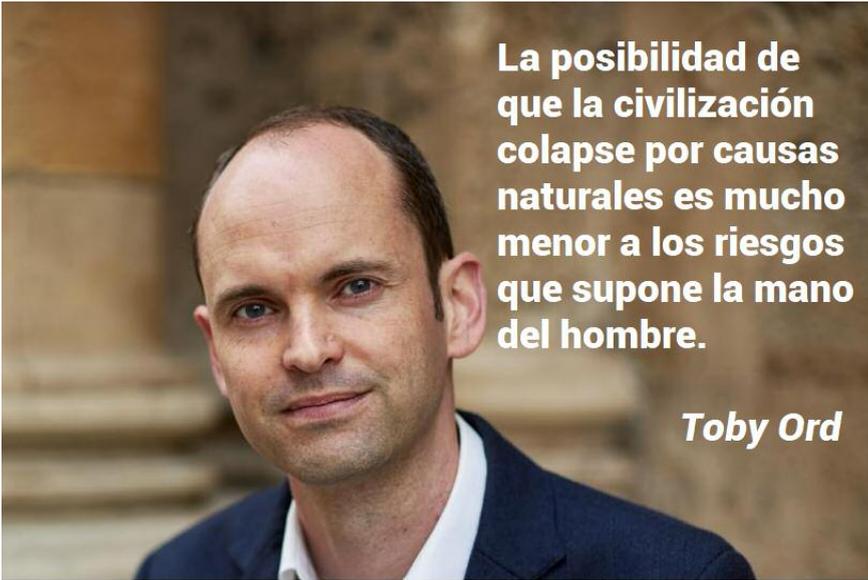
Más allá de las probabilidades que surgen a través de la aplicación de un modelo matemático, Ord dice que no le teme tanto a un virus como a las amenazas potenciales de grupos terroristas que diseñen armas biológicas, una tecnología que, a diferencia de las armas nucleares, cada vez es más accesible y difícil de rastrear. Para el pensador la inteligencia artificial es más peligrosa que las pandemias pues, al igual que las armas biológicas, puede suponer en los próximos 50 años riesgos nuevos que aún desconocemos y en cuya prevención apenas estamos invirtiendo. “La humanidad –apunta ácidamente– gasta más cada año en helados que en que prevenir que las nuevas tecnologías no nos destruyan”.

Aunque no compartimos en absoluto su cuestionamiento a la degustación de helados, ahora que –como señalamos en un Aguafuerte anterior– hemos incorporado a nuestra vida un equipo de parlantes inteligentes, su análisis acerca de la inteligencia artificial nos resulta inquietante, sobre todo cuando le atribuye una posibilidad entre diez de acabar con la humanidad. Aparentemente ni las tres leyes de la robótica concebidas por Isaac Asimov podrán resguardarnos definitivamente y la mayor preocupación viene dada porque todavía no existe conciencia pública acerca de sus riesgos. Respecto de las responsabilidades políticas y sociales en esta circunstancia, solo nos queda reiterar aquel viejo proverbio que señala: *“a quien le quepa el sayo, que se lo ponga”*.

Y, mientras tanto, no podemos dejar de preguntarnos de qué sirvieron tantos millones invertidos en productos audiovisuales que retrataron devastaciones y tantísimas horas ocupadas en observarlos. ¿Qué aprendizajes obtuvimos de ellos?

La humanidad, que alguna vez se deleitó con la fabulación de Tomás Moro respecto de un territorio utópico, inició hace siglos una deriva de sus expectativas hacia conceptos menos esperanzadores. La distopía tomó el relevo y se aupó en cierta impronta de determinismo tecnológico que fue virando desde enfoques “tecno-optimistas” hasta

perspectivas donde el “tecno-pesimismo” es quien preside las situaciones.



La posibilidad de que la civilización colapse por causas naturales es mucho menor a los riesgos que supone la mano del hombre.

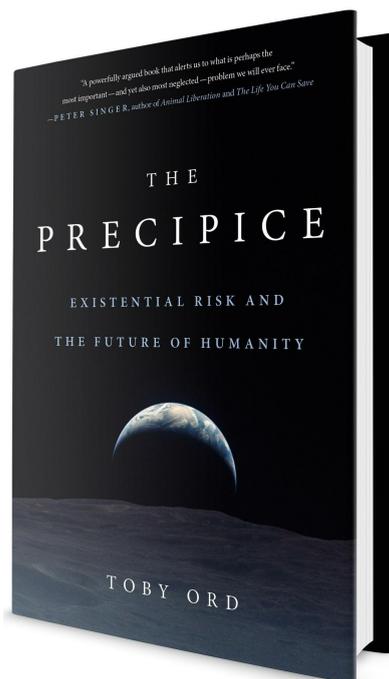
Toby Ord

Ord opina que científicos y gobiernos deberían estar trabajando en el desarrollo de protocolos de seguridad equivalentes a los que el siglo pasado se elaboraron para conjurar el riesgo nuclear.

A su juicio, la gran dificultad que enfrentamos es que nuestros 200.000 años de existencia aún no permiten que superemos la etapa de la adolescencia... y los adolescentes –sostiene– no son buenos ordenando las prioridades. Por eso actuamos de forma tremendamente imprudente con el futuro, pensando apenas en nuestra vida de las próximas horas y no en los riesgos que afronta la continuidad de la sociedad humana y que afectan o limitan su potencial de evolución.

La prédica de Ord incluye un sencillo consejo: “No elegir políticos que actúen como adolescentes sería un buen comienzo para garantizar el futuro de la humanidad”. Las experiencias vigentes de Trump y Bolsonaro podrían incluso hacernos pensar que algunos dirigentes todavía no superaron su etapa infantil.

“El precipicio. Riesgo existencial y el futuro de la humanidad”, la obra en la que Toby Ord expresa que salvaguardar el futuro de la humanidad es uno de los problemas morales más importantes de nuestro tiempo.



Aguafuertes del confinamiento

Entre la estrechez mental y la venalidad

• EL REVES POR PORTEZUELO EN COIRCO ENLOQUECIO A LA DIRIGENCIA CUYANA

Mendoza delira: quieren formar un país aparte

El ex gobernador Alfredo Cornejo, actual diputado nacional y presidente de la UCR, acusó a Nación de aplicar una política para "perjudicar" a su provincia. Se sumó a la cruzada del #MendoExit y dijo que tienen todo para vivir "como un país independiente". PAGINA 12



• JUNTADA ILEGAL EN BARON

Kroneberger sospechado de escaparse de un control

Al ex diputado nacional y a otros cinco hombres los sorprendió la Policía cuando se retiraban por el patio trasero de una vivienda de Colonia Barón. Se habían reunido el domingo a la noche, fuera del horario permitido. PAGINA 17

• LADRON BORRACHO

Entró a robar y quiso escapar de la policía en una bicicleta fija

En Catriel, un hombre en estado de obriedad vio una bici en una casa y la robó. Cuando un agente le dio la voz de alto, se subió y comenzó a pedatear. No pudo huir. PAGINA 19

• TORNEO FEDERAL A

El radicalismo de nuestros días no brilla por la inteligencia ni por la perspicacia de su conducción. Pero tampoco por compromiso patriótico alguno. Sus dirigentes se dejaron conducir a la posición de meros segundones que aportaron a Cambiemos una presencia territorial de la que el PRO carecía, sin obtener cargos de relevancia como contraprestación. Podría parecer una contribución desinteresada, en pos de benefi-

cios mayores para la Nación, la posteridad o grandilocuencias equivalentes. Solo que esas utilidades apenas se contabilizaron en unos pocos y recurrentes bolsillos, que no perdieron el tiempo en sacarlas del país hacia destinos fiscales paradisíacos.

A uno de esos dirigentes desatinados se le ocurrió hace algunas semanas levantar alguna polvareda sacudiendo el tema de la posible secesión mendocina. Inmediatamente, un coro de voces salió a fustigar la propuesta. Algunas pueden haberlo hecho desde posturas nacionalistas exacerbadas o de estricto fanatismo patrioter. Esas miradas –justo es decirlo– no aportan otros argumentos que los de cierta mitomanía que induce a ciertas mentalidades a creerse superiores al resto. Es chauvinismo puro.

Pero otros razonamientos deben haber reparado en posibles intereses agazapados detrás de la proclama segregacionista. No hay que ser visionario sino reparar en los antecedentes que ofrece la historia. La separación de Texas del estado de México en 1836 solo fue una etapa hacia su posterior anexión a los Estados Unidos en 1845. Esa artimaña, además, facilitó la apropiación de otros territorios mexicanos que llegaban hasta el Océano Pacífico.



Desde su mismo origen los ex asentamientos británicos en América del Norte tuvieron en claro hacia dónde querían ir. Por eso escogieron como uno de sus lemas la expresión latina *E pluribus unum*, que significa «De muchos, uno». La frase está repleta de simbolismo pues tiene trece letras, el mismo número de colonias que se integraron para crear un país independiente.

Infelizmente, al sur del Río Bravo donde existen tantas personas atentas a las decisiones imperiales, este no ha resultado un ejemplo que se tuviera en cuenta.

La creación de Uruguay podría haber sido un acto bienintencionado en busca de garantizar el equilibrio regional entre dos naciones potencialmente poderosas como Argentina y Brasil. Solo que un manto de sospechas lo cubre todo cuando alguien repara en que, auspiciando esa gestación, estaba Inglaterra.

¿Qué persigue Cornejo con su exabrupto? ¿A quién favorece el desmembramiento de la Argentina?

Nadie que haya vivido en la Patagonia puede negar haber oído alguna vez pronunciar el deseo separatista. Se lo hemos escuchado a familiares, vecinos o amigos; algunos lo expresaban como manifestación visceral de repulsa ante la devaluada noción de lo federal en nuestro sistema de gobierno; muchos porque no se detuvieron a reflexionar en las consecuencias; otros porque tienen cerebro de mosquito y unos pocos más debido a su profunda venalidad.



Trocear el país es una pésima idea de los grupos de poder que saben que la división debilita el tejido social y favorece la implementación de políticas contrarias al interés popular.

Hace un par de siglos esa idea divisionista frustró el horizonte de una Patria grande y unida que anidaba en el pecho de nuestros próceres más nobles, los que protagonizaron la gesta trunca de nuestra Independencia.

Querer incluir entre ellos a Cornejo constituye un esfuerzo inútil ya que, expresado en forma tautológica, eso es imposible y además no puede ser.



Aguafuertes del confinamiento

Acerca de médicos y empresarios



Uno concibe a la salud como un bien precioso, que debería estar protegido de vaivenes mercantiles. Pero no es así como piensan en el tema los empresarios preocupados por el negocio de la salud.

Obviamente, cualquier clínica tiene su mayor interés puesto en las intervenciones quirúrgicas, que son las que dejan mayores ingresos.

Pero esas son cuestiones en las que nosotros no solemos ponernos a hacer consideraciones. Al fin de cuentas, somos simples mortales a los que nos motiva o nos angustia más pensar en que somos precisamente eso: criaturas frágiles a las que algún ventarrón puede voltear.

La estimación de los administradores y dueños de clínicas es que con menos de un 85% de las camas cubiertas, esa empresa trabaja a pérdidas.

En cambio, desde que la pandemia se instaló en el mundo, la enorme mayoría de los médicos están preocupados por el estallido del sistema de salud, por la posibilidad de que no puedan dar respuestas a los contagios masivos.

Esa es la brutal diferencia que distingue a los empresarios de los médicos.

Aunque son excepcionales, también puede registrarse alguna coincidencia. Una profesional argentina de la salud que trabaja en una ciudad muy importante de Europa nos contaba al comienzo de la pandemia que a los cadáveres que llegaban sin diagnóstico no les realizaban los test de coronavirus. Un médico piensa en preservar los reactivos para aplicarlos en enfermos que pueden curarse. Un empresario, en cambio, solo considera no gastar recursos que cuestan dinero.



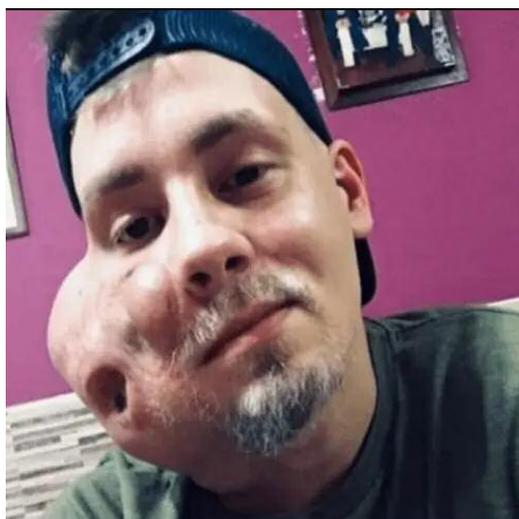
Algunos edificios de departamentos han sido escenarios de actitudes miserables por parte de vecinos que pretendieron expulsar a médicos que viven allí, con la excusa del riesgo del contacto.

A ninguno se le ocurrió cuestionar a propietarios de clínicas y nosocomios que razonan y actúan con una caja registradora en lugar del órgano que regule nuestros afectos y emociones, cualquiera que sea.

Igualmente, aunque quisieran hacerlo, tampoco podrían: es muy difícil que esos empresarios se avengan a compartir edificios; lo suyo es refugiarse en *countries* aislados del ruido mundanal que produce la gente de a pie. Los médicos, en cambio, suelen estar más cerca de esta fuente sonora y vital.

Hasta hace pocas semanas había clínicas escasas de pacientes. Ocurre que algunos padecientes preferían postergar la consulta por temor al contagio, a una contaminación que sea peor a la dolencia actual. Ahora esa situación se fue modificando y en una clínica porteña la semana pasada registraban una ocupación del 104% de las camas. La explicación es sencilla y cruda: en una habitación amplia debieron agregar lechos para acoger a un matrimonio y sus cinco hijos, todos con sintomatología y resultados positivos ante el hisopado.

También hay otros casos extremos que necesitan atención y el contexto no los ayuda. Hace unos días, los diarios publicaron el caso de un joven que requiere una compleja intervención quirúrgica para afrontar el cáncer que le detectaron en 2014. La foto que acompañaba la noticia es impactante: muestra un enorme tumor que compromete su maxilar derecho. Y otra vez, la respuesta provino de un médico: se trata de un profesional argentino que reside en Italia y se ofreció a realizar la operación en forma gratuita.



Vivimos una situación de enorme tensión expectante, a dos puntas: en una están los patrones, nerviosos por los perjuicios económicos de su empresa, y en la otra los trabajadores de la salud, tensos porque el pico tan temido no los desborde. Un ejemplo ilustra claramente la situación: algunos nosocomios ya registran falta de personal pues sus médicos contagiados no han sido reemplazados.

Más allá de los aplausos inocuos de las 9 de la noche, sería deseable dejar en claro con quiénes está nuestra simpatía.



Aguafuertes del confinamiento

Como se “viaja” hoy. Un cosmopolitismo vicario



Parece ser que a Diógenes le preguntaron de dónde era y el filósofo griego decidió no andarse con chiquitas. “Soy ciudadano del cosmos”, respondió. No de una región en particular y ni siquiera “del mundo”, sino de una dimensión más vasta y compleja que incluía una variedad de planos de existencia.

De allí viene lo de “cosmopolita”, que se aplica a las personas que ejercen una suerte de errancia durante la cual han podido conocer culturas y costumbres diferentes a las de su propio terruño.

Vaya a saberse si a conciencia efectiva de esas galanuras filosofales, hace tiempo ya, cuando apenas estaba terminando de digerir mi adolescencia, un conocido me presentó a un tercero con estas palabras: “Ha viajado mucho”. El modo admirativo de su expresión no se me olvidó nunca y decidí hacer mía esa fascinación por los viajes y la alta valoración por los viajeros.

Bastante más tarde me anoticié de una afirmación categórica de Zenón el chipriota, que consideraba a todos los seres humanos “conciudadanos y connacionales”. Juan Arnau Navarro, un astrofísico español de nuestros días que también practica la filosofía, sostiene que el cosmopolitismo nació como vacuna contra el nacionalismo. Pero eso, claro, no llega a las entendederas xenóforas de algunos dirigentes que jamás podrán comprender el concepto de fraternidad, consagrado durante la Revolución Francesa.

Entre otras cosas, viajar permite ablandar las callosidades del alma y volvernos más receptivos a los paisajes naturales y humanos de otros pueblos.

Con elocuencia sintética Joan Manuel Serrat retrató esa sed de vagabundeo en un par de sus tantos versos memorables: “No me siento extranjero en ningún lugar, donde haya lumbre y vino tengo mi hogar”.

Quizás la inspiración del trovador catalán proviniera de aquel antiguo proverbio español, según el cual “el buey no es de donde nace, sino de donde paca”. La expresión documenta cabalmente la posibilidad de que cada quien pueda elegir cuál es “su lugar en el mundo”. O, de modo omnicompreensivo, “sus lugares en el mundo”.

Lo cierto es que ese andar en el que absorbemos y nos nutrimos con imágenes, diálogos y vivencias, se encuentra hoy en estado latente. No podemos movernos más allá de nuestro domicilio y eso mortifica a quienes conciben al cosmos como su hogar.

En nuestra conciencia no cesa el repiqueteo de frases similares: ¿Cuándo podremos retomar la dinámica vivificante de los viajes? ¿Cuánto falta para que volvamos a pastorear en otros campos, sorbiendo sabores y fragancias diversos?



Mientras persistan las actuales condiciones, solo podremos ejercer la experiencia vicaria de cosmopolitismo que ofrece el ciberespacio o el repaso por nuestras propias y antiguas fotografías. No tenemos por qué prescindir de estas prácticas sustitutivas, pero tampoco debemos renunciar a la vocación de volver a vivir lo real en plenitud, sin las cortapisas que implica la virtualidad obligada.

De algún modo, esta concepción subraya o destaca las diferencias entre turistas y viajeros. Porque, si bien los primeros son los que viajan por placer mientras que los segundos también pueden hacerlo por otras razones (de negocios, estudios o salud, por ejemplo), no es menos real que, en tanto hábito moderno posterior a la revolución industrial, el turismo está inscripto entre las actividades económicas. En muchas ocasiones, esa adscripción dinamiza el desarrollo de pueblos y sociedades; aunque no podemos desconocer que su sesgo utilitario procura captar al turista, devenido entonces en “cliente”.

La misma idea del viaje inviste al que lo protagoniza de cierto halo romántico e incluso épico, que se remonta a los tiempos en que los traslados tenían una cuota de inseguridades que hoy las agencias o compañías de turismo se empeñan en mitigar o, al menos, disimular.



A diferencia del viajero de antaño, el turista de hoy sabe a ciencia cierta a dónde va; Internet incluso le permite apreciar por anticipado cómo es el sitio de destino.

Y, sin embargo, uno no se resigna a renunciar a la fragancia de la aventura que acompañaba a quienes viajaban en medios de tracción a sangre, a los que abordaban barquitos frágiles o a aquellos que se subían a trenes polvorientos para partir hacia geografías incógnitas.

Un hálito de deseo temerario espolea a los viajeros contemporáneos, incluso a los que se mueven en condición de turistas. Ya quisieran llegar a regiones en las que nadie antes puso su marca y, aunque saben que eso es imposible, continúan consumiendo kilómetros mientras intentan apagar暂时amente una sed de descubrimientos que es insaciable.

Las suyas son almas inquietas que quieren conocer personas, historias y territorios nuevos. Buscan adherir a sus retinas las imágenes de horizontes deslumbrantes; quieren imprimir en su memoria recuerdos que no se borren nunca.

Viajar es una fuente de placer permanente, gratifica los espíritus, llena las alforjas de nuestra mundología, afina nuestra sensibilidad, nos

hace más sabios. En suma, enriquece nuestra humanidad y nos vuelve mejores personas.

Todo eso reivindicamos en el deseo fogoso de volver a salir al mundo. Nuestra casa.

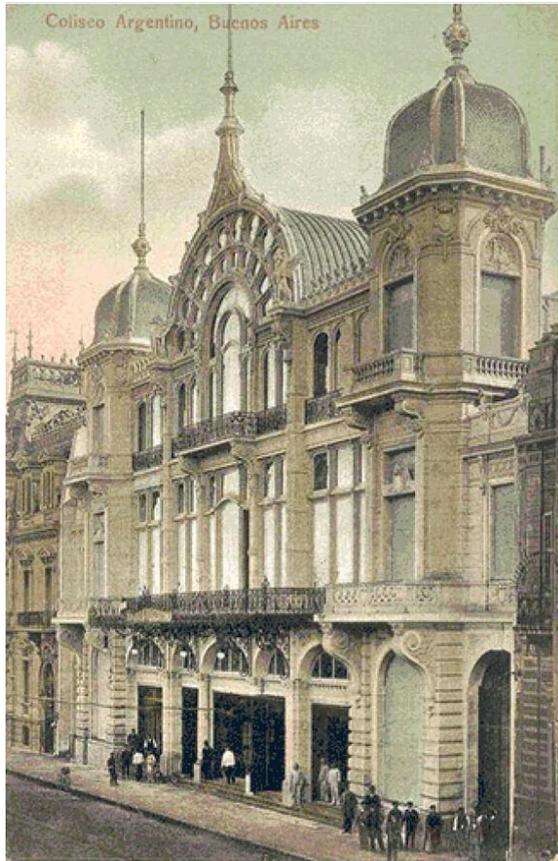




Aguafuertes del confinamiento **Centenaria y maravillosa**

Fue una noche invernal de hace un siglo. Cuatro muchachos jóvenes hicieron equilibrio encima del techo del Teatro Coliseo de Buenos Aires y sobre una azotea vecina para colgar unos artilugios precarios de propagación con los que dieron origen a una maravilla.

Antigua fachada del teatro Coliseo de Buenos Aires. La obra del arquitecto Carlos Nordmann estaba realizada en hierro y vidrio y fue demolida en 1938.

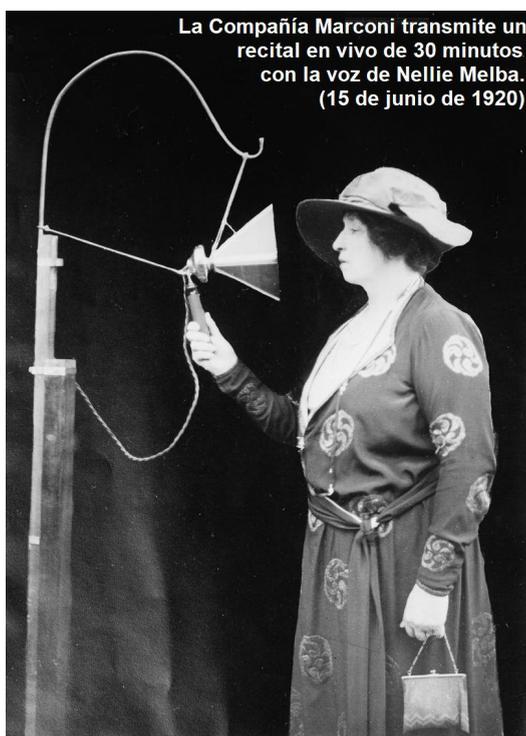


El 27 de agosto de 1920 Enrique Susini, César Guerrico, Luis Romero Carranza y Miguel Mujica inauguraron la radio con la transmisión de la ópera "*Parsifal*", de Ricardo Wagner que se representaba en ese escenario.

Con la Primera Guerra Mundial apenas concluida y su título de médico recién expedido, Susini había sido comisionado por la Armada argentina para viajar a Francia y estudiar los efectos de los gases tóxicos en el sistema respiratorio.

El joven profesional tenía como pasatiempo la radioafición y aprovechó el traslado para comprar un equipo de transmisión que había sido utilizado durante la contienda. Tenía tan solo 5 kilowatts de potencia y su señal habría de ser recibida por unas pocas decenas de personas, cuyo privilegio fue el de situarse entre los primeros radio-oyentes de la historia.

En verdad, varias semanas antes ya habían acontecido otras emisiones. Entre ellas una realizada desde los estudios del pionero en las comunicaciones inalámbricas Guglielmo Marconi, en Chelmsford, Inglaterra. La cantante Nellie Melba ofreció un recital que fue escuchado en París y Nueva York. Sin embargo, esa experiencia resultó un hecho aislado que no tuvo persistencia en el tiempo.



En cambio, la transmisión porteña se reiteró a la noche siguiente con la ópera *"Aída"*, de Giuseppe Verdi, y en días posteriores ocurrió lo propio con *"Iris"*, de Pietro Mascagni; *"Rigoletto"*, de Verdi; *"Manón"*, de Jules Massenet y algunas actuaciones de la compañía lírica del teatro municipal de Río de Janeiro, que se encontraba de gira por nuestro país.

Ese dato, el de la continuidad, era el argumento en que Susini basó hasta el día de su muerte la afirmación categórica de que la radiodifusión mundial tuvo su origen como tal en nuestro país.

A un siglo de su nacimiento, la radio luce como rasgo distintivo que nunca fue igual a sí misma durante mucho tiempo. Su casi permanente transformación obedeció a la necesidad de readecuarse a distintas características sociales, en general, y de la comunicación, en particular, así como también a los aprendizajes que fue realizando en su evolución.

Como vimos, en el principio fue la retransmisión teatral pero poco tardó la radiodifusión en advertir que esas piezas concebidas para otro soporte necesitaban adecuarse a las características del medio. Nacieron así las adaptaciones de cuentos y novelas, que les dieron encarnadura sonora a personajes que hasta entonces solo vivían en textos escritos. Y luego de eso, por fin, los autores comenzaron a producir originales para radio.

La época dorada fue la comprendida entre las décadas del 30 y del 50, inclusive. Tanto éxito cosechaban las compañías de radioteatro que las funciones nocturnas de las salas de cine ajustaban sus horarios a los de las programaciones radiofónicas. Si había que esperar a que terminara el episodio de *"Los Pérez García"* o cualquier otro suceso del momento, la película podía comenzar quince minutos más tarde.

La masividad de la convocatoria generó una actividad paralela consistente en las giras que los elencos llevaban por diferentes ciudades con versiones reducidas de las radionovelas más convocantes. Los consagrados cuadros de actores y actrices metropolitanos tuvieron equivalentes regionales que recibieron reconocimientos semejantes en sus terruños. En nuestra zona, el referente insoslayable fue Jorge Edelman.



La música marcó otro hito destacadísimo en la historia de la radio. Alguna vez fue principalmente a partir de las orquestas propias de las emisoras más poderosas. Agrupaciones como las de Osvaldo Pugliese, Aníbal Troilo o Juan D'Arienzo fueron las que tejieron con las antiguas estaciones de amplitud modulada una potente alianza difusora del tango. El ciclo más popular seguramente fue el *"Glostora Tango Club"*, que Radio El Mundo transmitía diariamente entre las 20:00 y las 20:15.

Esos quince minutos constituían la media en la que se consumaban los éxitos. Era el tiempo de duración de los musicales y también de la dramaturgia radiofónica. Las célebres charlas del periodista Juan José de Soiza Reilly, a veces críticas, en ocasiones ácidas, pero siempre dinámicas, solían concluir con una frase que ganó la calle y que sus seguidores comenzaron a usar en distintas circunstancias: "Ya pasó mi cuarto de hora".

Esa apropiación social de un modismo radiofónico es reveladora de la potente implantación que alcanzaban las transmisiones. Y lo mismo podría decirse de otra expresión desprendida de uno de los radioteatros más famosos de la historia: "Este tiene más problemas que los Pérez García". Así, las interminables tribulaciones de aquella familia de ficción se aplicaban a la realidad de personas de carne y hueso que tampoco las tenían fáciles.

Esas manifestaciones puntuales solo ponen en evidencia el alto

grado de incidencia que consigue la radio pautando y regulando nuestros hábitos cotidianos. Con ella nos despertamos; sabemos que a las horas nos brinda actualización informativa; va administrando los ritmos para que en el crepúsculo nuestro torrente sanguíneo se aplaque y a la noche nos acuna con música placentera, diálogos cómplices o el humor singular del inefable Dolina.

Cada vez que se echa a andar, una caravana de nombres notables sacude la modorra de nuestra retentiva y moviliza recuerdos del tipo más variado. Los hay gratos, como los que despiertan las figuras entrañables de Enrique Santos Discépolo o Wimpy; la extraordinaria Niní Marshall, la laboriosa Blackie, el provocativo Hugo Guerrero Marthineitz o el incombustible Héctor Larrea. Es igualmente placentero recordar la calidez de Juan Alberto Badía y la comicidad ingeniosa de Juan Carlos Mesa. Pero también hay evocaciones menos simpáticas como aquel relato vergonzante de José María Muñoz en la final del Mundial de Fútbol de 1978, exaltando la figura del genocida Jorge Videla y fustigando a las naciones que reclamaban por el respeto a los derechos humanos que aquí se pisoteaban.



Si la paternidad argentina de la radio en general puede ser discutida, lo que no admite ninguna duda es que en nuestro país vio la luz la

primera emisora universitaria del planeta. La decisión estuvo a cargo de la Universidad Nacional de La Plata, que puso en el aire su estación en abril de 1924, cuando la actividad profesional en este campo aún era incipiente. Desde el vamos, el objetivo de la casa de estudios bonaerense fue vincularse estrechamente con su contexto y retribuir a la sociedad el esfuerzo con la que esta sostenía sus actividades. Un relevamiento efectuado en 1936 permitió constatar que, con ese propósito, se difundieron 249 conferencias a cargo de profesores universitarios. En la actualidad las voces universitarias que surcan el éter y también pueblan el ciberespacio son más de 60. Radio Universidad-CALF (103.7 Mhz), en Neuquén y Radio Antena Libre (89.1 Mhz), en General Roca expresan la cosmovisión de los claustros de la Universidad Nacional del Comahue.



Algunos ciclos de la radiofonía argentina han aquilatado una supervivencia notable. Como ejemplo de longevidad suele citarse a *“Las dos carátulas. El teatro de la humanidad”*, que se mantiene vigente en Radio Nacional desde 1950, pero en LS 11 Radio Provincia de Buenos Aires, *“Tangentes en Jazz”* no le va demasiado en zaga: la propuesta, conducida siempre por “Talero” Pellegrini, ya supera los 60 años de permanencia el aire.



Desde la irrupción masiva de FM, que en Buenos Aires se instaló en los años '70s pero que en las provincias recién se multiplicó una década más tarde, cada ciudad o pueblo pueden ufanarse de un buen número de estaciones de radio. Suele ocurrir que la cantidad no siempre garantiza variedad discursiva ni tampoco calidad pero, allí donde un oyente *sintoniza* lo que busca, el texto sonoro de la radio actúa como fuente de noticias, bálsamo de soledades, remedio para melancolías o proveedora de gratificaciones. Y no pocas veces es el único vínculo con el mundo.

Un mes después de desatada la pandemia que azota al planeta, un grupo de peones de estancia de la provincia de Santa Cruz aún continuaba sin enterarse que el mundo estaba en pausa y nuestro país había establecido un confinamiento social preventivo. Esa circunstancia no llegó a su conocimiento porque el receptor se les había quedado sin pilas. En el establecimiento rural que los emplea, la radio conserva un predicamento enorme por la sencilla circunstancia de que es el único medio confiable con que cuentan los pobladores rurales.

La credibilidad es la mejor tarjeta de presentación de la radio pero también le suma crédito entre el público la predisposición amical que muchas de sus figuras propician desde los estilos más diversos: susurrantes, eufóricos, dinámicos; más enérgicos o más reposados, apacibles o vivaces; cáusticos o amables y desde el espesor o la levedad conceptual con que eligen comunicar.

A lo largo de esta centuria la radio encumbró o desacreditó figuras, apoyó o combatió modelos políticos; provocó ensoñaciones mediante sonidos cautivantes; estimuló imaginaciones a través de relatos fantásticos; robusteció conciencias con tratamientos realistas; propuso

aventuras extraordinarias pero que no supusieron riesgo alguno para sus interlocutores virtuales; posibilitó “conocer” lugares exóticos de un mundo que se fue haciendo cada día más pequeño; conectó antípodas musicales, testimoniales y culturales; hizo vibrar multitudes al calor de narraciones deportivas épicas; conmovió a millones con tragedias bélicas colosales o bien con desventuras individuales; ayudó a atravesar duelos; confortó con la risa y, cuando correspondió, propuso diversión, estimuló la reflexión o entregó sosiego.

Por supuesto, no lo hizo siempre armónicamente. En ocasiones fue incapaz de contener su voracidad crematística. A veces, su forja ideológica exhibió intolerancias. Pudo, alguna vez, no estar a la altura de las circunstancias. Quizás tuvo alguna claudicación ocasional respecto al esfuerzo creativo permanente que sus oyentes reclaman y merecen y puede ser que tampoco le hayan faltado actitudes de un parasitismo meramente reproductor.

Pero nuestra memoria elige ir al rescate de sus momentos más logrados. Aquellos en que ninguna pereza intelectual desvirtúa la voluntad expresiva y comunicativa; esos en que la inteligencia hace causa común con la amabilidad y la gracia. Recuperamos cada uno de esos instantes en los que la textualización sonora aunó profesionalidad, compromiso, talento, creatividad, originalidad y vocación de servicio. Porque son esos momentos los que volverán a llenar de sentidos el segundo siglo de vida de la radio.



Aguafuertes del confinamiento

Pequeños burgueses asustados

Suele ocurrir con alguna frecuencia que los argentinos lucimos cierta tendencia a creernos el centro del mundo. Como protagonistas de todo lo bueno ... y también de todo lo malo. Somos capaces de atribuirnos las gestas más luminosas, así como los comportamientos más repugnantes. Y, en realidad, no somos tan maravillosos ni tan despreciables. O no lo somos más que muchísimas otras sociedades. Sobran botones de muestra.



El sábado pasado, miles de chinos se convocaron en una mega-fiesta en un parque acuático en la ciudad de Wuhan, el lugar donde el Covid-19 se manifestó por primera vez. Los periódicos mostraron las fotos, en las que se observa a mucha gente joven; están todos apiñados junto a la piscina. Y nadie usa barbijo.

Por su parte España, ese país tan castigado por la pandemia que lleva ya casi 30 mil muertos y está a las puertas de otra ola de contagios, es testigo de grupos de españolitos (Machado *dixit*) que salen a quejarse del gobierno y que proclaman que la pandemia no existe, que es un invento. Para no ser menos que los argentinos (que algunos argentinos) se desgañitan reclamando *¡queremos libertad!*

Cuando Jair Bolsonaro, un infradotado importante, salió a bajarle el precio a la pandemia y dijo que no era nada más que *una gripecita*, un montón de voces le cayó encima. Pero resulta que ese dirigente bestial, de la derecha más radicalizada o extrema, tiene muchos adherentes fanatizados con sus posiciones.

Esos, tal vez, sean los datos más significativos, porque el comportamiento de colectivos sociales numerosos es mucho más preocupante que lo que pueda decir o hacer una persona.



No importa si “numerosos” son 500 personas o 3 mil o 10 mil personas convocadas en el Obelisco. Importa reunir los elementos necesarios para entender *por qué* lo hacen. Desde ya, se trata de una tarea que excede a un solo individuo. En realidad, debiera convocar a un ateneo de sociólogos, antropólogos, politólogos, psicólogos sociales y todo el cardumen de especies que nutren a las ciencias sociales.

Pero intentemos decir algo igualmente; algo que procura no ser taxativo ni categórico en exceso. Y que, por eso mismo, involucra más interrogantes que certezas.

Tras la marcha anticuarentena del 17A uno de los editorialistas estrellas del diario La Nación señaló que el gobierno se encuentra frente a una sociedad sin miedo. Como tantos juicios totalizadores, los suyos parecen carecer de sustento. Porque con igual temeridad y arrojo, podría argüirse que hay una porción de la sociedad que reacciona precisamente con miedo. Y, ya se sabe, como dicen que sostenía Brecht, “no hay nada más parecido a un fascista que un pequeño burgués asustado”.

¿A qué le teme nuestra burguesía? ... ¿A perder privilegios? ... ¿A un reparto más equitativo de la torta? ¿O no es miedo, sino repugnancia a que otros de más abajo iguallen su línea?

Si fuera así, ¿qué hay de digno en esos sectores? ¿Qué aspectos de su comportamiento merecen ponderación positiva?

En la tarde del lunes 17 este cronista no tuvo que moverse mucho para realizar una curiosa observación: frente a su casa se convocó un grupo de vehículos conformado por tres autos y una combi. Iban embanderados. La combi llevaba dos enormes parlantes en la parte posterior y tenían carteles que proclamaban a gritos “queremos cárcel para los chorros”, “no toquen al procurador Casal” y demás consignas de contenido disperso.

Ahí reside una clave de la movida del lunes. No existió un lema aglutinante y único. El cóctel incluía referencias a la cuarentena, al hartazgo social, a la independencia de la justicia, a Vicentín y a otras cuantas yerbas.

Ese revoleo difumina el propósito de la convocatoria, pero también resulta funcional a un conjunto de argentinos y argentinas a los que el más ligero tufo a populismo les escalda la piel. Son esos compatriotas que se sienten convocados por cualquier llamamiento a cacerolear, porque –como hemos dicho ya en estas aguafuertes– las cacerolas son parte del imaginario burgués al que adhieren. Unos pocos datos históricos

lo corroboran: eran las clases acomodadas de Chile las que sacudían las ollas para repudiar a Allende en los '70. Y de este lado de los Andes los núcleos caceroles se hicieron oír en apoyo de las patronales del campo cuando la disputa por la 125. Barrio Norte, Recoleta o la Avenida Santa Fe, en Buenos Aires, fueron epicentro de esos movimientos telúricos muy bien localizados.

Si vale la insistencia, el comportamiento social es más significativo y dice más cosas que ciertos pronunciamientos individuales.



La actitud de una conductora televisiva que induce a beber dióxido de cloro es irresponsable, repulsiva y merece una enérgica condena, pero no puede hacernos perder de vista lo importante. Los hechos tienen que ponderarse por su alcance y nosotros necesitamos tener la claridad suficiente para separar lo trascendente de lo menos sustancial. Si a la animadora en cuestión le cupieran responsabilidades penales, que se diluciden en el ámbito de la justicia. Y mientras tanto, ocupémonos en tratar de comprender por qué hay personas que participan de acciones

colectivas para horadar a un gobierno preocupado por garantizarles la salud. Un elenco que, no hay que perder de vista, ni siquiera pudo administrar el país un trimestre en condiciones de relativa normalidad porque enseguida debió afrontar una pandemia.

Algunas marcaciones son insoslayables. La primera es que el cansancio social ante una situación como la que vivimos constituye un hecho objetivo y la segunda que hay sectores sociales con inocultables dificultades económicas en el día a día.

Pero la firmeza de las aseveraciones tambalea cuando uno se interroga acerca de quiénes se suben a la ola de la queja. ¿Acaso puede alguien asegurar que los manifestantes contra la cuarentena, los que reivindican a los fugadores seriales de divisas, los que reclaman por presuntos ataques a la independencia judicial son los cartoneros que ya no pueden hacer la diaria? ¿O los changarines que no consiguen ganarse el sustento cada día? ¿Es razonable creer que ellos son el núcleo duro de las manifestaciones? ¿No es más sensato suponer que son sectores clase-medieros con ínfulas de más? ¿Por qué no creer que los anticuarentena expresan una visión fuertemente ideologizada hacia derecha? ¿Cómo no pensar que se nutren de ese fluctuante 30 o 40 por ciento del electorado históricamente antipopular, antisolidario, poco industrialista y decididamente volcado a la especulación o la timba financiero?



En los cenáculos en que estas gentes se mueven las libertades individuales siempre están por encima de los derechos sociales. Por eso ejercen conductas de fuerte individualismo y sus actitudes carecen de todo compromiso colectivo. Pero como si todo eso no bastara muchos integrantes de ese colectivo poseen un cerebro baldío en el que, como malas hierbas, solo prosperan proto-pensamientos de carácter reaccionario y brutal que únicamente perciben amenazas socializantes que los asustan y los fascistizan.



Aguafuertes del confinamiento

La comunicación mejora la calidad de vida



Durante los años del macrismo la sociedad argentina fue vapuleada con tarifazos.

No deben existir muchos antecedentes en el mundo de servicios esenciales como el gas que sufrieran incrementos del 2400 %. Cuando Cambiemos dejó el gobierno calentar la pava para el mate costaba unas 20 veces más caro que en 2015. Y ya que hablamos del mate, el precio del agua creció 1025 % en ese cuatrienio.

Sin embargo, en el período de ese régimen de derecha que supimos conseguir lo de la energía eléctrica fue todavía más desvergonzado: la luz aumentó más de un 3600 %.

Estas son estadísticas que surgen de un informe producido por la Universidad Nacional de Avellaneda.

A lo mejor, algunos llegaron a creer que ese “vale todo” constituía la normalidad y por eso hay ahora compatriotas que chillan porque un decreto de la Presidencia suspendió hasta fin de año los posibles aumentos en las tarifas de los prestadores de servicios como Internet, televisión por cable y telefonía móvil.

Dirigentes que revistan en la oposición a la administración de Alberto Fernández saltaron como leche hervida denunciando que eso impedirá la llegada de inversionistas. Como si antes de que asumiera el actual gobierno las inversiones nos hubieran tapado de dólares. Los famosos brotes verdes solo sirvieron para inspirar el título del ciclo que conduce en la tele el dinámico Alejandro Bercovich. Por lo demás, ni Macri ni su banda lograron conmovier al gran capital internacional para que afincaran recursos en nuestro país.

Los grititos histéricos de ahora forman parte de una hipocresía que sólo ve las presuntas desventuras ajenas y no las miserias intolerables que provocaron sus propias acciones hace un rato nomás. Apenas ocho meses atrás.

Vale la pena aclarar que la decisión de Fernández no es decididamente original. Lo que hace es recuperar una parte de la letra de la ley “Argentina Digital” que Macri había volteado por decreto. Son justamente los renglones que declaraban a la telefonía móvil, internet y tv de cable como servicios públicos “en competencia”.

La normativa, ahora nuevamente vigente, impide a los operadores discontinuar o cortar el servicio y propicia condiciones de universalidad en el acceso a esos servicios.

En este contexto es imposible no recordar las palabras cargadas de desprecio del periodista Fernando Niembro cuando hace años dijo aquello de que “si los argentinos quieren ver fútbol gratis que se vayan a Cuba”.

No resulta ocioso resaltar que los servicios cuyos precios se intenta proteger de la voracidad de sus prestatarios no son únicamente para ver fútbol. Son los que, entre otras cosas, sirven para difundir protocolos que disminuyan los riesgos de contagios en estos tiempos de pandemia y también los que permiten que los sistemas de educación difundan materiales para que la formación de chicos y jóvenes no se interrumpa por completo. Este freno a las alzas desmesuradas quizás posibilite que hombres y mujeres ancianos que viven solos mitiguen sus angustias.

Pero también debería redundar en un alivio para quienes cursan carreras universitarias bajo la modalidad virtual, pues las clases a distancia con las que se intenta reemplazar las actividades presenciales reales consumen datos que no siempre sobran en los aparatos de los estudiantes.



Desde allí puede empezar a comprenderse la condición de esencialidad de los servicios. No se trata de garantizar la cuota de circo destinada a distraer a las masas (aunque haya tanto espectáculo circense y bastardo pululando por ahí) y sí, en cambio, de mantener activas las vías de contacto con la realidad de muchas personas que sufren el debilitamiento de sus vínculos con familiares, amigos o vecinos.

En ese sentido, la decisión del gobierno establece que la prestación básica universal obligatoria tendrá que ser ofrecida en condiciones de igualdad.

Es curioso que los ciudadanos y ciudadanas que tan a menudo se llenan la boca con el ejemplo de otras naciones no tomen en cuenta que esta medida que coloca a Internet como uno más de los servicios públicos, nos pone en la misma ruta que utilizan países como Suecia, Finlandia, Canadá, España, Alemania y hasta Estados Unidos.

¿Qué van a decir ahora los representantes de los grupos concentrados de poder y sus lacayos con vocación de alfombra? ¿Qué es una medida socializante? ¿Qué los norteamericanos, franceses, suecos o canadienses viven bajo regímenes comunistas?

Igual no sería de extrañar ver a los correveidiles de siempre saliendo a cacerolear con carteles que digan “Yo soy Movistar”, o “Yo soy Cablevisión”, o “Yo soy Clarín”. Situaciones como estas, que casi agotan nuestra capacidad de asombro, le dan sentido a aquella frase de Albert Einstein: “Dos cosas son infinitas: la estupidez humana y el universo; y no estoy seguro de lo segundo”. Aunque el saber popular ha sabido caracterizar estas circunstancias con apenas cuatro palabras y con absoluta justeza: “Hay gente para todo”.

Eso explica la obstinación férrea con la que se sostiene la conducta de anteponer siempre los intereses particulares a los derechos sociales de la mayoría.

Hace unos días, en Chile, un par de escritores propusieron que en las cajas de ayuda que se entregan a las familias afectadas por el encierro y la pandemia se incluyeran también libros.

Algunas mentalidades obtusas no tardaron en hacer tronar sus voces escandalizadas. Enseguida apareció el argumento de los costos de esa movida y, de inmediato, el tema de los derechos de autor que había que proteger. Un notable autor trasandino como Diego Muñoz Valenzuela felicitó a sus colegas por la iniciativa y puntualizó que “lo que las objeciones encubren es que hay gente que no comparte la idea de que todos puedan leer. O quien lo ve como un negocio apetitoso que se

les puede escapar de las manos. O quienes piensan que el estado no debiera entrometerse en estos sacrosantos lugares donde el mercado debe imperar como único gran regulador”.

En el fondo, lo que hay es la puja constante entre el egoísmo de algunos y la sensibilidad exquisita de quienes han logrado entender que asuntos tan abstractos como los de la cultura y las comunicaciones también participan en la forja de una buena calidad de vida.

Aguafuertes del confinamiento

Cuando el festejo tiene sentido



Señora centenaria ya, la radio ha recibido por estos días múltiples agasajos.

En las últimas semanas se dieron a conocer varios textos publicados en forma de revistas o libros, que vienen a robustecer la descripción y el análisis del siglo radiofónico transcurrido desde aquella noche iniciática en el Teatro Coliseo y que procuran hacer prospectiva respecto de los años por venir.

También se escucharon múltiples entrevistas a realizadores, docentes e investigadores de la comunicación, en general y la sonora, en particular.

Alguno de los actos organizados para la conmemoración pecó de vicios ya naturalizados por muchos y que continúan irritando a otros tan-

tos. Sobre todo por el culto desmedido al personalismo, lo puramente anecdótico de las verbalizaciones, su falta de espesor conceptual y la incapacidad para romper el cerco porteñocéntrico. Esta absoluta falta de consideración por la gesta de las provincias es ya tradicional en una radiodifusión centralista y autocelebratoria.



Una notable excepción a esas normas la constituyó la iniciativa inédita, protagonizada el sábado 29 por una treintena de emisoras académicas y un buen número de cátedras y talleres universitarios dedica-

dos a formar a los radialistas de mañana. Durante más de cinco horas, esa denominada Red Universitaria del Aire y el Ciberespacio fue enhebrando producciones estudiantiles, entrevistas a realizadores, exploración de rasgos dominantes, análisis de actuación y prospecciones propositivas.

La organización estuvo a cargo del Grupo de Docentes de Radio y la Asociación de Radios Universitarias Nacionales de Argentina (ARUNA), que anualmente planifican y llevan a cabo las Jornadas Universitarias La Radio del Nuevo Siglo, un espacio pionero y consagrado al intercambio y la puesta en común de experiencias, materiales didácticos, bibliografía y metodologías de trabajo entre profesionales dedicados a la enseñanza y a la realización de contenidos radiofónicos.



En encuentro, que ya tiene 27 años de historia –algo más de una cuarta parte que la del medio– nació en la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional del Comahue. Esta vez su Área Radiofónica convidó a compartir responsabilidades al sector de Medios de la Universidad Nacional de Entre Ríos y la transmisión se convirtió en un suceso convocante de estudiantes, estudiosos y oyentes en general de toda Iberoamérica. Así lo atestiguan los numerosos mensajes enviados desde Río Gallegos, el Alto Valle del Río Negro, Córdoba, el conurbano bonaerense, el litoral argentino, la zona de Cuyo y la región noroeste del país, entre muchos otros, y las saluciones suscriptas por agradecidos seguidores de México, España, Ecuador, Brasil y demás países de nuestro subcontinente.

Una verdadera maratón de sonidos sirvió para testimoniar el papel que el medio viene desempeñando durante la pandemia que azota al mundo. Sergio Pujol, uno de los invitados, se ocupó de desmenuzar el maridaje indisoluble entre la radio y la música. El historiador y comunicador Sergio Wischñevsky aportó su doble mirada para ponderar el primer siglo de la radio, pero poniendo énfasis en el polo de la recepción de los textos sonoros. Claudio Asaad, docente e investigador de la Universidad Nacional de Río IV, hilvanó conceptos acerca de la edificación de una nueva estética para la radio por venir. Cynthia Ottaviano, periodista, docente y funcionaria de Radio Televisión Argentina, aludió a la condición de derecho social de la comunicación. Desde Francia, Jean-Jacques Cheval, Laure Bedin y Élisabeth Procifet detallaron la experiencia de Radio Libélulas, una organización que produce contenidos para adultos mayores, uno de los núcleos sociales con los que se ha ensañado el Covid-19. Quizás el aspecto más destacado de la extensa transmisión haya sido el logrado equilibrio entre contenidos dirigidos a una parte de la audiencia que es profunda conocedora del medio y segmentos destinados a oyentes de radio que son profanos de su naturaleza y características.

Así vale la pena festejar la radio. Porque se apeló a los recursos que dieron forma a las expresiones más nobles del medio: planificación, pre y post producción de materiales, una práctica discursiva sensible y nutriente, voluntad de interpelar a todo el país y no solo a su “cabeza de Goliath” y consideración y respeto por las audiencias.

Resulta deseable que no haya que esperar otro siglo para que la experiencia se repita.



Aguafuertes del confinamiento
**Contra la posibilidad
de imaginar comunidad**



Supongamos que la Argentina es el producto de la imaginación de las personas que viven en ella.

Benedict Anderson sostuvo que una nación es una comunidad construida socialmente. Nuestra dificultad reside en que hay momentos en que “comunidad” suena a mucho.

Porque comunidad implica no solo a un conjunto más o menos amplio de personas que comparten un mismo suelo, sino que tienen un común algo más que un paisaje, un clima y una misma temporalidad. Los integrantes de una comunidad participan de objetivos similares, tienen intereses parecidos; sus modos de vida particulares lucen afinidades.

El uso de la misma lengua es condición importante en el establecimiento del principio de comunidad. Aunque no podemos dejar de observar que existen diferencias notables y no solo porque algun@s hablantes la tienen más larga, más filosa, más ingenua o más compenadora que otr@s. No. Compartimos tiempo y espacio con quienes poseen una lengua más rica o más pobre que sus prójim@s. En este segundo grupo tampoco son tod@s iguales. Están los que no tuvieron ocasión de cultivar la lengua, pues su existencia debió privilegiar otras urgencias, y también los que escogen no hacerlo por pura pereza intelectual; son los que se contentan con un vocabulario estrecho porque piensan que sus doscientas palabras les alcanzan para todo. Ya tenemos allí elementos que ponen en crisis o debilitan el concepto de “comunidad”.

Anderson fue un estudioso que pensó el nacionalismo desde las categorías del materialismo histórico. A su juicio, la creación de la imprenta posibilitó el surgimiento del sentido de pertenencia a un grupo determinado, porque la lengua en común agrupaba a una comunidad de lectores. Pero eso no homogeneiza a quienes deciden leer a Cortázar y quienes, de mala gana, leen apenas las etiquetas para elegir qué vino compran en el mercado de los chinos.

Hoy el imaginario de los argentinos está tironeado por visiones mediáticas en pugna. Ese conjunto de medios es mucho más omnipresente que los primeros textos impresos en la época de Gutenberg. Pero igual, detengámonos en las primeras planas de los periódicos, que hoy ya no se leen en papel, sino en la pantalla de computadoras, tabletas o teléfonos celulares. Lo que nos asalta la vista no son ligeros matices que distinguen a un grupo de otro. Los contenidos publicados presentan diferencias bestiales, colosales, como si se refiriesen a mundos distintos.

Con el detalle para nada menor de que los medios más poderosos, esos que se llama “hegemónicos”, comparten entre sí criterios, perspectivas y perfil ideológico.

Ignoro si al común de los lectores les ocurre lo mismo, pero a quienes ejercemos el periodismo y la comunicación desde hace años (o a algunos de nosotros, para ser justos) nos da un poquito de vergüenza

ajena leer titulares idénticos en los diarios de mayor venta. Y no una vez, que –bueno– podría suceder... No, es un hecho a repetición. No es que sean títulos parecidos. No. Son idénticos. Exactamente iguales. Es como si los criterios, perspectivas y perfil ideológico que tienen en común los empujara a compartir también el estilo.



La idea tradicional de que la nación y los ciudadanos son lo mismo ya no funciona. Ahora tenemos un nuevo nacionalismo en el que la nación y la ciudadanía están desconectadas.

La red electrónica es bastante peligrosa porque se puede tener una idea de la nación que es perversa.

Benedict Anderson

En las aulas de periodismo, allá lejos y hace tiempo, había profesores que nos decían “lo adecuado es leer el diario que piensa distinto a nosotros”. La idea es que ese ejercicio sometiera a prueba de resistencia nuestras convicciones, fortaleciera nuestro discurso y también nos permitiese conocer las lógicas y los argumentos de nuestros adversarios.

Hoy parece haberse impuesto la consigna de que solo se lee aquello que confirma nuestros pareceres. El lector tradicional de un diario centenario o el que desde hace décadas lee el de la corneta, deben vérselas en figurillas ahora para justificar por qué eligen uno o el otro. Porque escriben a coro. Casi como si los respectivos secretarios de redacción se llamaran por teléfono antes de la hora de cierre y articularan la edición de la mañana siguiente.

En frente hay otros medios atomizados y atómicos, que también suelen ser leídos por el público convencido. Y el esquema se reitera en radios y canales de televisión.

En estas condiciones, ¿cuál es la trazabilidad de una construcción de comunidades imaginadas?

¿Cómo conciliar criterios entre quienes piden a diario mano dura contra el delito y quienes buscan reducirlo mediante políticas públicas inclusivas y contenedoras?



¿De qué manera se puede superar el abismo entre quienes exhibieron jocosamente su reunión en la nieve neuquina y aquellos a los que el aislamiento preventivo no les permite hacer la diaria?

¿Cuál es el punto de equilibrio entre el cansancio social que provoca el Covid-19 y la necesidad de protegernos entre todos? Qué difícil se hace cuando unos le asignan responsabilidades a la pandemia y otros solo descargan culpas en la cuarentena...

La acción mediática bien podría ser el cemento social que solidifique el sentido de comunidad. Pero es muy difícil que lo sea cuando en grandísima medida elige enterrar el cuchillo en heridas que le interesa profundizar. Quizás esa preocupación excluyente sea la razón por la que acontecimientos de enorme significación apenas aparecen o son decididamente ignorados.

Nos gustaría mencionar dos:

El primero es la renegociación de la deuda externa alcanzada con un 99% de los bonistas. Después que algunos voceros del establishment aseguraran enfática y gozosamente que el país no podría evitar el default, ¿cómo no se justipreció adecuadamente una operación que logró un ahorro de alrededor de 32.000 millones de dólares?



El segundo es el reciente lanzamiento y puesta en órbita del satélite más avanzado en la historia argentina. ¿Por qué no vimos el mismo despliegue mediático que cuando alguna diva del subdesarrollo anuncia

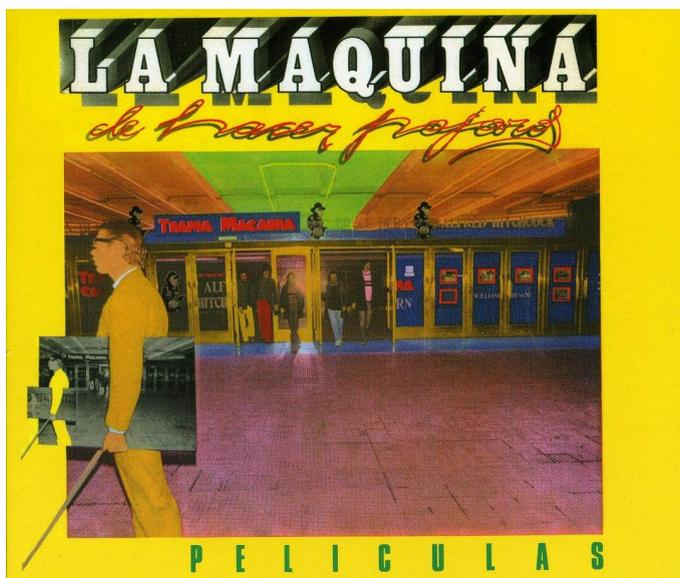
que se va del país? El satélite en cuestión obtendrá mapas, medirá la humedad del suelo, generará información primordial para el desarrollo agropecuario, como pueden ser las enfermedades de los cultivos o la disponibilidad de agua para riego; detectará riesgo de inundaciones o de incendios. Llama poderosamente la atención que algunos sectores que con tanto ahínco defienden controles y represión, aquí se hagan los distraídos ante una tecnología que permitirá rastrear a barcos pesqueros extranjeros que saquean nuestras aguas territoriales³.

Esta ceguera voluntaria nos lleva a volver sobre lo que Hannah Arendt definió como la «banalidad del mal». No hace falta ser un cretino ni mucho menos la encarnación del mal; es suficiente con que nuestra despreocupación valide los actos reprochables. “Ejercimos un periodismo de guerra” se sinceró un jerarca de uno de los medios más poderosos de la Argentina y no pasó de ser una frase más, rimbombante tal vez pero descriptiva de un ejercicio descalificador de la verdad e impugnador de las posibilidades de mancomunarnos para construir imaginativamente una nación. Así nos va.

³ Una excepción muy de agradecer es la de la colega Cynthia Ottaviano cuyo editorial se puede escuchar aquí: <https://radiocut.fm/audiocut/tenemos-patria-nuevo-satelite-en-orbita-mientras-oposicion-distrae-con-espectaculos-mediaticos/>



Aguafuertes del confinamiento ¿Qué se puede hacer?



En la antesala del golpe cívico-militar-ecclesial de 1976 se separa “*Sui Generis*”, una de las tres o cuatro referencias más significativas e insoslayables en la historia no solo del rock nacional sino de la música popular argentina.

Charly García encara entonces la formación de un grupo de notables llamado “*La máquina de hacer pájaros*”, en cuya integración lo acompañaron el baterista Oscar Moro, el tecladista Carlos Cutaia, el guitarrista Gustavo Bazterrica y el bajista y vocalista José Luis Fernández.

El álbum *“Películas”* sale en 1977, en pleno auge de las atrocidades del régimen más sangriento y cruel que haya vivido nuestro país. A pesar de ese contexto, que además de detenciones ilegales, torturas y muertes estaba plagado de controles y censuras, la poesía y el diseño de arte de la placa nos dejó enseñanzas que siempre es bueno repasar.

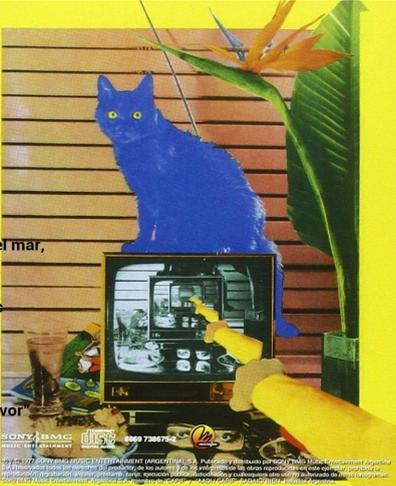
Ya en la portada del disco, vemos a los músicos saliendo de un cine en el que se exhibe la película de Alfred Hitchcock *“Trama macabra”*, cuyo argumento espejaba alegóricamente la realidad argentina al nutrirse de secuestros y estafas. Delante de los artistas y casi saliendo de cuadro cruza un hombre ciego que carga un cuadro en el que se ve la foto de una foto, de modo que la imagen se repite hasta el infinito. Otra marca indicial de situaciones tan reiteradas que únicamente queriendo ignorarlas podrían no verse.

Charly bautizó uno de los temas con un interrogante retórico que en su propia formulación sugería respuesta: “ ¿u se puede hacer salvo ver películas ”. No había opción, porque lo vedado era de tales dimensiones que intentaba comprometerlo todo, incluido el desarrollo del pensamiento propio y, sobre todo, crítico. La pretensión estaba afortunadamente condenada a no prosperar, en grandísima medida porque la sutileza poética siempre evadió con éxito el radar de los dinosaurios.

¿Qué se puede hacer salvo ver películas?

Ella es una actriz,
se seca y mira el mar, se viste de plata,
nadie la viene a buscar,
no espera que toquen el timbre
se monta en un convertible
y se va, ya verán.
Que se puede hacer salvo ver películas,
sueño con la actriz que se seca y mira el mar,
mi corazón es de ella,
mi mente está en las estrellas.
Sobre la T.V. se duermen mis dos gatos
salgo a caminar para matar el rato
y de pronto yo la veo entre los autos
justo cuando la luz roja cierra el paso
me acercaré al convertible
le diré: "quiero ser libre, llévame, por favor"
Que se puede hacer salvo ver películas.

**Charly García y
La máquina de hacer pájaros**



SONY BMG MUSIC ARGENTINA S.A. - 009 726672

© 1977 SONY BMG MUSIC ARGENTINA S.A. - Publicado por Sony Music Entertainment Argentina S.A. - Todos los derechos reservados. Este álbum y sus canciones están protegidos por la ley de derechos de autor. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la cita en obras académicas y de investigación. Se permite la explotación económica y la transformación de esta obra por el titular de los derechos de autor. Se permite la explotación económica y la transformación de esta obra por el titular de los derechos de autor.

Los versos denuncian esas carencias impuestas a una población a la que, por otra parte, mucha producción audiovisual televisiva procuraba alienar. La propia actriz del relato elige irse antes de que le toquen el timbre de su casa. Un admirador al que la realidad y la ficción se le superponen, lucha para que las candilejas no le enturbien definitivamente la comprensión y planea acercársele para pedirle que lo lleve con ella, porque él también quiere ser libre.

Más de cuatro décadas después, aquella búsqueda desesperada de oxígeno, de un lugar más amable para vivir, es desconocida por un *influencer* que, según acaba de saberse, tenía en su cuarto una foto suya con el genocida Jorge Rafael Videla. No puede causar sorpresa alguna que en la configuración mental de alguien que presume de ese testimonio gráfico junto a un sujeto tan repugnante haya lugar para la militancia anticuarentena y el apoyo al liberalismo más despiadado.



Frente a esas manifestaciones vuelve a resonar la pregunta de Charly: ¿Qué se puede hacer salvo ver películas? Esa alternativa es válida si sirve para escapar a imágenes tan degradantes, pero más allá del apor-

te conceptual y espiritual de las buenas realizaciones, no debería ser un horizonte de vida excluyente.

Hay otras formas valiosas de invertir tiempo, especialmente cuando como ahora estamos limitados por la pandemia. Escuchando música, por ejemplo y ya que mencionamos algunos de sus intérpretes. O leyendo, que es una forma de obtener gratificación y de conocer lugares, personas, culturas. Gracias a los dispositivos electrónicos ahora también podemos expandir el ámbito de nuestras conversaciones y el número de nuestros interlocutores. En suma, aquel interrogante de García debe ser leído como una ácida interpretación de su época, pero nunca como la única salida posible en contextos limitantes.



El diálogo inteligente que podamos entablar con la poesía, la literatura, el arte audiovisual o los materiales sonoros y el contrapunto argumental con quienes contribuyan a la expansión de nuestra conciencia y el enriquecimiento de nuestra cosmovisión constituyen nuestros salvavidas más efectivos.

Esas manifestaciones de la cultura son los modos en que podemos protegernos de la baja moral de los añorantes de regímenes sangrientos, de la imbecilidad de aquellos que insólitamente continúan rei-

vindicando recetarios liberales que le hicieron tanto daño a la estructura económica y productiva de la Argentina.



Expresiones sensibles como las anotadas nos resguardan de la mezquindad de algunos de los que tienen tanto y ponen todas sus energías en que muchos sigan siendo pobres, de la estúpida ostentación de personas que siguen queriendo defecar por encima de sus culos, del terraplanismo intelectual de quienes solo son capaces de expresar una feroz antipatía de clase o un odio ideológico que atraviesa horizontal y verticalmente a los miembros de cualquiera de ellas que osen pensar desde categorías humanistas e inclusivas.

Solo el cultivo de nuestras facultades intelectuales nos permitirá trascender la malevolencia con la que ciertos argentinos hablan de sus prójimos de países vecinos, la necedad anticientífica de los que se oponen a la vacunación, el racismo y la intolerancia que la gente de rancio abolengo e incluso unos cuantos poligrillos expresan frente a compatriotas a los que tienen en menos.

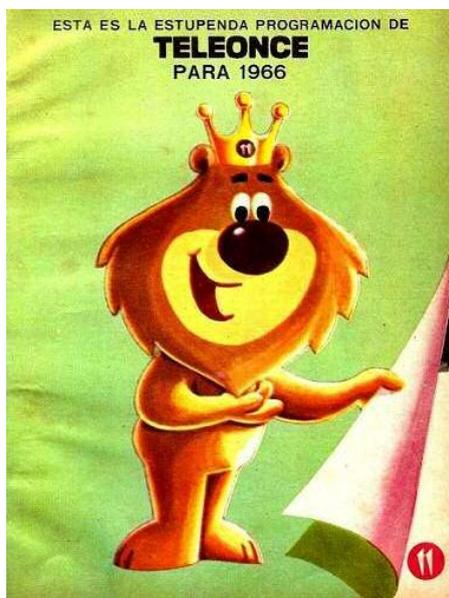
Sin exponernos al influjo reparador de la reflexión únicamente seremos víctimas de los cabeza de termo que hicieron suyos unos anacrónicos estatutos de coloniaje en virtud de los cuales se proclaman vasallos y hasta cacerolean en defensa de los intereses de quienes los esclavizan o de los miembros de religiones y sectas oscurantistas que intentar poner marcha atrás el reloj de la historia.



Cualquier cosa que hagamos para preservar a las futuras generaciones de estas poquedades cognitivas y sus consecuentes miserias del alma será bienvenida. Incluso, por supuesto, ver películas que sirvan para la causa.



Aguafuertes del confinamiento Evitar la deriva hacia la desesperanza



Hace muchos años, cuando el canal de las pelotitas todavía se llamaba Teleonce y su avatar era un simpático leoncito, las tardes de los sábados eran un templo en el que ocurría el fascinante ritual pagano de rendir culto al séptimo arte. Se llamaba *“Sábados de súper acción”* y, en gran medida, ese continuado de películas era un tributo al cine clase B.

Eso sí, había un poco de todo: innumerables versiones de Robin Hood; historias de vaqueros, cuando el western gozaba de mejor salud que hoy; la infaltable cinta policial y muchas realizaciones de terror en las que Boris Karloff, Vincent Price, Peter Cushing y Christopher Lee campeaban a sus anchas.

A mí me interesaba en particular el segundo filme, que comenzaba aproximadamente a las 2 de la tarde. En esa segunda sección el programador siempre ubicaba “una de ciencia ficción”. Por allí pasaron “*El planeta prohibido*”, “*El planeta infernal*”, “*Viaje al planeta de los saurios*”, “*La amenaza de otro mundo*”, “*El invasor de otro mundo*”, “*La invasión de los platos voladores*”, “*La extraña monstruo radioactiva*” y otro millón de títulos parecidos en los que ‘planetas’ e ‘invasión’ eran marcas recurrentes.



Los que crecimos bajo el influjo poderoso e idealista de “*Star trek*” encontrábamos allí la cuota semanal de una ficción científica que no abundaba como ocurre hoy y cuyas producciones en muchísimos casos eran de exiguo presupuesto y poseían tramas que se apoyaban más en un concepto ligero de aventura que en argumentos serios con alguna base científica.

Aquellos niños y adolescentes que fuimos observábamos alucinados naves espaciales a las que “se les veían los hilos” y tolerábamos ocurrencias ingenuas carentes de todo rigor conceptual.

Ya había relatos fílmicos preocupados por el destino del mundo. De hecho, el primer clásico de la ficción científica se remonta a 1927, cuando Fritz Lang dirige *“Metrópolis”* y plantea un futuro distópico en el que el trabajo deja de ser una actividad de realización personal y se convierte en espacio de degradación humana al servicio de una industrialización despiadada. Como fue anterior a la formulación de las tres leyes de la robótica que Isaac Asimov redactó en 1942 para establecer que un robot no podrá dañar a un ser humano por acción o por falta de ella, la película presentaba androides malvados que contribuían a trazar un futuro sombrío.



Pero aquellos años no habían profundizado aún el sesgo de tecno-pesimismo que iría creciendo en las décadas siguientes. Esa deriva desde la ilusión utópica de Tomás Moro hasta el presente desesperanzado está jalonada por fábulas de conclusión apocalíptica que, en el último instante, la humanidad terminaba sorteando mediante la construcción de arcas modernas con las que surcaba el cosmos en ruta hacia nuevos

hogares (*“Cuando los mundos chocan”*, Rudolph Maté, 1951) o por monstruos alienígenas que acababan hociendo después de provocar exterminios masivos (*“La guerra de los mundos”*, Byron Haskin, 1953) y, más recientemente, también por armagedones que finalmente cumplían su objetivo destructor (*“Melancolía”*, Lars von Trier, 2011).



Así fue evolucionando el relato de nuestra trayectoria, con una creciente desconfianza respecto del lugar y las condiciones del destino, fruto al mismo tiempo del malestar general que sentimos con la época y de nuestras aversiones y paranoias respecto de la realidad y algunos de nuestros prójimos.

El “no future” del movimiento punk parece preñar conciencias y el propio paladar de lectores y espectadores experimenta un sabor demasiado edulcorado e ingenuo cuando la salvación corona las historias. El riesgo es que terminemos naturalizando que no hay escape y bajemos los brazos en pos de los principios de fatalismo y resignación que las religiones suelen defender y estimular con tanto fervor.

Cuando revisamos la historia del último medio siglo apreciamos con consternación que hasta la Internacional Situacionista plegó sus banderas revolucionarias, como si la dominación capitalista y la dictadura de la mercancía que denunciaba fueran invencibles.

Ese es el momento en que nos asaltan los interrogantes acerca de las responsabilidades de un ecosistema mediático que, a partir de los procesos confluyentes de concentración económica y convergencia tec-

nológica, se ha robustecido y desarrolló capacidades extraordinarias de incidencia social.

¿En qué medida la muestra torrencial de historias sin finales felices que hoy nos llega desde las pantallas de los televisores, computadoras, tabletas y celulares reproduce, naturaliza o cuestiona las desigualdades sociales y las relaciones de poder entre grupos hegemónicos y oprimidos? ¿A qué propósitos sirven las ficciones distópicas? ¿Movilizan conciencias y propician acciones reparadoras o, por el contrario, abruma y convencen que no tiene sentido oponerse al curso que llevan los acontecimientos?

La ácida descripción de nuestro contexto y circunstancias debiera ser un estímulo para la acción y no una droga paralizante. Si no es así, quizás convenga revisar los relatos.





Aguafuertes del confinamiento

En defensa del relato (primera parte)

Los antropólogos aseguran que, después de la alimentación, la necesidad más urgente de nuestros antepasados más remotos era adornarse. Pero no por una cuestión puramente estética; los ornamentos eran concebidos como una salvaguarda o protección contra los enemigos.

Antes incluso que poseer el lenguaje, aquellos sujetos primitivos recurrían al pensamiento mágico para enfrentar la realidad. La fantasía puede haberse modificado desde entonces, pero nunca se separó de aquellas criaturas frágiles que iniciaban su evolución, ni siquiera con el desarrollo de la inteligencia que la ayudó a refinarse.



La civilización comenzó a despuntar cuando hombres y mujeres de la tribu se juntaron ante la fogata que ahuyentaba insectos, serpientes y malos espíritus. En ese instante de trance casi religioso los contertulios soñaban despiertos al conjuro de un brujo, chamán o contador de historias, que no era más que alguien que soñaba y comunicaba sus sueños a los demás para que soñaran al unísono con él.

Algo hay de espíritu lúdico en esas prácticas. Quizás porque entre los instintos básicos de la humanidad se cuenta el del juego que, en los miembros adultos, se expresa mediante el relato.

Con la ficción narrativa ejercitamos nuestra capacidad de dar un orden, tanto a nuestra experiencia del presente, como a la del pasado. Perseguimos una fórmula que dé sentido a nuestra vida. En el fondo buscamos, a lo largo de nuestra existencia, una historia originaria, que nos diga por qué hemos nacido y vivido. A veces buscamos una historia cósmica, la historia del universo; a veces nuestra historia personal (la que contamos al confesor, al psicoanalista, la que escribimos en las páginas de un diario). Y a veces, incluso, esperamos que nuestra historia personal coincida con la del universo⁴.

Siempre ha sido así. La humanidad cuenta desde sus orígenes.



⁴ García-Noblejas, Juan José: Comunicación y mundos posibles. EUNSA. Navarra, 1996. 1

Y ese contar de ninguna manera puede considerarse contrapuesto al conocimiento, porque las ficciones son operadores cognitivos que nos permiten ir modelando nuestra propia identidad.

A partir de nuestras experiencias, deseos e imaginación, las ficciones que creamos perfilan otra realidad, que no tiene por qué ser igual o siquiera parecerse a “la” realidad.

Hasta un escritor tan identificado con el pensamiento de derecha como Mario Vargas Llosa opina que contar historias es una manera de “insubordinarse contra la realidad real” y advierte que ese ejercicio sostenido a través de los tiempos revela que la realidad no nos colma, razón por la cual seguimos oponiéndole o añadiéndole una realidad ficticia.

El autor peruano sostiene que “imaginar otra vida y compartir ese sueño con otros no es nunca, en el fondo, una diversión inocente. Porque ella atiza la imaginación y dispara los deseos de una manera tal que hace crecer la brecha entre lo que somos y lo que nos gustaría ser, entre lo que nos es dado y lo deseado, que es siempre mucho más. De ese desajuste, de ese abismo entre la verdad de nuestras vidas vividas y aquella que somos capaces de fantasear y vivir de a mentiras, brota ese otro rasgo esencial de lo humano que es la inconformidad, la insatisfacción, la rebeldía, la temeridad de desacatar la vida tal como es y la voluntad de luchar por transformarla para que se acerque a aquella que erigimos al compás de nuestras fantasías⁵”. No es poca cosa que semejante concesión provenga de quien defiende el orden establecido por regímenes en los que la desigualdad social es la norma. En ese sentido basta recordar su apoyo a los gobiernos de Sebastián Piñera en Chile, José María Aznar, en España o Mauricio Macri, en nuestro país.

En una sociedad que vive quejándose “del relato”, indistintamente atribuido a unos o a otros sectores políticos conviene reivindicar el acto narrativo que la humanidad ejerce desde su época de las cavernas.

A juicio del propio autor de “Conversación en la catedral”, las innumerables historias reales, pero también las oníricas, sobrenaturales,

⁵ Vargas Llosa, M.: El viaje a la ficción. Alfaguara. Buenos Aires, 2009. Págs. 16 y 17.

maravillosas o extrañas que nos hemos contado desde tiempos inmemoriales, son la causa de nuestros descubrimientos y avances.



Como señalamos en el aguafuerte anterior (“Evitar la deriva hacia la desesperanza”), a caballo de una mayor o menor impronta de “determinismo tecnológico” la mirada de la humanidad osciló desde el optimismo al pesimismo, significativamente estimulada por cantinelas mediáticas que desde las capacidades formidables de incidencia social que han aquilatado vienen sometiendo al relato a escarnio social.

Esa mirada aviesa ha elegido ignorar que las historias son mecanismos eficacísimos de indagación existencial, reconstrucción de la memoria y revisión de la historia, así como fraguas en las que se forjan ideas, proyectos y diseños de porvenires más halagüeños.



Aguafuertes del confinamiento En defensa del relato (segunda parte)



A pesar de los innumerables antecedentes positivos que registra la práctica narrativa, “el relato” concentra la antipatía de muchos argentinos. Esa aversión se pone de manifiesto ante el retrato interesado que desde los sectores políticos suele hacerse de algunos aspectos de la realidad o de sus protagonistas. La estrategia no podría prosperar sin el apoyo cómplice de medios que nos abruman con cuentos referidos a circunstancias, contextos y personajes famosos. Algunas de esas historias son benignas y tratan a sus responsables con mano de seda, pero otras

son virulentas, despiadadas y se inscriben en eso que, en una confesión sorprendente, uno de sus partícipes necesarios definió como “periodismo de guerra”.

Algunos relatos no pueden disimular su voluntad de intervenir en la estructuración de la cosmovisión de las personas. Y aunque sus efectos terminen siendo difíciles de dimensionar, ciertas campañas parecen haber cumplido sus propósitos.

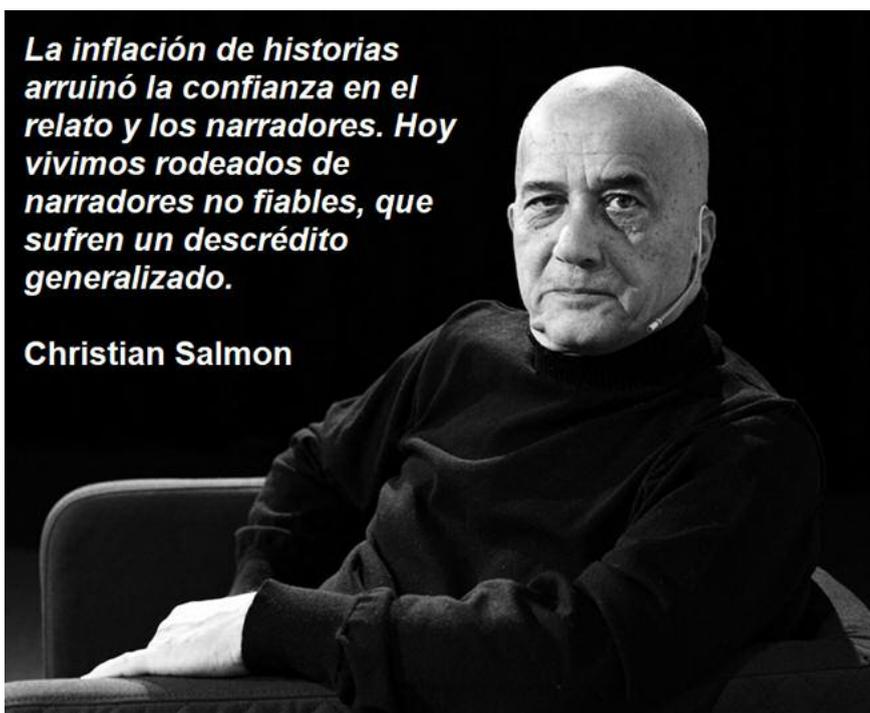


Hace poco quedó en evidencia que el ataque desarrollado en 2016 contra Aníbal Fernández, acusándolo de ser “La Morsa” y estar implicado en el tráfico de efedrina, había sido un burdo montaje con fines electorales, pero ¿cuántas personas recuerdan la campaña sucia llevada a cabo en 2011 contra el padre del candidato a Jefe de Gobierno porteño Daniel Filmus, a quien se sindicó falsamente como contratista de Sergio Schoklender?

El ex-ministro de Educación resultó derrotado en la Capital Federal y cinco años después Fernández corrió igual ¿suerte? en la contienda electoral para gobernador de Buenos Aires.

El francés Christian Salmon ofrece valiosas conceptualizaciones para comprender fenómenos tales como la proliferación de canales de comunicación, la portabilidad de las nuevas tecnologías informáticas y de telecomunicaciones, la constitución de poderosos conglomerados mediáticos y la emergencia de formas discursivas que permean todos los sectores de la sociedad más allá de la política, la cultura o el consumo.

Según el especialista del Centro Francés de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje (CNRS), las técnicas narrativas al uso tendrían en el capitalismo emocional una perfecta adecuación a la estructura en red de la sociedad actual.



Su conclusión es que el objetivo del “nuevo orden narrativo” es domesticar a la opinión pública y adueñarse de las prácticas sociales, los saberes y la memoria del individuo mediante la transformación de la realidad en ficción.

No obstante, el énfasis desmesurado con que algunos “relatores” acometen actos repugnantes también puede volvérselos en contra. Salmon cree que “la inflación de historias arruinó la confianza en el relato y en los narradores. Hoy –agrega– vivimos rodeados de narradores no fiables, que sufren un descrédito generalizado”.



¿Será así, nomás? ¿Qué grado de credibilidad poseen hoy dirigentes como Elisa Carrió o periodistas como Majul? En todo caso, conviene que los ciudadanos de a pie revisen su propia atribución de crédito a figurones que no solo profirieron afirmaciones equivocadas, sino que lo hicieron a conciencia de que faltaban a la verdad.

Y luego de hacerlo y constatar que existe una pléyade de ejemplos en los que el arte de contar historias estuvo puesto al servicio del mal, también será útil que reparen en que su atractivo y capacidad de convocatoria pueden igualmente servir para edificar contradiscursos esclarecedores (otro nuevo orden narrativo).

Salmon ha sido categórico al afirmar que el imperio se apropió de la narración. Pero, aun cuando el torrencial aluvión de mensajes alienantes mortifique sus capacidades, en el otro polo de la emisión hay algo más que cerebros baldíos. Por eso, constituiría un error ceder sin más los derechos universales a contar historias. Aun aceptando que aquellas que cuentan las grandes factorías de relatos poseen una formidable capacidad de penetración a propósito de la posesión de un complejo industrial de enorme poder y diversidad de soportes, debería resguardarse nuestra posibilidad de trazar estrategias que nos permitan confrontar dialécticamente con la visión unilateral del mundo que ofrecen los “relatores del sistema”. Porque otra narrativa es posible.



Aguafuertes del confinamiento

El género negro en la Argentina (primera parte)



Después del apogeo de la razón en el que prosperaron las historias detectivescas protagonizadas por sujetos que eran máquinas de razonamiento andantes, la novela policial incursionó en otros andurriales narrativos. En ellos emergió el relato negro que cambió las locaciones señoriales del crimen por escenarios caracterizados por un feísmo desolador. El glamour y la sofisticación con los que las víctimas morían en las

historias canónicas que sucedían alrededor de Sherlock Holmes o Hércules Poirot, fue reemplazado por descripciones cruentas y brutales allí donde las luces alumbraban con brillo siempre mortecino a Philip Marlowe y más recientemente a Kurt Wallander.

Los argentinos tenemos el fuerte condicionante de que Borges fuera un afanoso difusor de la novela deductiva de tradición británica. Tan poderosa es esa impronta que el mundo editorial conserva una marca resistente al tiempo. Es la de una colección policial inefable: El Séptimo Círculo, que tuvo seguidores entusiastas como los mexicanos Carlos Monsivais y Sergio Pitol o el español Juan Marsé, entre muchos otros.



Los responsables de esa selección fueron el propio Borges y su lugarteniente Adolfo Bioy Casares. La colección fue creada en 1945 y, sobre todo en el primer centenar de libros, la elección tuvo gran protagonismo de Borges y Bioy. Allí aparecieron Nicholas Blake, John Dickson Carr, Patrick Quentin, Wilkie Collins, Michael Innes o Ellery Queen, representantes todos ellos del modelo inglés de narrativa policíaca.

Sin embargo, incluso El Séptimo Círculo alojó historias propias del

relato negro. Uno podría todavía argumentar que las novelas de Ross MacDonald, John D. MacDonald o Raymond Chandler solo aparecieron cuando tanto Borges como Bioy ya habían dejado de participar activamente en la selección. Pero eso no impidió que, entre los primeros veinte títulos publicados, aparecieran tres de James Cain (“Pacto de sangre”, “El cartero siempre llama dos veces” y “El estafador”).

Los títulos “negros” que aparecen en la lista de El Séptimo Círculo son “El escalofrío”, “Dinero negro”, “El otro lado del dólar”, “Enemigo insólito”, “La mirada del adiós” y “Costa Bárbara”, de Ross MacDonald; “El fin de la noche”, “La única mujer en el juego”, “Cielo trágico” y “Lamento turquesa”, de John D. MacDonald y “La dama del lago” y “Asesino en la lluvia”, de Raymond Chandler.

Dentro de esta tradición (¿?) la nómina también incluye una larga serie (quizás demasiado larga) de títulos correspondientes a James Hadley Chase, un autor que nunca alcanzó los niveles de calidad de Chandler o los MacDonald.

Una curiosidad: no hay obras de Dashiell Hammet (No está “Cosecha roja”, ni “La maldición de los Dain”, ni “El halcón maltés”) pero sí uno que lo homenajea: “Al estilo Hammett”, de Joe Gores.

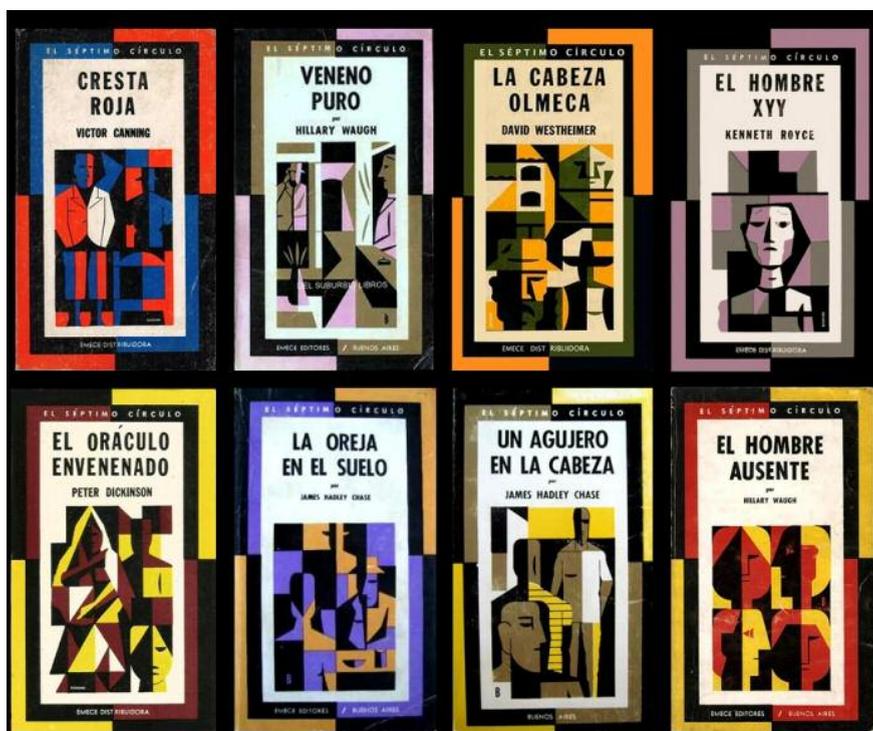
Varias generaciones de lectores crecieron con estos libros, disfrutaron sus historias y también de sus diseños de tapa tan característicos, obra del ilustrador José Bonomi.

Y entre quienes no solo leyeron, sino que también escribieron historias policiales, es insoslayable la presencia de Rodolfo Walsh, ejemplo de autor comprometido, y una más de las tantas víctimas de la dictadura genocida instalada en marzo de 1976.

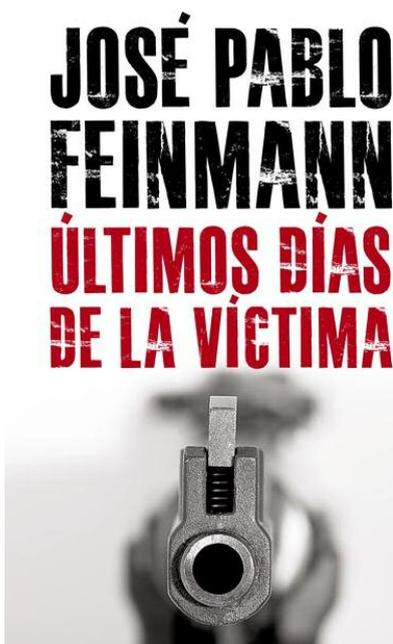
Walsh fue el responsable de la antología “Diez cuentos policiales argentinos” y el autor de “Variaciones en rojo”, un libro con tres novelas breves que la crítica valoró como auténticas piezas maestras de la literatura policial.

Esa destreza en el relato iba a manifestarse luego en “Operación Masacre” (1957), “¿Quién mató a Rosendo?” (1969) y “Caso Satanowsky” (1973), tres textos de investigación donde confluían sus pericias de escritor de ficción y de periodista.

Walsh solía insistir con esta idea: cuanto más ortodoxo es el planteo de un relato policial, menos margen queda para lo que él llamaba “el interés humano”. Y allí reside una porción destacada de las particularidades del género negro. Pero no porque se encuentre necesariamente ausente en la novela deductiva, sino porque en los policiales británicos tradicionales ese interés suele estar puesto a escala individual. La novela negra, en cambio, acostumbra privilegiar el retrato social y abundar en la denuncia y el cuestionamiento de sus recovecos más sórdidos.



De entre los autores contemporáneos, así lo hace, por ejemplo, Juan Sasturain, autor de una trilogía de libros cuyas historias transcurren en la tumultuosa década del '70 del siglo pasado y son protagonizadas por un policía retirado. Los títulos son “Manual de perdedores”, “Arena en los zapatos” y “Pagaría por no verte”.



Otro autor destacado es el filósofo José Pablo Feinmann, varios de cuyos relatos llegaron al cine. Uno de los más significativos es “Últimos días de la víctima”. El libro se publicó en 1978 y la película es de 1982. Fue dirigida por Adolfo Aristarain y protagonizada por Federico Luppi, que encarna a Raúl Mendizábal, un asesino profesional.

En 1981, aparece la novela “Ni el tiro del final” en la que Feinmann presenta a un artista mediocre que entrega su esposa a un millonario a fin de obtener fotos que le permitan extorsionarlo. En 1999 el libro sirvió de base a la película homónima, filmada en co-producción entre Argentina y Estados Unidos y dirigida por Juan José Campanella.

Feinmann también colaboró con el guion que adaptó la obra del novelista Mempo Giardinelli “Luna caliente”. El filme, estrenado en 1985, fue dirigido por Roberto Denis y también contó con la actuación protagónica de Federico Luppi.

En nuestros días se podría armar un verdadero seleccionado de escritores que cultivan el género, los que para la ocasión -obviamente-

deberían vestir casacas negras. Concluiremos esta primera parte refiriéndonos a “Monstruos perfectos”, la potente obra de uno de ellos: Miguel Ángel Molfino, novelista y periodista bonaerense radicado en Chaco.



Lejos de los grandes centros urbanos, constituidos en escenarios tradicionales de la narrativa de este subgénero de los relatos de crímenes, Molfino sitúa las acciones de ese texto apasionante en caminos polvorientos y pueblos olvidados del norte argentino.

La desconfianza y el descrédito de las instituciones encarnan a la perfección en personajes odiosos como el comisario Velarde o el abogado Maciel. En el policía confluyen la bestialidad y la genuflexión y el mejor ejemplo de esa combinación se trasluce en la escena despiadada en la que entrega una muchachita inocente a los bajos instintos de un superior. Por su parte el letrado, aún con rasgos hiperbólicos que lo acercan a la caricatura, simboliza la ruindad que infecta a tantos de sus colegas y a gran parte del sistema de Justicia. (Aviso de spoiler o revelación inoportuna para quien no haya leído el texto). Las características de Maciel hacían pensar en un final a toda orquesta que equilibrara toda su vileza. Molfino evade los lugares comunes y traiciona las expectativas ancladas en lo previsible o lo obvio. La caída del letrado-hampón sucede sin grandeza alguna, cuando una granada le estalla a centímetros de su mano y su cuerpo se desparrama en pedazos.

¿Con quién establecer empatía en un relato que carece del acostumbrado detective y cuya figura menos aborrecible –tal vez– sea la de un traficante de armas? La otra posibilidad es Miroslavo, adolescente que en su viaje iniciático proyecta más sombras que certezas. El pobre indio “Veinte pesos” no alcanza a durar lo suficiente como para que su fidelidad lo haga querible.

Molfino se ha deshecho de cualquier intención de volver apreciables a sus criaturas. Tampoco ofrece redención (ni siquiera la de una justicia poética provista por los autores de tantos otros textos). Sus mayores energías están puestas en dibujar la crueldad de un sistema perverso, en retratar los arrabales en que malviven muchos compatriotas y en exorcizar los demonios (suyos y nuestros) que agita una sociedad envilecida, poblada por monstruos. Y lo hace con una pluma cargada de imágenes vigorosas y un estilo ligero que, por ende, es capaz de alcanzar alturas notables.

Y un detalle final: sabemos que la novela negra le quita centralidad al interrogante del ¿quién? y lo reemplaza por el de ¿por qué?

La supresión del enigma sobre el perpetrador elimina el sentido de juego cerebral deductivo, pero lo reemplaza por la activación del pensamiento crítico. Allí donde el relato tradicional nos proponía conectar indicios, el género negro nos plantea reflexionar acerca de contextos y circunstancias.

Sin embargo, “Monstruos perfectos” no se apega demasiado a esa regla. El texto no incursiona en elucubraciones complejas acerca de las causas que motivaron los hechos. Antes que eso, trabaja naturalizándolos, aceptando que en el escenario en que ocurren nada podría ser de otro modo: la policía es violenta y corrupta y los encargados de aplicar las leyes son difícilmente confiables. Lo que sí cabe en el análisis subsecuente es ¿cómo se llega a una tolerancia semejante? Para quienes habitamos este suelo quizás resulte una pregunta adecuada incluso más allá de las páginas de “Monstruos perfectos”.



Aguafuertes del confinamiento

El género negro en la Argentina (segunda parte)



El aguafuerte anterior abrió esta saga dedicada a la literatura argentina del género negro. La afirmación acerca de que en nuestro país podría integrarse un seleccionado de escritores dedicados a esta vertiente de la novela policíaca se fundamentó entonces en unos pocos nombres históricos a los que ahora agregamos los de Kike Ferrari, Ernesto Mallo, Nicolás Ferraro, Horacio Convertini, Leo Oyola, Mariano Quirós y Rubén Tizziani, entre otros.

Luego de la cita que realizamos acerca de Miguel Ángel Molfino y su novela *“Monstruos perfectos”*, hoy esta columna convoca a otro proficuo escribiente. Se trata de Raúl Argemí, que nació en La Plata y tuvo un paso temprano por el teatro como autor y director. En los turbulentos años '70 participó de la lucha armada, fue detenido y pasó toda la última y sangrienta dictadura cívico-militar-ecclesial privado de su libertad y con el riesgo permanente de acabar asesinado por el régimen genocida. Fue liberado al regresar la democracia y se dedicó al periodismo, actividad que entre otros sitios desarrolló en el Alto Valle del Río Negro.

Argemí ya había publicado dos o tres libros en la Argentina, pero cuando emigró a España, a “probar suerte” se las ingenió para trabajar en lo que se presentara y dedicar su tiempo libre a sacar historias de la chistera. Allí produjo una obra de volumen considerable y de gran calidad. Durante unos cuantos años fue uno de los animadores de la Semana Negra que se celebra en Gijón cada mes de julio y de Barcelona Negra, otra cita literaria que ocurre en el invierno catalán.

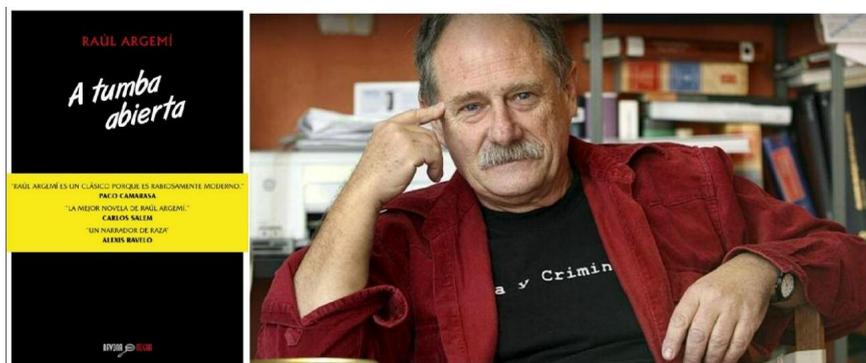
Doce años vivió el escritor en España y los aprovechó tanto y tan bien que se hizo acreedor a varios lauros, entre los que se pueden mencionar el premio de Novela Felipe Trigo, el Dashiell Hammet, el NovelPol, el galardón Internacional de Novela Luis Berenguer; el Premio Brigada 21 y el de Narrativa Francisco García Pavón.

Provocador entusiasta, en su novela *“A tumba abierta”* Argemí desafía algunas tipicidades del género negro. Porque no es común que estas historias se expandan más allá de unos días o unas semanas. Sin embargo, este relato se desarrolla durante un período de cuarenta años, con el telón de fondo sombrío de nuestra historia reciente y sus conflictos

En cambio, el texto respeta otros rasgos prototípicos del policíaco oscuro, como la violencia explícita y el retrato social descarnado.

“*A tumba abierta*” confirma las destrezas narrativas que el autor ya había puesto de manifiesto en “*El gordo, el francés y el ratón Pérez*”, “*Los muertos siempre pierden los zapatos*”, “*Penúltimo nombre de guerra*” o “*Siempre la misma música*”.

Para el final de la novela, Argemí se guarda un recurso con evocaciones de “*Sunset boulevard*”, aquella singular película de Billy Wilder que nosotros conocimos como *El ocaso de una vida* o *El ocaso de una estrella*. (Decir más, sería incurrir en un grueso spoiler).



Raúl Argemí integra la novela negra argentina al entorno de la novela negra latinoamericana, pero destaca un par de factores propios. El primero se refiere a los orígenes. “Todos somos hijos de Borges -asegura-. Los escritores que nos dedicamos a esto venimos del formato corto: cuento o relato y eso se nota en la mayor concisión que alcanzamos en nuestras novelas. Estamos acostumbrados a no escribir de más”.

Pero allí no se agota el concepto de paternidad porque, según sostiene, “también somos hijos de una sociedad en la que no se puede creer en la policía ni en la justicia”.

Con ese contexto como cuna, Argemí rechaza los modelos de Chandler o de Hammet porque su convicción en la justicia, “ya sea que la haga el aparato o que se consiga individualmente” la vuelven una literatura de derecha. En otros contextos, agrega en un cóctel expresivo entre lunfardo y claras reminiscencias de sus ‘años españoles’, “vos sabés que sos un perdedor desde que viniste al mundo. Porque naciste sartén o pescadito frito. Si fue lo primero, cambiás las reglas cuando se te canta, pero si naciste pescadito frito, ¡cagaste tío!”

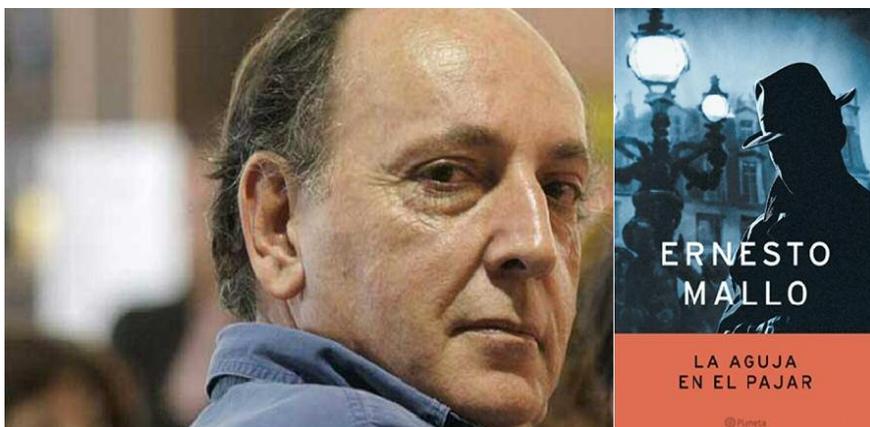


Como señalamos antes, tenemos en nuestro país un buen conjunto de narradores del negro argentino y algunos ofrecen un compendio de singularidades. Un ejemplo rotundo es el de Kike Ferrari, que vivió como inmigrante ilegal en los Estados Unidos hasta que lo deportaron y ahora trabaja por las noches recogiendo la basura acumulada en una estación del subte de Buenos Aires. Por supuesto, nada de eso le impidió ser un escritor destacado que, a criterio del mexicano Paco Ignacio Taibo, tiene una escritura “sólida, que fluye perfectamente”. Para Taibo, Kike es un claro ejemplo de que “la novela negra es la nueva novela social del siglo XX”.



Ernesto Mallo también tiene sus particularidades. Este escritor, dramaturgo y periodista ejerció actividades tan variopintas como las de chofer de taxi, contrabandista, artesano *hippie*, vendedor de librería y otros oficios que –según explica– prefiere no mencionar *porque aún no han prescrito*. Igual que Argemí, nació en la ciudad de La Plata. Pero a diferencia de Raúl, sus novelas tienen un protagonista reiterado: se llama Venancio Lascano. Le tocó ser comisario de policía en los años de la última dictadura y le llaman “El perro”, porque dicen que gruñe.

La novela negra argentina contemporánea prefigura un mundo posible fruto de una mirada ácida y desesperanzada. Es la que se corresponde con sensibilidades abrumadas por ciertas características de época.



Mediante una sincronización aberrante ocurrida en los últimos años gran parte de los países del mundo desplazó su eje ideológico hacia la derecha y esa circunstancia no solo no corrige los sistemas de distribución de la riqueza, sino que agudiza las asimetrías sociales. Es el escenario propicio para relatos oscuros. Los de la novela negra.

En este sentido, la que se entabla es una relación doble. Porque las condiciones sociales favorecen el desarrollo del género, pero también porque la narrativa negra se constituye en un poderoso instrumento cuestionador.

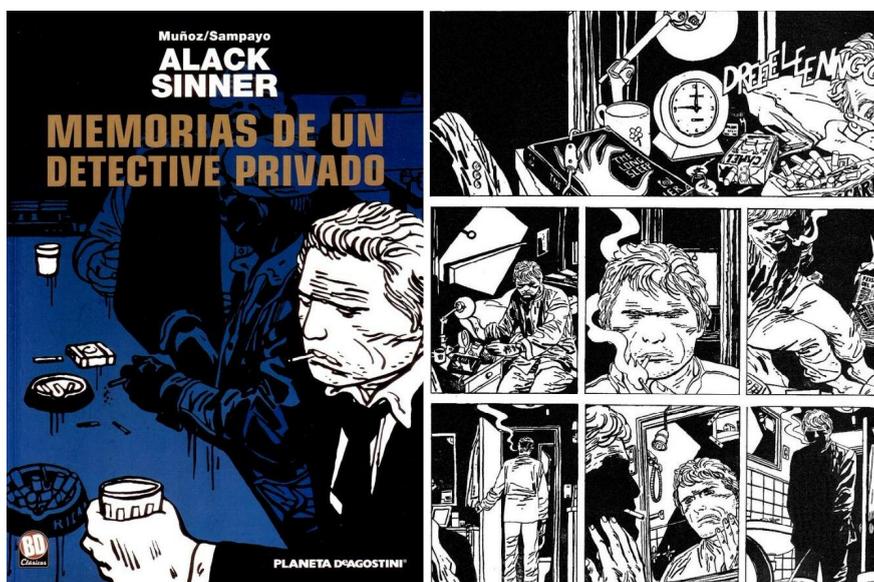


Aguafuertes del confinamiento

El género negro en la Argentina (tercera parte)



En este ciclo breve de aguafuertes dedicadas a los relatos del género negro que hoy concluye hemos hablado de literatura y cine. Un amigo, dedicado a la realización de historietas, repite a menudo que el cómic es ese espacio en el que texto e imagen confluyen para dar lugar al relato visual de quienes no pueden llegar a producir “séptimo arte”. Ese “cine de los pobres” permitió que de nuestro país saliera un número importante de escritores y artistas plásticos los cuales abastecieron la industria mundial del noveno arte.



Probablemente uno de los ejemplos emblemáticos sea el de “*Alack Sinner*”, el personaje creado por el guionista Carlos Sampayo y el dibujante José Muñoz. Además de detective, Sinner es un lobo solitario de esos que acomete las causas perdidas y que nunca deja de proponer reflexiones de un profundo humanismo en las que, más que el delito, la centralidad la ocupan las relaciones entre las personas.

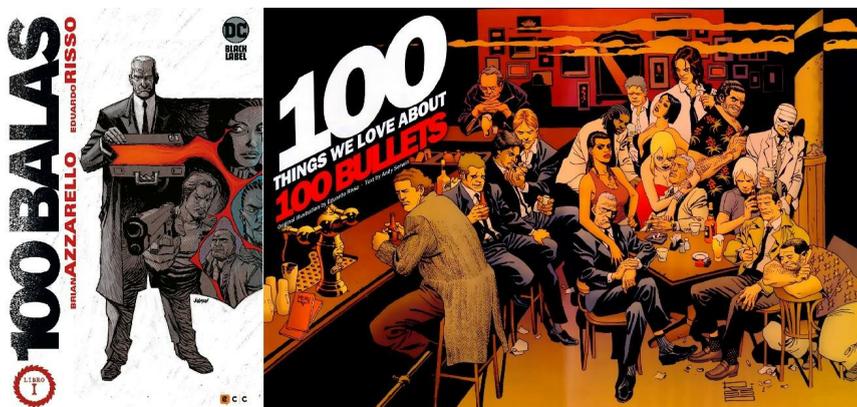
Pero tomemos otro caso: “*100 balas*” es una novela gráfica de Brian Azzarello con dibujos del argentino Eduardo Risso. La publicó Vértigo, el sello adulto de DC Comics.

Dizzy Cordova es una reclusa que recupera la libertad. Va a regresar al barrio donde creció. Apenas tiene 25 años, pero hacia adelante solo percibe desesperanza. Y hacia atrás... no hay muchos recuerdos gratos en su pasado. Su historia está plagada de comisarías y correccionales. Afuera del penitenciario no la espera nadie. O nadie querido. Su esposo y su niño fueron ejecutados en un episodio poco claro. En el bus que la lleva al escenario lúgubre de su vida la aborda el Agente Graves. El poli le entrega un arma y cien balas especiales, ilocalizables. Dizzy tendrá carta blanca para ajusticiar a la escoria del mundo, comenzando por los

policías corruptos que segaron la vida de su esposo e hijo. Porque esa es la verdad, que también le entrega su reclutador, el agente Graves.

La historieta ingresa al género del relato negro por su descripción de ambiente, de paisaje de época. Barrios deprimidos, con gente descartable. Apenas sobreviven con algún subsidio precario. Los vínculos familiares tal como se conocían hasta hace algunas décadas, se han degradado. La familia está desmantelada.

“100 balas” ocurre en alguna ciudad de los Estados Unidos. Pero tranquilamente podría suceder en la Argentina. La población carcelaria sufre hacinamiento. Ningún reclusorio contribuye a modificar conductas delictuales. Los que salen de presidio, reinciden. Y frente a ellos, las fuerzas represivas están fuertemente comprometidas en la comisión de delitos.



Llegados hasta aquí, nos asaltan los interrogantes: ¿podemos seguir expandiendo los límites o transpolando características? ¿La descripción de “negra” aplicada a la literatura permite establecer correspondencias con otras artes?

Pensamos inmediatamente en la pintura negra de Goya, donde aflora el sufrimiento de una humanidad padeciente. Y, en el caso argentino, también de inmediato, establecemos un paralelo con una obra del pintor realista Ernesto de la Cárcova. Se trata de “Sin pan y sin trabajo”, óleo realizado entre 1892 y 1893.



El pesimismo, la oscuridad y la desesperanza campean en esa escena familiar. Tras la ventana se ve la fábrica cerrada. A la izquierda, los pechos exhaustos de la madre ya no consiguen alimentar a su criatura. Y, del otro lado de la mesa desabastecida salvo por las herramientas ociosas, el esposo desocupado rumia su impotencia y su rabia por las carencias. La misma rabia que invocaba Argemí, en el aguafuerte anterior.

Es el contexto el que genera o propicia la obra. Y es la sensibilidad del artista la que le permite absorber la realidad de ese escenario y convertirla en texto (aquí, pictórico).

Pese a las diferencias estilísticas, los trabajos que Antonio Berni realizó cuarenta años después abrevan en las mismas fuentes.

Berni pensaba que la lectura política de su obra era fundamental y que no se la podía dejar de lado si se quería entender su trabajo. “Es m s, -sostenía- creo que una mera lectura esteticista de mi obra sería una traición”.

Con la novela negra corresponde actuar en consonancia. Y por eso, antes que hablar de sus características estilísticas o genéricas, tal

vez lo negro se pueda definir mejor como una “poética” que porta y transmite una cosmovisión. En ese sentido, la narrativa negra ofrece una mirada oscura de la sociedad en la cual se difuminan los límites morales entre el bien y el mal. Pero no porque postule ese desvanecimiento, sino porque está retratando con realismo lo que ocurre a nuestro alrededor.



Manifestación (Antonio Berni: 1934)

En pocas ocasiones eso se ha hecho tan evidente como en estas últimas semanas, durante las cuales asistimos con una cuota importante de incredulidad a la opereta tejida alrededor de la puja despiadada por la herencia familiar entre un exministro de la Nación y su hermana. O a la publicación de un libro en el que el hermano de un expresidente saca a la luz los chanchullos cometidos a toda escala por el dirigente.

Acontecimientos como esos ponen de manifiesto que la oscuridad tiene otros domicilios, además de los literarios. Las historias de ficción nos permiten internarnos en submundos, aunque familiares, violentos y su virtud es la de entretenernos y convocar a la reflexión.



Desocupados (Antonio Berni: 1934)

En cambio, las historias protagonizadas por referentes egoístas, mezquinos, mafiosos y de una ruindad inverosímil que habitan los círculos de poder reales, solo pueden lucir el más que dudoso mérito de provocarnos arcadas. Sobre todo, cuando una hipocresía incommensurable los hacía presentarse a sí mismos como paladines de la decencia y la moral.

En su tesis doctoral *La batalla de las metáforas. Neopolicial chileno en el siglo XXI* (2014), el catedrático trasandino Marcelo González escribió que los temas que trata el género negro, particularmente el político, las transforma en una herramienta en la batalla cultural contra las políticas institucionales de olvido de los pasados conflictivos recientes o de consagración de las inequidades sociales.

En América latina donde, a juicio de muchos, los sistemas judiciales y represivos no ofrecen garantías suficientes de igualdad ante la ley, la vertiente que nos ocupa también es un efectivo método de denuncia.

Felizmente la justicia por mano propia no ha prosperado más allá de casos aislados, pero eso no significa que las instancias oficiales de

control del delito resulten confiables. Por ejemplo, cuando la culpabilidad queda irresuelta como manifestación de la incapacidad o la connivencia con el crimen de las fuerzas policiales o el sistema jurídico.

Allí donde antes el autor-demiurgo aplicaba el tópico de la “justicia poética”, ahora hay ocasiones en las que solo queda un escenario huérfano de toda equidad, tan característico del proyecto fracasado de la modernidad y la posmodernidad, con sus etapas más recientes de globalización, neoliberalismo y, en casos como el nuestro, llegando incluso a fases de neocolonialismo.

El común de las personas asocia a la policía con actividades propias del tráfico de drogas, la explotación sexual y la trata de personas, el secuestro y extorsión, el robo. Quizás por eso, cuando una historia del género negro les propone que el esclarecimiento de los hechos y la provisión de justicia llegan por la vía de un investigador particular, esas personas tienden a establecer mayor empatía con el sujeto en cuestión.

Especialmente si su caracterización es la de un tipo de bajo perfil, perseverante, comprometido, leal, pero también sufrido; un desheredado de la tierra como pueden serlo sus lectores. Alguien que, en caso de enfrentamiento social, no va a aporrearlos, sino que se pondrá de su lado. Un Philippe Marlowe, con todas sus virtudes y con esa melancolía a cuestas que, por lo menos a los argentinos que crecimos escuchando tangos, suele caernos bien.



Al mismo tiempo que manifiesta crítica social, el género negro también permite canalizar terapéuticamente los trastornos de ansiedad generados por una reconfiguración de época que provoca exclusión, desvalimiento y disconformidad colectiva.



Una amiga contaba que resultaba fácil descubrir algún momento depresivo de su compañero. Ese bajón siempre iba acompañado de su peregrinar a los estantes de libros en los que atesoraba *El sueño eterno*, *Adiós muñeca*, *La dama del lago*, *El largo adiós* y demás obras de Chandler.

Uno se conforta pensando que el caballero Marlowe nunca lo va a dejar en la estacada y que mientras su épica siga vigente, el mundo tiene alguna esperanza.

No, si al fin de cuentas va a resultar que la novela negra también estimula la actividad del sistema nervioso, activa la comunicación interneuronal y permite lidiar con nuestros trastornos de ansiedad, o con ciertos desórdenes de la conducta. Lo único que falta es que la acusen de generadora de hábitos, acostumbamiento y dependencia.



Aguafuertes del confinamiento

Docentes y discípulos buscando superar frustraciones



Aquí mismo ya lo hemos dicho: bajo la pandemia, los días se suceden con voluntad de invariancia. Lo único que altera esa recurrencia es nuestra conciencia de ella y la actitud que asumamos para lograr alguna modificación.

Colegas que ejercen la docencia en distintas universidades del país coinciden en que su actividad y tiempo laboral se han incrementado en forma notable. Cuando a la libido se le recortan las opciones, la tarea intelectual empieza a tener todos los números de la rifa.

Planificamos clases, escribimos, leemos, aprendemos a manejar

programas digitales, exploramos plataformas que ofrecen servicios de aplicación didáctica, hacemos diseños editoriales, articulamos trabajos docentes con nuestros pares, producimos materiales de apoyo pedagógico, armamos podcasts, programamos reuniones de equipos de cátedra o grupos de investigación o departamentos académicos e incluso publicamos artículos de vez en cuando. Hasta cuando nos permitimos una pausa para ver una serie o una película nuestros engranajes mentales están buscando una posible utilidad de esos contenidos en la actividad formativa.

De algún modo, el rigor de las tareas resulta tan absorbente que nos evita las angustias y depresiones que son productos de esta época de amenazas sobre nuestra salud y de movimientos limitados por restricciones preventivas.

Sin embargo, en cierto sector de nuestras cogniciones late la preocupación por el futuro próximo. Ese porvenir tiene incertidumbres importantes, que condicionan significativamente la planificación. No sabemos cuándo será posible recuperar presencialidad física en nuestras clases e ignoramos cuántos de nuestros estudiantes interrumpieron ya su formación o contemplan hacerlo próximamente. Sabemos, con mayor o menor precisión, que los cursos soportaron un sustancial desgrame, pero no tenemos datos certeros acerca del impacto anímico que a nuestros discípulos les ha provocado la ausencia del vínculo efectivo (y afectivo), la camaradería suspendida y todas las adyacencias a la actividad áulica que resultan gratificantes al espíritu.

Unas pocas semanas antes de abandonar uno de mis cursos, un estudiante me confesaba que le costaba un enorme esfuerzo sostener el interés, la concentración y las energías alrededor de esta nueva modalidad educativa. Finalmente dejó de cursar en medio de una situación dominada por la frustración ante la experiencia trunca y la incomodidad por la dilación que esto supone en el proyecto de vida de cualquier persona.



No se confraterniza de modo similar a través de una pantalla que cuando el abrazo suprime distancias. Pero tampoco se aprende de igual manera cuando se maceran conceptos a través de una práctica dialéctica en la que todos los intervinientes lo hacen en la misma unidad de tiempo y espacio que cuando la tecnología impone marcas como las de la conectividad pobre o nula o el *delay*, ese retraso fastidioso que le quita fluidez a las conversaciones. La calidad de la enseñanza sufre una sensible rebaja cuando el educando debe compartir herramental técnico con otros miembros del grupo familiar que afrontan necesidades equivalentes o parecidas. O cuando su atención queda expuesta al extravío en ambientes hogareños que pueden ser acogedores, pero que no están acondicionados del mejor modo para la producción de conocimientos.

Comenzó a circular el comentario de que algunos docentes habrían encontrado confortabilidad en los nuevos modos de implementar sus clases. Si fuera así, resulta difícil despegar esa situación de sentimientos de agorafobia y hasta de pura comodidad. Nada ha reemplazado aún la eficacia del contacto directo entre los actores del proceso de enseñanza-aprendizaje y hacia su recuperación deberíamos encaminar todos nuestros empeños, pero —con plena certeza— algunas de las experiencias puestas en práctica durante los meses de aislamiento social preventivo han demostrado ser valiosas y seguramente se ganaron el derecho a permanecer como recursos didácticos y pedagógicos provechosos.

Pese a que las tecnologías que las hacen posibles ya existían antes de la aparición del Covid-19, la pandemia nos compelió a instrumentar formas de aplicación que favorecieron alternativas de construcción asociada a distancia. Durante estos meses una buena proporción de los docentes hemos participado de clases conjuntas y compartimos con colegas de la Argentina y del exterior registros sincrónicos y asincrónicos en diversos soportes que nutrieron nuestras cátedras y talleres.



La experiencia abreva en la práctica precolombina de la minga, esa antigua tradición que algunos pueblos latinoamericanos aún conservan vigente y consiste en una reunión de amigos o vecinos para encarar en común un trabajo de utilidad social. Ese comunitarismo sienta sus bases en principios de compañerismo, espíritu de colaboración y valoración de las propias capacidades. A partir de esas nociones se pusieron en marcha iniciativas que robustecieron filosóficamente y abastecieron conceptualmente las asignaturas.

No obstante, conscientes de flaquezas que merecen ser subsanadas, hemos puesto énfasis en sostener ante los estudiantes que la coyuntura les exige un esfuerzo extra que contribuya a alcanzar la compren-

sión de situaciones, procesos y fenómenos, así como a ejercitarse con intensidad para compensar los déficits en la adquisición de destrezas que conlleva el debilitamiento de la actividad práctica. Junto a ellos afinamos el compromiso de acompañarlos en la tarea de autocapacitación para lograr la mayor sabiduría y los mejores niveles posibles de habilidades. Pero una porción enorme de nuestra responsabilidad, atravesada por simpatías y también por las propias impotencias, permanecen con quienes experimentan el duelo ante la carrera inconclusa.

Como si fueran alegorías de tantísimos oficinistas, empleados de comercio, operarios fabriles o trabajadores rurales mortificados por el presente, esperamos que esta coyuntura no se les eternice y que en su horizonte aparezcan pronto las rutas hacia una vida más plena y de vocaciones satisfechas.



Aguafuertes del confinamiento

Cuando hasta lo aspiracional esta vedado



Cuando hace algunas décadas comenzó a hablarse del teletrabajo y la teleeducación, ya hubo quienes repararon en la conveniencia de adecuar espacios a una realidad de llegada inminente. La necesidad parece extravagante cuando miles de compatriotas no disponen de ningún lugar de residencia y mucho más frente a la represión virulenta que provocan sus búsquedas legítimas por conseguir un espacio digno de asentamiento. Por esa razón, urge observar bajo perspectivas omnicomprensivas la situación de las unidades habitacionales disponibles y de aquellas que es preciso planificar y construir. El desarrollo que nuestro

país alcanzó en materia de tecnología satelital, así como las habilidades que podamos desarrollar respecto del diseño urbano deben confluír en torno al concepto de “casas inteligentes” que propendan a la utilización de tecnologías apropiadas, el aprovechamiento de los espacios y el uso adecuado y perspicaz de las energías.

No obstante, –vale insistir– estas consideraciones deben sonar cuando menos estrambóticas en grupos humanos a los que el progreso mira de lejos.

En la lejana posguerra de 1945 cobraron consistencia las proclamas del Estado de Bienestar que, sin abjurar nunca del credo capitalista, intentaron conjuntar las nociones de democracia y organización social a partir de un Estado que garantizara el respeto de los derechos y el aprovisionamiento de servicios para todos sus habitantes.

Obviamente, el propósito se alcanzó de manera muy dispar en cada país. Sociedades con profundas asimetrías sociales no consiguieron avances sustanciales en materia de igualdad en el acceso a una vida digna. Incluso en naciones con algunos indicadores sociales envidiables, las diferencias se vuelven evidentes a poco de escrutar las superficies aparentemente brillantes.



En tiempos de la segunda administración de Barack Obama me tocó hacer un viaje terrestre desde Kentucky a Chicago en un ómnibus que ofrecía un muestrario del norteamericano medio, deprimido, embrutecido por un techo bajo e inminente votante de Trump. Ese mamarracho, un *outsider* de la política, fue hábil para obtener la adhesión de un vasto colectivo mediante el ejercicio de un populismo derecho que muchos medios y unos cuantos pseudointelectuales no fustigaron con el mismo entusiasmo con el que azotan a las causas populares de matriz progresista. En aquel transporte traqueteante, igual que entre nosotros también beneficiado por el levantamiento de muchos ramales ferroviarios ocurrido en las últimas décadas, se arracimaban un conjunto de hombres y mujeres de vocabulario estrecho que, sin embargo, permitía filtrar las realidades poco gratificantes de personas sin trabajo, de alguno que viajaba a visitar a un familiar preso y de otros que en las tinieblas de sus butacas empinaban el codo con una botella camuflada dentro de una bolsa de papel madera. Varios manipulaban las pequeñas pantallas de unas tabletas que les acercaban un partido del rústico fútbol americano, la módica concesión que les permitía un sistema tantas veces inhumano con el extranjero, pero en muchas ocasiones también perverso con el dueño de casa. ¿Cómo serían las casas de esas personas? ¿Cuántas de sus viviendas estarían calificadas como ‘aptas’ para asimilar las características de esta época y enfrentar las adversidades del momento?

“Nadie queda exento de las contradicciones sociales”, recuerdo que pensé y, de inmediato, lamenté que mi sensibilidad no fuera suficiente para que las realidades de aquellos extraños pudieran conmoverme de igual modo que las de personas más cercanas a mi experiencia. Pero la evocación mutua sobrevino por asociación y por cotejo entre ambas, solo para hacer resaltar la indignidad a la que se somete a los pueblos en condiciones menos favorecidas. Ese contraste volvió hoy a mi memoria al considerar las incomodidades desde las que muchos afrontan este tiempo aciago.



En **“La libertad guiando al pueblo”**, Eugene De La Croix (1830) representa a La Libertad guiando la gesta revolucionaria de un conglomerado multiforme de clases sociales. La obra representa un dique a la subsistencia de privilegios de sector.

Aquí, en el sur del mundo, donde convivimos con una distribución regresiva de los ingresos y donde sectores acomodados con necesidades básicas y superfluas más que satisfechas continúan abogando por políticas monetaristas expoliadoras de la riqueza nacional, hasta experimentamos sensación de culpa por permitirnos pensar en diseños sociales de avanzada.

Mucho menos culpógenos deben sentirse los objetores del ingreso extraordinario a las grandes fortunas. Ese tributo, que algunas sociedades resolvieron sin tantos berrinches y sin siquiera caracterizarlo de excepcional, entre nosotros continúa durmiendo un sueño que no es precisamente el de los justos, sino el del adormecimiento de sociedades mezquinas que nunca descubrieron el significado de la fraternidad proclamada en las versiones bíblicas que algunos privilegiados recitan con

tanta insistencia y fervor dogmático y consagrada en la divisa revolucionaria francesa. Precisamente al referirse a aquella tríada el filósofo alemán Ernst Bloch sostenía que la fraternidad, la libertad y la igualdad inherentes a una comunidad humana vuelven intolerable la presencia de los lobos, figura elegida para alegorizar la canallería que late en muchas personas.

Parte de la batalla cultural necesaria es la de recuperar la propia autoestima a fin de que no continúe debilitándose un concepto tan enraizado en nuestra historia como el de la movilidad social ascendente.

Quisiéramos que todos los purretes dispongan de conectividad para que ni siquiera un virus con corona interrumpa su vínculo con el conocimiento y la construcción de saberes; pero las urgencias de la hora no nos permiten perder de vista que muchas familias tienen irresuelta la acechanza de un porvenir inmediato sin ingresos asegurados que les garanticen la alimentación suficiente.

Asegurar la supervivencia es primordial, pero inmediatamente subsecuentes deben alinearse las políticas dirigidas a mejorar la calidad de vida de los pueblos, desactivando los prejuicios respecto de estadios y necesidades que a grupos de desheredados de la tierra ni siquiera les está permitido aspirar a alcanzar y cubrir.





Aguafuertes del confinamiento
**Practicas imperdonables
del conservadurismo**



¿Qué es más difícil: que nuestras ideas alcancen a otros o que arraiguen en sus mentes y corazones?

Para conseguir el primer objetivo, deben atravesar un bosque muy tupido de mensajes que se enciman, se solapan y, en muchas ocasiones, terminan anulándose entre sí.

Y a fin de afirmarse y perdurar en los demás tendrán que traspasar las barreras levantadas por un acondicionamiento mental afiatado y prolongado que desarrolla una resistencia formidable ante los mensajes de cambio.

Muchas personas experimentan una gran incomodidad ante la heterodoxia, lo cual es una manera más elaborada o elegante de señalar que son la encarnación del conservadurismo. Acostumbran escudarse en la defensa de valores familiares y religiosos pero su mayor interés es el de preservar eternamente el orden social heredado. Se trata de un modelo mental enseñado de manera individual o colectiva y amplificado hasta el paroxismo por mega emporios comunicativos cuya estructura de propiedad se beneficia de unos privilegios que intenta denodadamente naturalizar ante los ciudadanos de a pie.

En algunos casos el conservadurismo se expresa de manera destemplada y ha llegado incluso a las agresiones físicas a cualquiera que reivindique la necesidad del progreso. Cuando enloquecen, los conservadores recalcitrantes han sabido enseñarse con periodistas o reporteros gráficos que intentan documentar sus acciones. Y cuando ellos solos no dan abasto, tienen suelen recurrir al palito de abollar ideologías que inmortalizó Mafalda.



El régimen conservador argentino, que prosperó a partir de la Generación del '80, se basó en un modelo productor de materias primas consagrado a abastecer las necesidades imperiales británicas. Sus "próceres" fueron militares, estancieros y políticos que no se andaban con remilgos a la hora de amañar elecciones, así como también pistoleros dedicados a intimidar adversarios y disolver resistencias.

Para todos ellos, la célebre postulación de Clausewitz tenía valor invertido y daban por cierto que «la política es la continuación de la guerra por otros medios». De ese modo, la militancia se nutrió con referentes del hampa que acostumbraban recalar en el Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires.

No parece concebible que esa tosca mano de obra haya indagado acerca de los orígenes del núcleo de principios que defendían a puñaladas, tiros o trompadas y que se remontan hasta la época de la Revolución Francesa. Pero sus superiores en la escala zoológica siempre tuvieron las cosas claras.

El conservadurismo es una corriente que brega por el sostenimiento de las tradiciones y, muy especialmente, por los privilegios de sus defensores más acérrimos.



Dictadores y plutócratas: Videla rodeado de Mitre, Magrino y Noble

En este arrabal del planeta no fue posible reivindicar conceptos históricos de rancias sociedades europeas como la monarquía absoluta o la aristocracia hereditaria, pero eso no les impidió a nuestros plutócratas criollos ejercer la enorme influencia devenida de su riqueza. En el seno familiar la autoridad patriarcal no estaba sujeta a discusiones y, como el

reciente episodio suscitado en torno al grupo Etchevehere lo comprueba, en algunos círculos se trata de un principio que continúa gozando de prestigio. Ha sido más soterrado, pero también se extendió en el tiempo el ejercicio humillante del derecho de pernada que dio a los patrones innumerables ocasiones de abusar de sus subordinadas. Es en su práctica que descansan los antecedentes más degradantes y crueles de la violencia que actualmente continúan sufriendo las mujeres.

Es cierto que el tradicionalismo político no siempre se manifiesta mediante actitudes reaccionarias y que en ocasiones suele darse a conocer a través de respuestas moderadas que solo expresan una limitada receptividad ante mensajes de cambio.

Sin embargo, la historia más reciente de los argentinos está plagada de episodios en los que el conservadurismo mostró su cara más destemplada y violenta. Rostros desencajados propiciando el ajusticiamiento de una presidenta; curas atrabiliarios pidiendo el hundimiento marítimo de semejantes con piedras en el cuello; una legisladora reclamando el regreso ominoso de los “falcon verdes”; un jefe comunal cordobés reivindicando a Hitler y a Videla y una pléyade de figurones que incluyó, entre otros, al sindicalista rural Gerónimo Venegas, la dirigente Hilda Duhalde, el humorista devenido político Miguel del Sel o el empresario Enrique Pescarmona, proponiendo que la Asignación Universal por Hijo predisponía al embarazo solo para cobrar el beneficio económico. En el punto culminante de la miserabilidad humana un encumbrado dirigente radical llegó a sostener que los recursos del Estado se iban «por la canaleta del juego y la droga».

No integran ninguna especie sub-humana; pertenecen al escalafón social de los aventajados que cuentan con recursos suficientes para acceder a varias ingestas diarias, tienen mansiones suntuosas y han podido asolearse en distintas geografías. También han cursado estudios superiores, pero —a la luz de sus pronunciamientos— emergen dudas acerca del resultado de esa exposición al conocimiento.

Sin embargo, no son ellos a los que apostrofó la ministra de Educación porteña en su reciente ataque a los maestros que “eligen militar en lugar de hacer docencia”. Soledad Acuña alentó enfáticamente la

práctica de la delación eligiendo ignorar que esa conducta, en nuestro país, condenó a la desaparición y la muerte a miles de personas.



Soledad Acuña, ministra porteña de Educación

La funcionaria de derecha resaltó que la enseñanza se viene abasteciendo con personas provenientes de “los sectores socioeconómicos más bajos”, que portan consigo poco “capital cultural”. Habla como una comentarista política (y de las que poseen las estructuras de pensamiento más vulgares y rústicas) y no como la responsable de mantener en ascenso los niveles de nuestra educación. Pero, increíblemente, prefiere desconocer torpe o malintencionadamente que la fuerza política conservadora y elitista que ella integra lleva más de una década gobernando la ciudad más próspera de la Argentina y que si sus palabras acaso fueran ciertas, su grado de responsabilidad y el del partido al que pertenece serían insoslayables en esa situación.

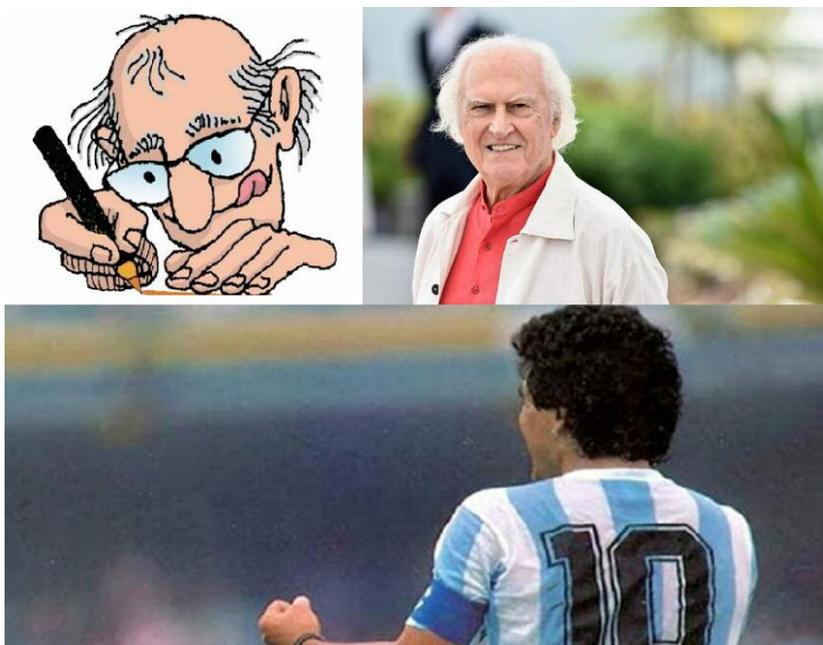
Entendemos que sus balbuceos son congruentes con la mirada mezquina, egoísta, antisolidaria y entregadora del sector al que representa. Comprendemos que sus juicios configuran el entramado discursi-

vo embrutecedor que administra la calaña a la que adscribe. Pero no podemos disculparse. Porque hacerlo sería renunciar a la voluntad de transformación, al ideal de siembra provechosa, a la construcción de una sociedad inclusiva en la que soñar futuros promisorios esté al alcance de todos y la posibilidad de edificarlos efectivamente no resulte prerrogativa de unos pocos. Todo eso que el conservadurismo rechaza desde la memoria remota, amarga y biliosa de unos privilegios que urge erradicar del imaginario y los corazones argentinos.



Aguafuertes del confinamiento

Concluye un año académico contradictorio



Annus horribilis es una antigua expresión latina equivalente a “año terrible”, que continuamos utilizando en los diciembres que coronan un ciclo miserable.

2020 fue uno de esos años. Uno lo comprueba con la lista de gente valiosa que ya no está. Perdimos a Quino, se fue Pino Solanas. Acaba de irse Diego.

Son las notas más trágicas de un ciclo anual que incluye una pandemia cuyas consecuencias todavía son inciertas. Porque más allá de las muertes que está causando, no sabemos qué efectos psíquicos provocará sobre nosotros ni cuáles serán —con alguna precisión— las transformaciones sociales que arrastrará consigo el virus con corona.



Ambas incertidumbres tiñen de sombras un acontecer universitario cuyos claustros continúan vacíos cuando el año académico está a punto de expirar.

A lo largo de estos meses, que cubrieron la totalidad del ciclo lectivo 2020, hubo una pérdida significativa de masa estudiantil. Al menos en el caso de la Universidad Nacional del Comahue (UNC) se registra un número considerable de voces que atribuye las causas de ese desgranamiento a una falta de acompañamiento institucional que estuviera a la altura del esfuerzo enorme protagonizado por docentes que debieron readecuar contenidos, metodología y formas discursivas a la nueva realidad establecida por el virus con corona y también por el claustro estudiantil, que tuvo que resignarse a la pérdida de calidad y de calidez que supone la presencialidad en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Varias cátedras modificaron su periodicidad y muchas redujeron la extensa duración de sus clases a contactos virtuales que promediaron los noventa minutos. Algunos profesores alternaron modalidades sincró-

nicas (clases en tiempo real) y asincrónicas (envío de materiales de diversa naturaleza: podcasts, audiovisuales, textos, archivos de PowerPoint, etc.). Una buena cantidad de las exposiciones e intercambios que se realizaron en directo fueron también grabadas para que pudiesen ser seguidas en diferido por quienes no pudieron acceder al “vivo”.

Y allí comienzan a revelarse las dificultades. Muchos educandos carecen de una conectividad que les permita accesibilidad y señal estable durante todo el encuentro. Otros no poseen los recursos para abastecer sus dispositivos de los datos necesarios a fin de seguir actividades académicas que en algunas jornadas suman más de cuatro o cinco horas ante la pantalla. Como recurso habitual, muchos participantes debieron resignarse a suprimir la imagen para ganar estabilidad del vínculo sonoro. El tradicional contacto “cara a cara” ni siquiera pudo ser reemplazado por el “pantalla a pantalla”, lo que a muchos docentes les privó de la mínima retroalimentación que supone ver si el discípulo al menos permanece despierto.

En aquellos domicilios en que viven universitarios y escolares las dificultades se multiplican al compartir señal. Eso es el caso de que cuenten con equipos informáticos para todos; aunque en ese caso ideal también hay que ponderar el debilitamiento de la conectividad ante los ingresos simultáneos a la misma señal.

Todos los cursos tienen algún miembro que debe salir de su casa a captar señal cómo y dónde pueda con la acotadísima visión que ofrecen las pantallas de los celulares. Y dado que muchos también usan ese recurso para leer textos, una docente contaba días atrás que había invertido muchas horas en tipear textos para evitarles el mal trago de tener que desentrañar pdf’s ilegibles en adminículos minúsculos.

La UNC tiene habilitada la plataforma Pedco, que opera como soporte de contenido y vía de comunicación desde antes de la pandemia y que adquirió mayor relevancia a raíz de la interrupción del dictado presencial de las materias y la implementación masiva de la modalidad de cursados a distancia. Sin embargo, el sistema no siempre pudo hacer frente a la generalización de su utilización.

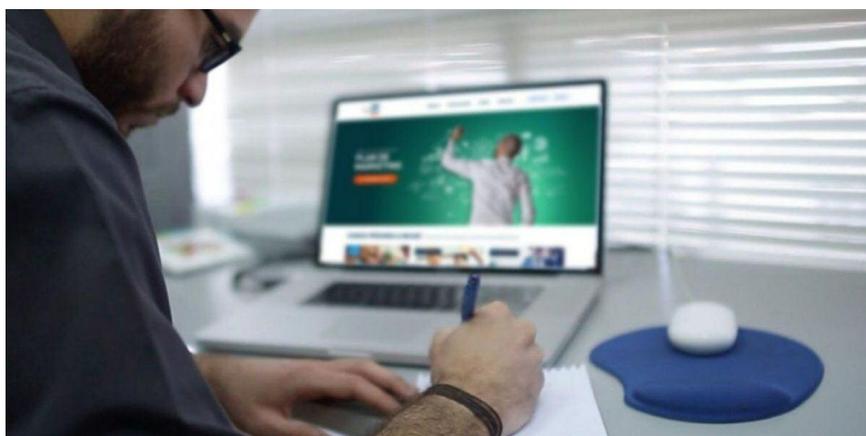
Las clases virtuales que se imparten a través de la plataforma

zoom tienen el odioso límite de los 40 minutos, que obligan a reconectarse. En nuestro medio, esa situación fue salvada en el Instituto Universitario Patagónico de las Artes mediante la contratación de un servicio premium que garantiza a docentes y estudiantes tener la clase de corrido. En la Universidad del Comahue, esa alternativa no se implementó.

El IUPA también adquirió equipos informáticos tipo notebooks para proveer a los estudiantes y docentes que carecían de ese recurso de conexión. En la Universidad del Comahue, esta alternativa tampoco tuvo réplica.

Los cursos de este año aciago que está terminando se van a completar en pocos días más con un desarrollo que en muchos casos no alcanzó a cubrir el 100 por ciento de los contenidos. A pesar de ello, nuestra consulta obtuvo como resultado paradójal que varias cátedras celebran un buen número de trabajos estudiantiles de muy alto nivel.

Casi como si fuera la traslación a este contexto de la ley del más apto, aquellos estudiantes que han podido sostener su regularidad han dado muestras de una gran capacidad de resolución. Pero no solo por ser “los más fuertes”, sino porque también desarrollaron una sensibilidad especial ante los compañeros que fueron quedando en el camino y un compromiso muy significativo con el papel social que desempeña la universidad pública y el que ellos mismos están llamados a ocupar.



El año entrante las cosas no van a cambiar. Al menos en su primera mitad se espera que se mantenga el carácter virtual de la actividad universitaria. Después, cuando se pueda ir recobrando paulatinamente la normalidad (o conquistando otra normalidad), algunas de las nuevas formas implementadas en la emergencia y que han demostrado ser eficaces y positivas, van a quedarse. Entre ellas, el dictado remoto de algunas clases; los contenidos grabados en audio o en formato audiovisual; las guías de apoyo; las formas solidarias de colaboración entre cátedras similares de universidades distintas. Todo eso, merece una continuidad. Pero lo que no puede perderse de vista es que la centralidad del proceso de enseñanza-aprendizaje en la vinculación presencial, directa, efectiva (y afectiva) entre los partícipes.

Lo que la pandemia nos arrebató no solo fueron las posibilidades de construir y acumular conocimientos, sino la ocasión de hacerlo en medio de prácticas sociales y vinculares que, además de formarnos profesionalmente, también nos enriquezcan humanamente.

No alcanza con ser un buen médico, abogado, arquitecto o ingeniero si, paralelamente, no se construye la sensibilidad necesaria; si no edificamos personalidades generosas, fraternas. Eso que se cimenta en las aulas y también en los pasillos, en la pausa entre clases, en el termo compartido del maté o del café, en la confianza que sirve de base a futuras grandes relaciones personales. Todo lo que contribuye a hacernos mejores personas y que, así como en otras esferas de nuestra vida relación, en la Universidad encuentra enormes posibilidades de desarrollo.

Contrapuesta a aquella fórmula del *Annus horribilis* los latinos también tenían otra expresión que parece ser incluso anterior. Es la del *Annus mirabilis* o “año de las maravillas”. Sin ninguna expectativa celestial, cabe esperar que sea la práctica humana la que forje un próximo año de recuperación; un ciclo virtuoso en el que la épica de la comunidad universitaria ayude a elevar nuestra calidad de vida y a mejorar nuestro estar en el mundo.

AGUAFUERTES DEL NUEVO MUNDO

Año 2021



Aguafuertes del Nuevo Mundo

La ocasión perdida de producir un gesto ejemplar



Un contraste potente e insoslayable surge al reparar que la humanidad ha podido desarrollar vacunas contra el coronavirus en tiempo récord pero que, al mismo tiempo, fue incapaz de articular esfuerzos para un desarrollo asociado de esas iniciativas.

La pregunta que surge, nítida e inmediata, es ¿por qué no generamos un ejemplo de acción colectiva que las próximas generaciones tuvieran como guía, cada vez que enfrentaran un inconveniente global?

Quizás la única explicación posible es que la industria farmacéutica es, junto a la armamentística, uno de los peores paradigmas de nuestro tiempo.

Los laboratorios han dado muestras reiteradas de su miserabilidad y de su poderío. Nuestro país puede dar fe de ello ya que en 1966 fueron protagonistas activos en el derrocamiento del gobierno de Arturo Illia. Las farmacéuticas actuaron descontentas por la sanción de las que fueron conocidas como “leyes Oñativia”, que regulaban el régimen de producción y los precios de medicamentos, productos químicos y reactivos.

La investigación de la época pudo constatar que los grandes laboratorios poseían un doble juego de libros de contabilidad que les facilitaba exagerar los costos para maximizar sus ganancias.

Frente a esta situación, la administración radical congeló el precio de los medicamentos. Y no solo eso: también los definió como “bienes sociales”. El conflicto no tardó en estallar y le costó el gobierno a aquel noble y honesto médico cordobés, cuya figura se agiganta en oposición a la imagen degradada que ofrecen sus actuales correligionarios.

El presente flagelo del Covid es enfrentado por varias vacunas que tienen como origen a Rusia, Gran Bretaña, Estados Unidos, China y Cuba. Incluso nuestro país tiene una en desarrollo mediante un proyecto que lleva adelante la Universidad Nacional de San Martín y el Conicet y que ya ingresó en la etapa de preclínica, el primer paso hacia el mercado.



¿Hubiera sido distinto el curso de los acontecimientos si todas las iniciativas se hubiesen puesto en común y compartido sus avances? No lo sabemos. Es una pregunta de política-ficción.

Pero sí está claro que los seres humanos no fuimos capaces de ponernos de acuerdo para encarar unidos el desafío planteado por una pandemia que un año después de desatarse, todavía plantea más dudas que certezas.

Desconocemos el origen del virus. No tenemos medicación probada para el tratamiento de los enfermos. No sabemos qué tipo de inmunidad desarrollan los infectados que se han recuperado. No sabemos cuánto dura la inmunidad que proveen las vacunas.

El sabor agridulce que deja la experiencia de un desarrollo en tiempo récord contrasta con la imposibilidad de la confluencia de saberes y esfuerzos.

Discípulo diría que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches se mezclan prodigios y canallerías.

Médicos abnegados que ponen el cuerpo sin titubeos y empresas fenicias que persiguen el lucro y se desentienden impunemente del concepto de “bienes sociales” que en su día Illía y su Ministro de Asistencia Social y Salud Pública, Arturo Oñativia, asignaron a los medicamentos.

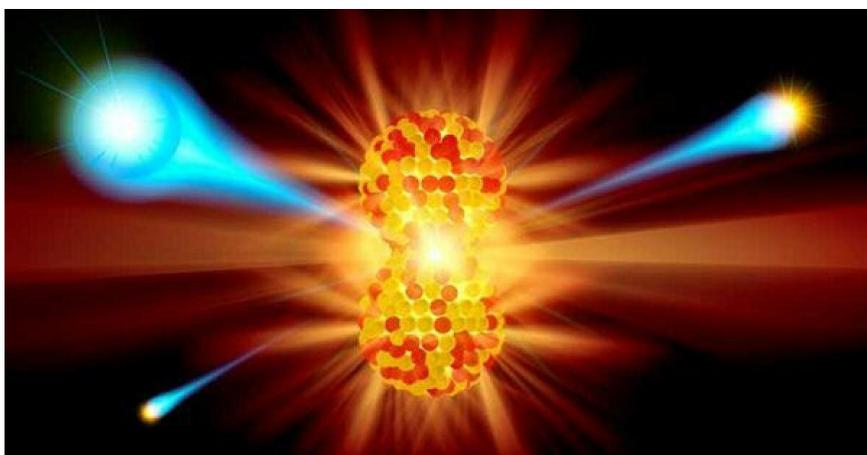
Oñativia, además, fue el impulsor de la ley de Reforma del Sistema Hospitalario Nacional y de Hospitales de la Comunidad y de la creación del Servicio Nacional de Agua Potable. Fue hace 60 años.

Hoy, los dos Arturos (Illía y Oñativia), se sentirían orgullosos de la enorme mayoría de nuestros trabajadores de la salud y verían abochornados que su conflicto con la industria farmacéutica está lejos (quizás muy lejos) de haberse superado.

El Nuevo Mundo que nos espera allí, a la vuelta de la esquina, necesita de gente como ellos y de voluntades políticas convergentes. Lejos de la escala planetaria de ese deseo, en nuestro escenario doméstico la oposición encarnada en agrupaciones políticas y poderes fácticos se regodea en ignorarlo.



Aguafuertes del Nuevo Mundo **Energía limpia e infinita**



La expectativa de que un nuevo mundo esté aguardándonos, allí a la vuelta de la esquina, se basa en que estamos viviendo la experiencia límite de una epidemia global. Si la metabolizamos como es debido, quizás el porvenir despeje las sombras de algunos antecedentes en los que el género humano no estuvo a la altura.

En nuestra aguafuerte anterior pusimos como ejemplo a la propia emergencia del Covid-19 y a nuestra incapacidad de afrontar el desarrollo de una vacuna en forma coordinada y solidaria.

En esta ocasión quisiéramos mencionar una experiencia de signo contrario. Sorprendente, incluso. Se trata del proyecto que persigue obtener una fuente de energía inagotable y no contaminante.

Su nombre es ITER, una sigla que corresponde a Reactor Termonuclear Experimental Internacional. Es el mayor proyecto de fusión nuclear y actualmente se construye en el sur de Francia con la participación de la Unión Europea, Estados Unidos, India, Japón, Corea del Sur, Rusia y China. En total, intervienen 35 países.



Hay dos motivos de sorpresa, que vamos a enunciar por separado.

El primer asombro proviene de ese conjunto de naciones aportando a un mismo desarrollo. Se trata de países que viven antagonizando entre sí en cuestiones comerciales, políticas e ideológicas. Incluso han protagonizado disputas y sostenido controversias en asuntos ambientales. No hay más que recordar la cerrada negativa del gobierno de Washington ante las posiciones de organismos comprometidos con la defensa ambiental. Esa actitud fue rubricada en 2017, cuando la Casa Blanca se retiró formalmente del acuerdo mundial sobre cambio climático de París.

Es cierto que Biden se comprometió a cambiar las líneas directrices en materia ecológica. Pero todavía hay que ver cómo se materializa ese enunciado. Según datos de las Naciones Unidas, Estados Unidos es el segundo país más contaminante del mundo, por su emisión de gases de efecto invernadero. Lo que llama la atención es que, pese a todo, Donald

Trump haya sostenido la participación en el desarrollo del reactor de fusión.

Un estudio conjunto de la Universidad de Harvard y el University College de Londres sostuvo que en 2018 casi nueve millones de personas de todo el mundo murieron al respirar aire contaminado por partículas procedentes de la quema de combustibles como el carbón, la nafta o el gasoil.

El cambio climático está provocando temperaturas más altas y olas de calor récord, condiciones más secas y áridas, incendios forestales y sequías más frecuentes y severas. Estas condiciones están teniendo consecuencias preocupantes sobre la salud pública y el acceso a los servicios, la seguridad laboral y la productividad económica.

Un artículo del periódico de Washington “The Hill” revela a quiénes afecta más esta situación en los Estados Unidos. Se trata de las comunidades latinas, que soportan cargas desproporcionadas de contaminación.

En comparación con los niños blancos, —señala The Hill— los niños latinos tienen el doble de probabilidades de morir de ataques de asma. Estas tasas de mortalidad más altas se corresponden con una proximidad más cercana a las plantas de energía: dos de cada cinco latinos viven a unos 45 kilómetros de alguna planta de energía. Aunque se trate de datos tomados del contexto norteamericano, podemos extrapolarlos y asumir quiénes son los mayores perjudicados a escala planetaria.

El reactor de fusión internacional que se está aprontando puede acercar una respuesta alternativa a los combustibles fósiles que no son renovables y que —además— matan.

El emprendimiento internacional busca replicar los procesos de fusión nuclear que se producen en el interior de las estrellas.

Se trata de uno de los proyectos energéticos más ambiciosos del mundo y puede ofrecernos una enorme generación de energía con los mejores niveles de seguridad y respetando el entorno, ya que estará libre de emisiones de carbono.

Para conseguirlo debe liberarse en forma de calor la energía con-

tenida en el núcleo de un átomo. Las altas temperaturas aplicadas sobre un enorme depósito de agua generan el vapor que acciona un conjunto de turbinas y su movimiento genera millones de watts de energía eléctrica, limpia e ilimitada para abastecer a la humanidad.

Los acuerdos para el desarrollo del ITER se firmaron en 2006 y mediante esa suscripción los miembros se comprometieron a compartir los costos de la construcción, la operación del proyecto, así como los resultados experimentales y cualquier propiedad intelectual generada.

Como dijimos en la entrega previa, es una verdadera pena que este ejemplo no haya sido copiado para el desarrollo de una protección eficaz contra el Covid, que incluyera instancias preventivas de vacunación y también de cura de las personas contagiadas.

El segundo motivo de sorpresa que genera el desarrollo del ITER es la escasa difusión que tiene el tema, cuando las estimaciones señalan que faltan unos pocos años para que esa máquina prodigiosa de producir energía se ponga en marcha. Ese acontecimiento está previsto para 2024 y el comienzo de la operación de fusión ocurrirá en 2035.



Ya indicamos que la sigla ITER se refiere a la denominación en inglés del Reactor Experimental Termonuclear Internacional. Sin embargo, la palabra "Iter" también significa "el camino" en latín. Es un símbolo que convendría no perder de vista. La humanidad necesita caminos compartidos para llegar a destinos dichosos.



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Cuando los rostros espejan
soledades**



Con alguna frecuencia nos asalta la esperanza –y, en ocasiones, la preocupación– de estar ante un Nuevo Mundo. Ocurre que, de los momentos críticos, nadie sale igual a como era antes. Nunca nos había tocado la experiencia de compartir con miles de millones de personas una amenaza pandémica como la que enfrentamos y de esta vivencia inesperada quisiéramos aprender a ser mejores.

Pero antes de seguir proyectando la mirada hacia adelante para imaginar lo que viene, nos gustaría revisar algunos antecedentes que se refieren justamente a eso: a las miradas, y al sitio desde el que parten, los rostros. Esos que cierta poesía remanida, trillada, insiste en caracterizar como “espejos del alma”.

Les invitamos a seguirnos en este recorrido rápido por unas pocas referencias.



En “Sus ojos se cerraron”, un hombre expone su dolor ante la muerte de la mujer que amaba. La versión más difundida de este tango es la que grabó Carlos Gardel en 1935 para su inclusión en la película “El día que me quieras”. Parece ser que la letra de Alfredo Le Pera era un reflejo fiel de su romance con una muchacha, que enfermó y murió muy joven.

Entre los versos del tema, hay uno que proclama cierto conocimiento. El hombre dice: “Yo sé que ahora vendrán caras extrañas”. Son los rostros que intentan confortarlo; aunque sin ningún éxito, porque nada ni nadie puede aliviar la soledad que hay en su corazón.

En una de tantas viñetas extraordinarias de Quino, ese dibujante genial y observador agudo, vemos una plaza con el busto de un prócer del pueblo. Alrededor caminan un montón de personas, todas con las mismas facciones, con los rostros exactamente iguales al esculpido en la representación de ese sujeto que, por lo que se observa, regó su semilla a diestra y siniestra.

Una de nuestras series favoritas es *“La dimensión desconocida”*. Hablamos de la primera, la mejor de todas, creada por el gran Rod Serling a finales de los años ‘50. Ese ciclo antológico tiene muchísimos episodios notables. Vamos a mencionar dos:

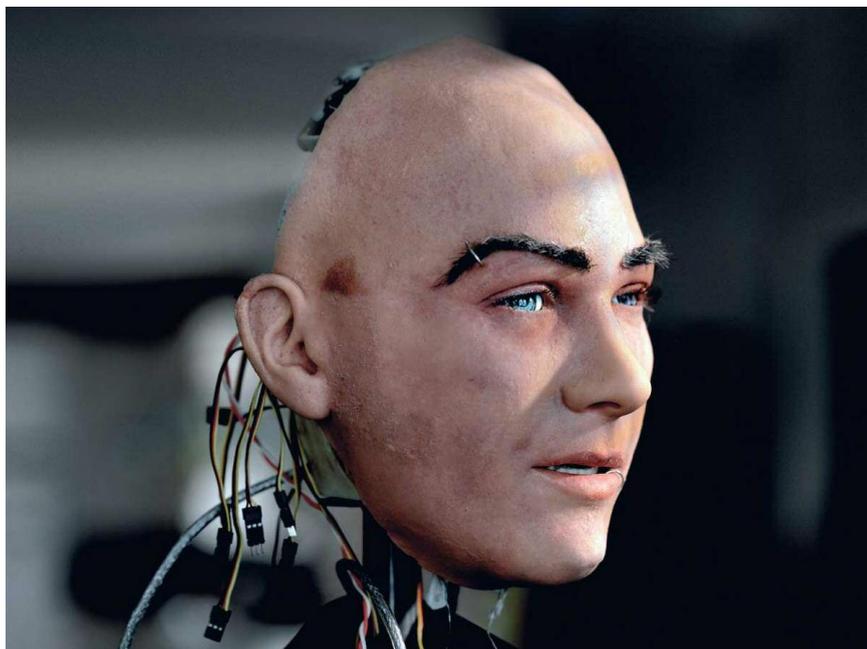
En uno de ellos vemos a una muchacha que es sometida a intensa presión para que acepte cambiarse el rostro. Y puede elegir entre un número fijo y reducido de opciones. Como para que los humanos vayamos siendo, cada vez más, el resultado de una producción industrial que va limando los matices, las características propias. En definitiva, la personalidad.

En el otro capítulo, *“La dimensión desconocida”* nos muestra casi todo el tiempo a una joven con el rostro vendado. Le están realizando una nueva intervención para corregirle los rasgos monstruosos de su cara. Pero una vez más, la operación falla. En el final de la historia le quitan los vendajes y vemos a una muchacha bellísima. Y recién entonces la cámara revela a los cirujanos, todos ellos con rasgos horripilantes. La conclusión con la que concluye esta fábula es que la belleza está en el ojo del espectador.

Ese pequeño puñado de historias coinciden en la atribución de protagonismo. Todo se focaliza sobre aquello que el poeta español Antonio Gamoneda bordó con palabras en este anuncio singular: *“Vienen rostros sin proyectar sombra ni hacer crujir la sencille del aire”*.

Y así desembocamos en la realidad de nuestros días.

En Gran Bretaña la empresa de ingeniería Geomiq ha ofrecido más de cien mil euros a la persona que ceda los derechos de su rostro para crear un robot que sería su viva imagen.



La compañía está buscando una cara ‘agradable y amigable’ para ser el rostro del androide cuando empiece su producción. La persona que haya vendido su imagen verá que su semblante se multiplica en miles de versiones por todo el mundo.

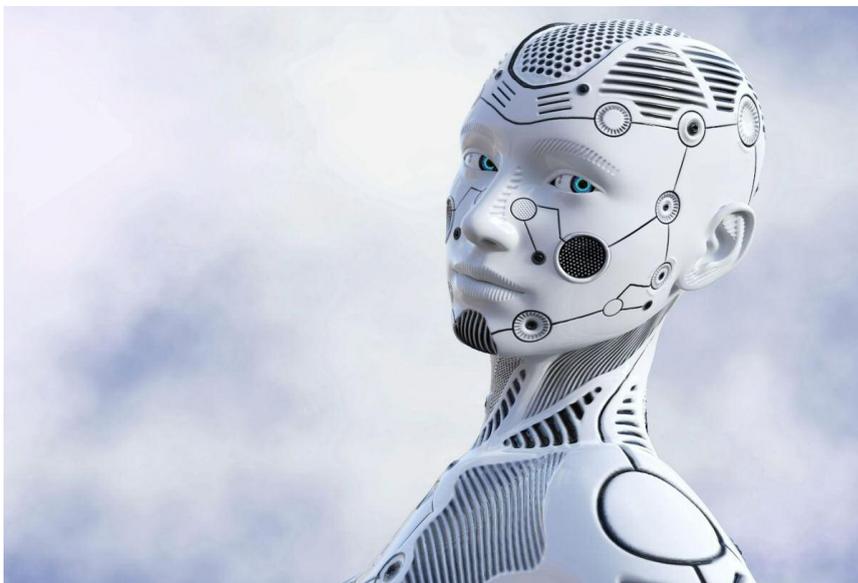
La idea es que el autómatas sirva como “amigo virtual para personas mayores”. Este proyecto ya lleva cinco años en desarrollo y se espera que empiece a fabricarse en los próximos meses.

Desde hace algún tiempo comenzó a explorarse la integración de inteligencia artificial a las antiguas muñecas sexuales, que empezaron a incorporar cabezas animatrónicas con alguna capacidad de respuesta ante los requerimientos de sus dueños. Blade Runner parece menos lejana, ¿verdad?

Son marcas tan potentes como estas las que inducen a pensar que estamos en las orillas de un Nuevo Mundo.

Resulta extremadamente difícil sustraerse a las sensaciones cruzadas y a cierta ambivalencia de las convicciones. Uno piensa que no está mal la vocación de combatir la soledad de los corazones sobre la que

escribió Lepera y cantó Gardel. Pero, al mismo tiempo, descreo que una versión industrial y pasteurizada logre el conjuro. ¿Alcanza un rostro para llevar sosiego a todas las almas que lo requieren? ¿Cuántas versiones harían falta para que eso suceda?... ¿Y si acaso fuera cierto que la belleza está en el ojo del que observa? ¿Cómo podríamos confortarlo con una reproducción mecánica que renuncia a la singularidad y que, como en su día denunció Walter Benjamin, disuelve cualquier atisbo de originalidad?



Quizás el Mundo que viene no sea tan original, después de todo. Probablemente el desamparo, la incomunicación, el aislamiento que soportan muchas personas no sea un signo exclusivo de estos tiempos. Tal vez ese modo inhóspito de la existencia debió encararse mucho antes. Pero lo cierto es que en el mismo país donde una empresa está buscando rostro para un robot de compañía, ya hace tres años que el tema se volvió un asunto de Estado.

En enero de 2018, la primera ministra británica, Theresa May, anunció la creación de un Ministerio de la Soledad para afrontar una problemática que afecta a nueve millones de personas en ese país (el 13,7% de la población total).

Ignoramos la seriedad de esta comparación, pero un informe del que se hace eco la muy respetable BBC de Londres señala que la soledad es tan perjudicial para la salud como fumar 15 cigarrillos al día. En cualquier caso, los médicos saben desde hace tiempo que la soledad no es buena para la salud mental, ya que está asociada con patologías como la depresión, el estrés, la ansiedad y la falta de autoestima.

La decisión del gobierno inglés acaba de ser replicada por el de Japón. Y, al parecer, algunos datos la justifican: en ese país insular del Asia uno de cada tres habitantes vive sólo en un departamento pequeño y el índice de natalidad baja cada año. Un equipo de economistas de la Universidad Tohoku predijo que, si no se modifican las tendencias, el último japonés morirá el 16 de agosto del año 3766.



Para complicar más las cosas, Japón tiene una de las tasas de suicidios más altas del mundo y en 2020 se quitaron la vida 750 personas más que en 2019.

Soledad, tristeza, angustias y otras marcas del tiempo requieren que nos volvamos conscientes de lo que nos pasa y de lo que sucede a nuestro alrededor. Y para eso hacen falta miradas atentas y capaces de distinguir los originales de las copias. Competentes para discernir entre

propuestas honestas y engañosas. Sensibles para apreciar la auténtica belleza.

Cuando el confinamiento preventivo que nos hemos visto obligados a adoptar ya no tenga razón de ser, tendremos que poner en práctica todas nuestras habilidades empáticas para restablecer relaciones y revincularnos. El sentido de comunidad necesita ser revigorizado. El concepto de fraternidad deberá fortalecerse más que nunca.

El Nuevo Mundo que llega precisa que desarrollemos una mayor sensibilidad y que la integremos a nuestra inteligencia, para poder comprender, procesar y expresar sentimientos propios, pero también para identificar los sentimientos de los demás y poder conectarnos con ellos.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

Dinosaurios de nuestros días



Augusto Monterroso nació en Honduras, pero se nacionalizó guatemalteco y vivió exiliado en México, donde falleció en 2003. Escribió novelas, poesía y ensayos, pero los que le dieron celebridad fueron sus cuentos brevísimos y particularmente uno que solo utiliza siete palabras: “ cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”.

El propio autor decía que las interpretaciones de este texto «eran tan infinitas como el universo mismo». Lo cierto es que el mini-relato, publicado en 1959, sigue siendo la estrella de todos los foros académicos sobre micro-ficción.

¿Pueden ser los dinosaurios tema de una sección que presume de llamarse ***Aguafuertes del Nuevo Mundo***? ¿Por qué hablar de una especie extinguida hace más de 60 millones de años si lo que queremos es imaginar el mundo que viene?

El recuerdo de Monterroso y los interrogantes que enunciamos fueron disparados por un informe audiovisual encontrado en la red que trasciende lo gracioso para proponernos un tema de reflexión.

Su título es “Dos de cada tres dinosaurios siguen negando su extinción” y en su desarrollo expresa que estos saurópsidos aparecidos en el período triásico niegan que un asteroide chocara con la Tierra, provocando su muerte. Ingresando en el terreno del absurdo el relato señala que, aunque ya no quedan dinosaurios en nuestro planeta, casi un 65% de estos animales continúa sin aceptar su desaparición y tildan de “men-tirosos” a quienes aseguran que han muerto. Los paleontólogos citados en el trabajo sostienen que la dureza de su cerebro es lo que les impide aceptar su realidad.

(Véase en <https://www.elmundotoday.com/2021/02/dos-de-cada-tres-dinosaurios-siguen-negando-su-extincion/>)



Un ejercicio muy sugerente es cambiar el sujeto “dinosaurio” por el de “terraplanista”, o “antivacuna”, o “neoliberal” y el sentido del negacionismo seguiría igual de vigente.

Gente testaruda, cuya corteza cerebral es impermeable a cualquier otra cosa que aquella en la que creen y a la que se aferran terca y obstinadamente, pulula sobre la faz de la tierra.

Lo que no deja de llamar la atención es que el informe internacional que compartimos, incluya un ejemplo de tiranosaurio rex localizable en la Argentina. ¿Será que nuestro país supera a naciones en las que millones de sujetos prehistóricos votan a Trump o a Bolsonaro? ¿Podemos nosotros ser más cavernícolas que países que hasta hace un rato sostenían la segregación racial? ¿Acaso no aprendimos nada del oscurantismo que nos hizo poner en el vocabulario del mundo la expresión “desaparecido”?

El mayor problema del pensamiento retrógrado no es que suscriba o apoye ideas o instituciones políticas o sociales de tiempos pasados, sino el de creer que sus opiniones son mejores que las de los demás. La noción de “raza superior” tiene que ver con ese concepto mesiánico y totalitario. Esa es la base del autoritarismo, que dio origen a los campos de concentración y exterminio; a la quema de libros; a la prohibición de expresiones culturales; a la supresión de identidad en criaturas recién nacidas.

Esa barbarie, ese salvajismo inhumano no puede formar parte de los cimientos del mundo nuevo que esperamos que llegue. Pero sería un gravísimo error el de subestimar las posibilidades de crecimiento de manifestaciones de ese tipo. Muchos analistas políticos se tomaron en broma las posibilidades de Trump y de Bolsonaro cuando aún eran candidatos. Y los dos llegaron a ser presidentes.

En nuestro país tenemos un buen conjunto de personas entre extravagantes y péfidas que deben estar haciendo cálculos para seguir el mismo camino.



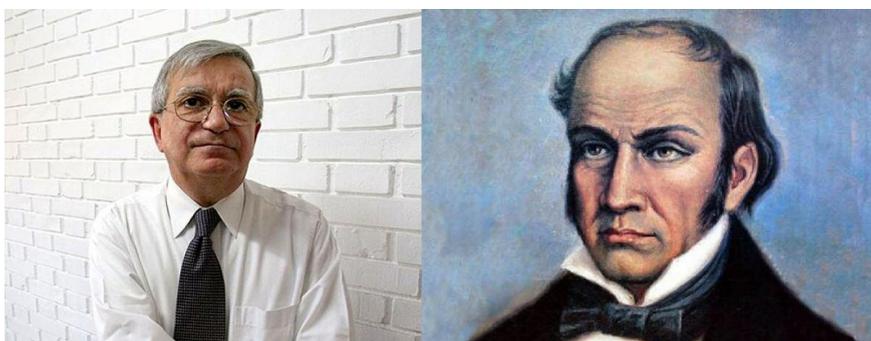
No alcanza con considerar que alguien es cabeza de termo sin tomar en cuenta las condiciones y las necesidades sociales de época y la extraordinaria trama de conspiraciones que urden los grupos de poder para reforzar sus mentiras, darles visos de realidad y hasta hacernos creer que eso que nos moja es lluvia y no las meadas de privilegiados siniestros.

Necesitamos una fase reparadora de desacondicionamiento mental, que nos proteja de la exacerbación desfasada de conductas emocionales o cognitivas negativas que propician la resignación y el fatalismo. Pero, al mismo tiempo, que aliente la voluntad de participación comunitaria y social y proponga contradiscursos esclarecedores que favorezcan nuestra capacidad de discernimiento y estimulen el sentido crítico de los individuos.

Solo así descenderá la cantidad de quienes sostienen que la Tierra es plana, que las vacunas envenenan o que Nisman fue asesinado por un grupo comando camporista-venezolano-iraní con apoyo extraterrestre. Y, con un poco de fortuna, también se reducirá el número de personas que votan a infradotados perversos.



Aguafuertes del Nuevo Mundo **Don Simón y la utopía**

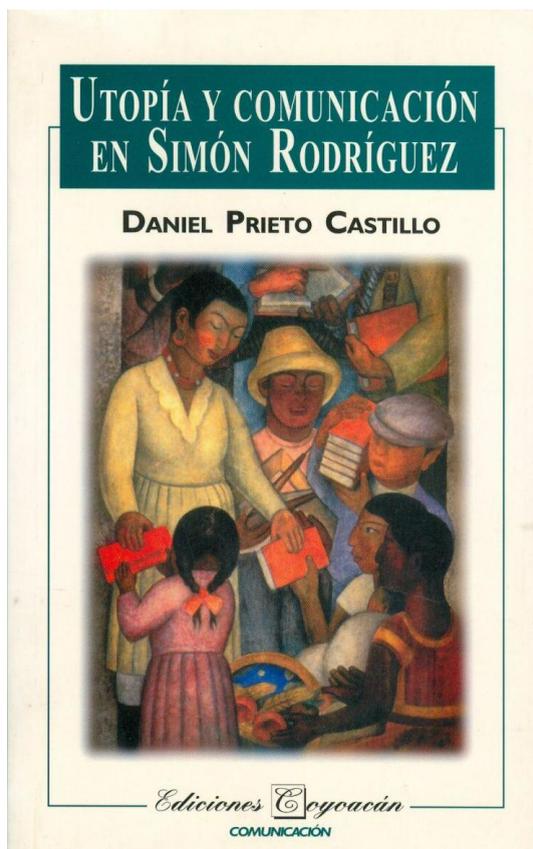


Daniel Prieto Castillo es mendocino. En la Universidad Nacional de esa provincia se graduó en filosofía y después, para aprovechar el exilio, se doctoró en comunicación social en la Universidad Nacional Autónoma de México. Hace ya muchos años (casi podría decirse que toda una vida) que ejerce el periodismo. Pero todo se empequeñece ante otra cualidad suya: Daniel es un maestro extraordinario.

A los que tuvimos la fortuna de escucharlo y aprender de él, siempre nos sorprende su increíble capacidad de ejemplificación. Para todo lo que necesite aclaración, cada vez que un concepto requiere volverse visible y claro, Daniel saca de su memoria una anécdota, una referencia, una ilustración que ilumina.

Prieto Castillo ha publicado casi 50 libros y siempre se preocupó por establecer puentes entre la comunicación y la educación. Desde

México hacia este sur del mundo no hay muchas personas que iguallen su esfuerzo constante para realizar esa conexión ni tampoco hay demasiadas que hayan trabajado tanto en la ecuación de la comunicación para el desarrollo.



Cuando lo conocí hace décadas Daniel tenía una enorme contentura porque finalmente había logrado publicar un libro singular titulado "Utopía y comunicación en Simón Rodríguez".

La mayoría de los que saben quién es este hombre del título, don Simón, es porque están al tanto que fue el maestro que educó a otro Simón histórico: Bolívar.

Pero si todo se redujese a ese vínculo entre los Simones, la mención no le haría honor a lo que significó Rodríguez. La comunicación y el lenguaje —dice Daniel en su libro— atraviesan la obra del maestro del Libertador. Y hay una expresión que todo lo sintetiza: “¡Patria y lengua!”.

Pero no se trata de la patria del nacionalista barato, aclara enseguida Prieto Castillo, sino la gran patria latinoamericana, que debía forjarse con los propios pobladores de estas tierras, con un lenguaje pleno de sentidos y con una socialización de las relaciones que llevara al logro de los viejos ideales comunitarios soñados por los pensadores del siglo XVIII.

En ese lugar anhelado no habría espacio para las opiniones de tipo xenófobo. Don Simón, que, por cierto, tuvo que padecerlas una y otra vez, denunciaba el “lugarismo” y decía que no había nada más patriota que un tonto.

Y se preguntaba: ¿Cómo fundar una patria?

Para el maestro de Bolívar había que hacerlo con razones y no con opiniones. Y lo decía porque, en última instancia, muchas opiniones apenas son pareceres. El que no tiene a quién consultar y no emplea nuevos medios de observar, se queda por algún tiempo en su parecer y una vez que se le hace familiar, que se acostumbra a él, el tipo lo confirma llamándolo opinión. Después, el fulano se junta con otros que tienen sus mismos pareceres porque tampoco tuvieron a quién consultar y ahí se les ocurre que sus opiniones, en realidad, constituyen una “opinión pública”.

El viejo sabio decía entonces que la opinión no es otra cosa que un parecer envejecido y que la opinión envejecida nunca podrá llamarse razón.

El rejunte de pareceres no es más que una suma, pero nunca un todo. Cada vez que uno escucha “todos lo dicen” se enfrenta a una carencia radical de unidad. Por esos caminos es poco lo que puede hacerse para fundar una república, sostenía don Simón.

La sociedad nueva debe basarse en razones, porque de lo contrario sería una invitación al caos. Rodríguez proponía que pensáramos en

los riesgos que se enfrentaban: la opinión es un concepto basado en certidumbres. Y, en ocasiones, las certidumbres de unos pueden llevar al aniquilamiento de las personas que tienen certidumbres distintas.

El maestro de Bolívar hacía partir sus propuestas de una pregunta elemental: ¿para qué se reúnen las personas? El educador proponía una respuesta, simple y contundente: “Para hacer menos penosa la vida”. Y para que la vida fuera menos penosa expresaba que hacía falta una revolución económica, la que no estaba pensada para quitarles la tierra a sus propietarios, pero sí para otorgarles terrenos a los desposeídos. También planteaba la necesidad de aplicarle valor agregado a la producción de materias primas y, en todo momento, volvía sobre la necesidad de la educación y la planificación. Hay que legislar sobre las necesidades del presente, decía: pan, justicia y enseñanza y hay que prever las del futuro. Todo era un movimiento sin fin, porque los americanos latinos debíamos estar *continuamente* haciendo la sociedad. Y sin esperanzas de acabarla, porque con cada sujeto que nace hay que reemprender el trabajo.

Don Simón Rodríguez creía que existía un punto en que podía decirse de alguien que “ha acabado su educación” y que la afirmación resultaba aceptable. Pero no quería decir que ya no tuviera más que aprender, sino que había recibido los medios para seguir aprendiendo.

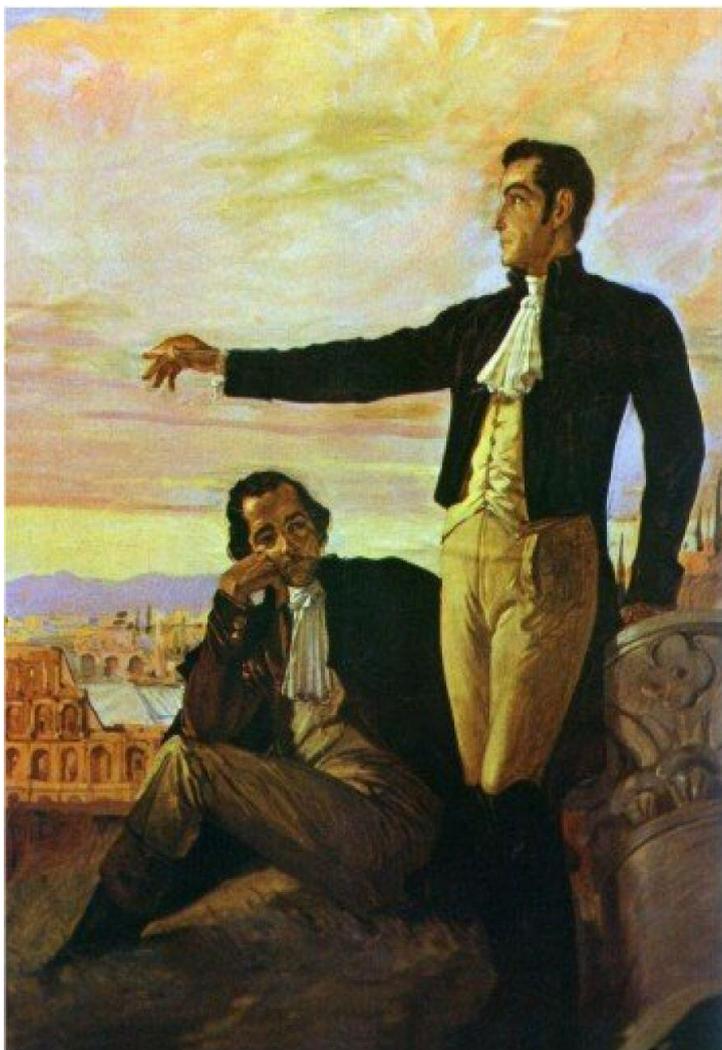
Su convicción era innegociable: el camino hacia una sociedad diferente se abre a través de la educación.

En la introducción al libro, que indaga y entrecruza los conceptos de comunicación y utopía, Daniel Prieto Castillo reniega de que rastremos orígenes, fuentes, entrañas demasiado cerca en el tiempo y en el espacio. Esa búsqueda de explicaciones, cree Daniel, debe remontarse (o ahondar) un poco más porque las ansias de profundidad, de cimientos, no se resuelven en superficie.

Quizás sea que nos hemos acostumbrado al vicio de la visión solo ávida del presente y entonces resignamos una historia repleta de experiencias; de teorías y de prácticas.

Para que el Nuevo Mundo por llegar sea el Nuevo Mundo que

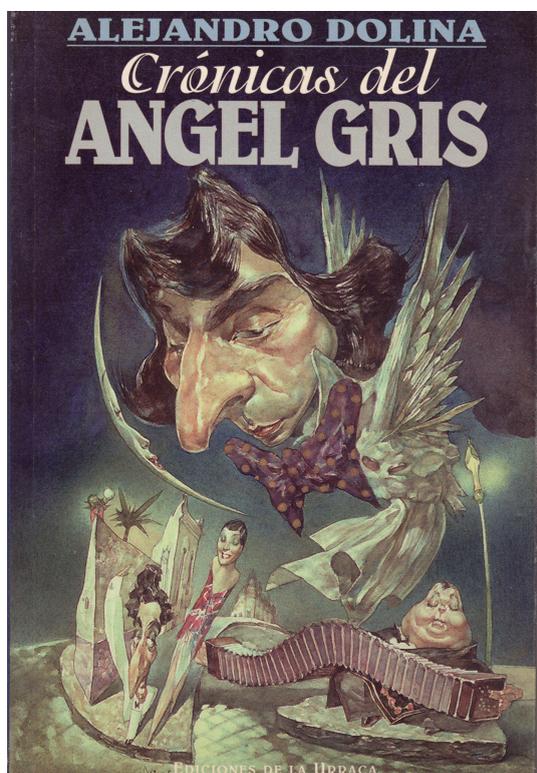
queremos y no el que sobreviene por voluntades ajenas, habría que revisar las enseñanzas de gente como Simón Rodríguez. Y mucho más cuando llegan de la palabra sabia y sensible de personas como Daniel.



Los dos Simones: Rodríguez y Bolívar



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Fantasia para abastecer
la sensibilidad**



En el Universo de Dolina dos sectores en pugna son el de “los Hombres Sensibles” y el de “los Amigos del Olvido”.

Dolina nos contó que los Hombres Sensibles hacen alarde de

recordarlo todo y eso es porque sus espíritus atorrantes odian la muerte y sospechan que lo que se olvida, perece.

En frente, los Amigos del Olvido militan por la abolición del recuerdo, porque duele. “Todo recuerdo es triste” declaran estos caballeros que, según reveló el propio Dolina, se organizan en subcomisiones encargadas de olvidar determinadas porciones del universo.

Pero si uno lee bien las Crónicas del Ángel Gris se va a enterar que en algunos de los amigos del olvido también anida un sentimiento romántico, repleto de sensibilidad. Porque una rama radicalizada de la organización cree que los recuerdos no sólo son tristes sino también falsos. “Jamás recuerda uno las cosas tal cual fueron”, proclaman. Por lo tanto, -creemos- no están contra el recuerdo, sino contra el mal recordar.



El porvenir siempre es motivo de discordias. Los Hombres sensibles odian el futuro, porque allí está la muerte. Y, por supuesto, los Amigos del Olvido lo aman. Los “olvidadores” sostienen que siempre es mejor *lo que ha ocurrido después*; se pasan las horas contando hazañas que todavía no han cumplido y viven jactándose de los amores que tendrán alguna vez.

Los que ya vimos pasar algunos almanaques leímos por primera vez las crónicas de Dolina en la Revista Humor, cuyos números conservamos como un tesoro (quizás para preservarnos de la desmemoria).

Después, esos textos fueron agrupados en forma de libro. El mismo autor ha renegado alguna vez de aquellos escritos, proponiendo otros más actuales, casi como si quisiera afiliarse al Club de los Amigos del Olvido.

Como quiera que sea, entre nosotros las manifestaciones con arraigo profundo en la cultura popular no siempre atrajeron la atención de la academia. Y en ocasiones sucede que esas expresiones que aquí ignoramos suelen ser objeto de estudio en otros países.

Un par de casos documentados, así lo verifican.

El trabajo en el que la profesora española Ana Davis González traza relaciones entre las crónicas de Dolina y la novela *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal es uno de ellos. La académica de la Universidad de Sevilla sostiene que la producción de ambos busca “alcanzar una mitificación de la ciudad de Buenos Aires”, construyendo “un espacio donde personajes legendarios y elementos fantásticos se conjugan con situaciones características de la idiosincrasia porteña”. Aunque no elaboren obras de tesis o políticas, señala Davis González, creadores como Marechal y Dolina intervienen de manera indirecta pero eficiente en procesos de mitificación que impulsan proyectos de unión nacional. Con ese propósito, la literatura de los dos escritores revisa la tradición y la asienta en una Buenos Aires de alcance mítico, lo que Davis González atribuye al interés ideológico compartido de los dos escritores, el del peronismo.

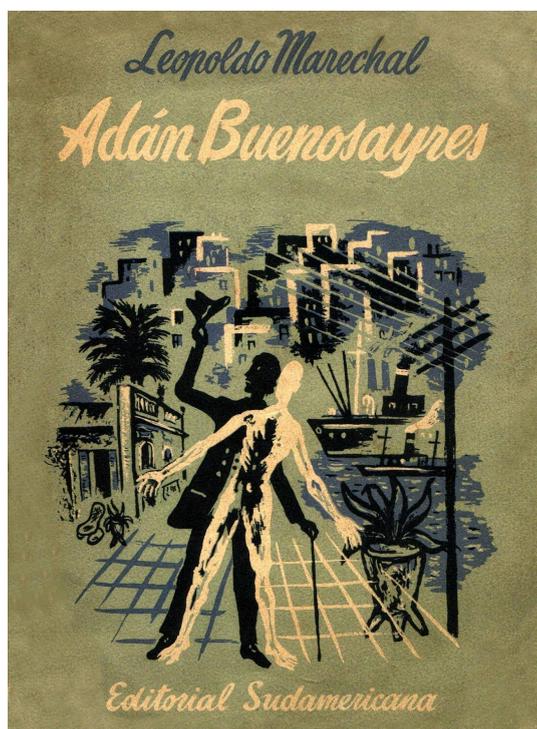
La voluntad de construir una cultura regional está asentada en ese punto en común, desde el cual –dice la autora– se articulan nociones como las del espacio, la identidad y lo popular. Para Marechal, el escenario de su novela es el de los barrios de Saavedra y Villa Crespo, mientras que las crónicas de Dolina discurren en Flores. En esos suburbios aparecen manifestaciones como el tango o el carnaval, íntimamente relacionadas con lo popular.

Sin embargo, la simpatía política que une a los padres de Adán Buenosayres y el Ángel Gris no constituye (no puede hacerlo) el centro del análisis que realiza un catedrático estadounidense. David Bedford le adjudica a Dolina el haber enriquecido la literatura fantástica argentina aportando elementos en los que se advierte una clara influencia de la

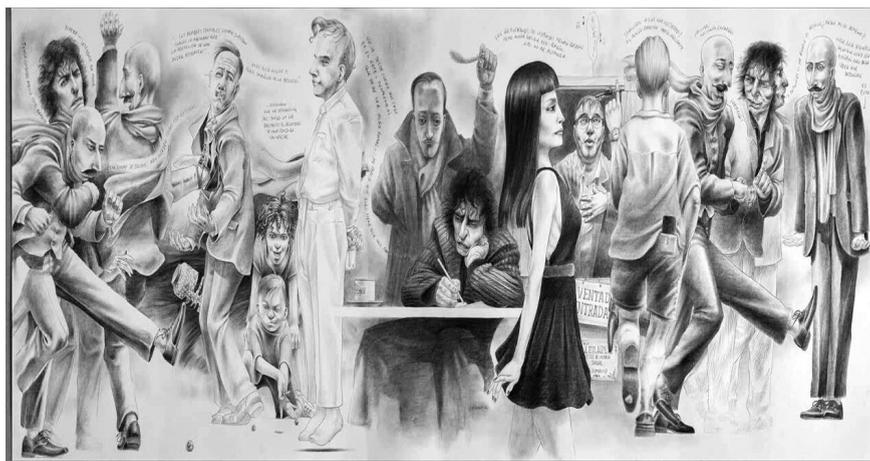
obra de Jorge Luis Borges. Para el catedrático norteamericano ese ascendente se hace manifiesto en la visión estética del mundo y en la preocupación acerca de la subjetividad de las cosmovisiones. Además, puntualiza, las Crónicas comparten con Borges y Adolfo Bioy Casares dos valores literarios que estos autores cultivaban cuidadosamente: el aprecio por el buen argumento y por una concisa escritura clásica.

La narrativa doliniana escoge como teatro de los acontecimientos un barrio mitológico nacido de la nostalgia del autor. Bedford consigna que las crónicas pueblan la zona de personajes, agrupaciones y sociedades que responden a criterios no habituales entre racionalistas y empíricos y subraya que no se trata meramente de lo fabuloso, sobrenatural o irreal, sino del trasfondo que penetra las piezas.

Lo que nos interesa destacar es que en todos los casos se revela una presencia muy significativa de la sensibilidad. Esa es la capacidad que requiere una propuesta de mitificación puesta al servicio de propósitos ulteriores, como el de concebir un vínculo inquebrantable entre espacio y cultura (la geocultura). La sensibilidad es la que volvía notables a ciertas personas de Flores, más allá de su voluntad de futuro o sus deseos de amnesia. Y la sensibilidad es la que se hace presente en los lectores cuando Marechal pinta la bohemia porteña de los años '20 y confronta al protagonista de su novela con sus propias necesidades espiri-



tuales. Todo eso sirve para edificar un libro que discurre acerca de la identidad en las fronteras mismas del exceso.



La sensibilidad puede incrementar nuestro disfrute ante expresiones estéticas, pero también nos resignifica y nos permite comprender y regular la relación con los otros y con el entorno. Las personas sensibles registran el estado anímico de los demás; interpretan adecuadamente sus necesidades y sus expectativas y utilizan esa capacidad en beneficio de la comunidad. Desarrollar esa facultad es invaluable y resulta imprescindible en la edificación de un mundo nuevo en el que la ética dirija las conductas sociales e individuales.

Cuando reparamos en la actitud acaparadora de vacunas que han desplegado algunas naciones en medio de la actual crisis sanitaria global es inevitable pensar en la envergadura de la cuenta a repechar. Otra vez las asimetrías sacuden los espíritus y terminan de desacreditar aquella mentira inicial de que el Covid-19 era un virus democrático porque afectaba a todos por igual.

Al verificar la reacción escandalizada con la que personas poderosas de la Argentina proclamaron su queja ante la iniciativa oficial de aplicar un aporte solidario y extraordinario para ayudar a morigerar los efectos de la pandemia es imposible obviar la comparación con la realidad de otros países en los que la renta mayor tributa sistemáticamente.

Las proclamas incendiarias de los sectores privilegiados contra los argentinos desheredados de la tierra y los migrantes a los que sus patrias de origen les clausuraron el destino, estrujan los ánimos de quienes sostienen ideales de igualdad y fraternidad.

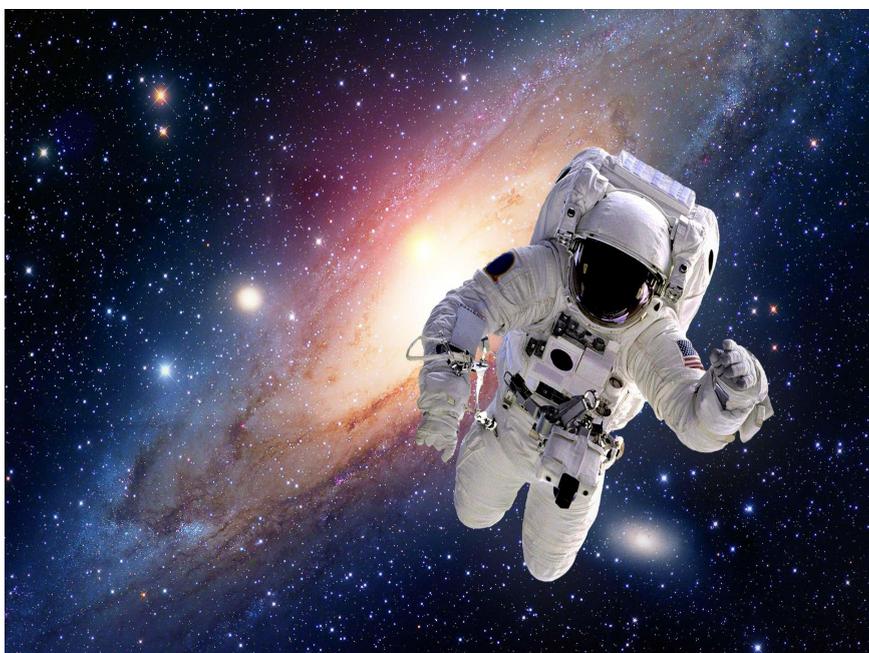
Las opiniones desaforadas que en las últimas horas algunas personas volcaron en las redes sociales acerca del contagio de coronavirus del presidente Alberto Fernández nos traen a la memoria otras expresiones del pasado. Nos recuerdan el “Viva el cáncer” con el que algunos sujetos infrahumanos pintaban las paredes en 1952. ¿Acaso esas manifestaciones de nuestros días no son promovidas por palabras como las que vomitó Macri cuando pidió “que se mueran los que tengan que morir”?

Lamentablemente, contra la insensibilidad todavía no hay vacuna. Solo nuestra voluntad de nobleza y la obra de los referentes genuinos del arte y la cultura puede contribuir a disolver las callosidades del alma.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

La conquista de las estrellas



Con la venía de los lectores y lectoras quisiera iniciar esta Aguafuerte desde una anécdota personal que se remonta a mi propio nacimiento. Mis padres me acarreaban en brazos a la salida del Hospital Rivadavia, de Buenos Aires. Ellos volvían a casa y yo iba a conocer mi primer hogar. El taxista que nos llevaba a los tres dijo entonces algo que mis padres recordaron siempre y me contaron varias veces: “este pibe es de los que van a ir a la luna”.

Más allá de lo que algunos puedan creer sobre uno acerca de eso de ir o “estar en la luna”, lo cierto es que mi generación no llegó a tanto. Pero al conductor no le faltaban argumentos visionarios: al año siguiente de mi llegada al mundo, los rusos pusieron en órbita a la perra Laika y poco más de una década después Neil Armstrong pisó por primera vez nuestro satélite y pronunció aquella frase que se volvería célebre: “Es un pequeño paso para el hombre un gran salto para la humanidad”.

A uno siempre le costó creer que fuera fruto de la inspiración del momento y piensa que debe haber sido una construcción retórica amasada desde tiempo antes. Pero es una frase bonita, que ofrece una paradoja atractiva entre lo individual y lo colectivo.

Otras personas son mucho más descreídas y piensan que todo fue un gigantesco montaje; que el viaje fue una puesta en escena y hasta le atribuyen la obra al director de cine Stanley Kubrick.



Pero, como quiera que haya sido, esa noche de hace medio siglo, 650 millones de espectadores experimentaron el asombro frente a las pantallas de los televisores, ante las que ni siquiera se permitían pestañear para no perder detalles.

Las imágenes llegaban en forma borrosa a partir de una tecnología todavía incipiente. Tanto que aquella transmisión del satélite Intelsat

III obligó a los ingenieros de nuestra Estación Terrena de Balcarce a realizar ajustes para poder recibir una señal que no tenía en cuenta a esta región del mundo.

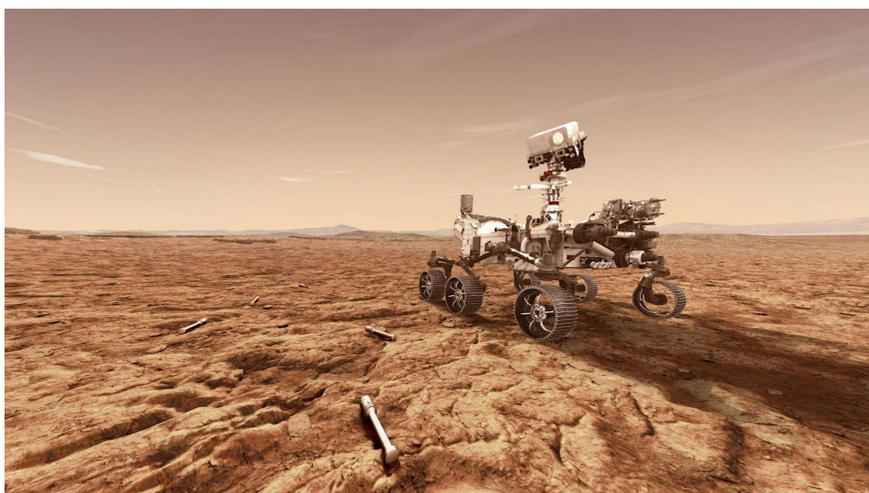
A mí, como a tantísimos purretes de todo el planeta, nos tocó crecer en ese ambiente épico de posibles viajes por el espacio, que no solo trasuntaban el deseo romántico de alcanzar las estrellas, sino que también se había convertido en el escenario de la Guerra Fría entre las dos potencias de la época: los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Cada vez que intentamos imaginar el porvenir y prefigurar el mundo que viene, nos asaltan experiencias como estas y no se pueden obviar referencias tan significativas como que la Unión Soviética ya no existe, las transmisiones satelitales ya no le mueven el amperímetro de la sorpresa a nadie y las naves cósmicas tripuladas llevan años estacionadas en algún hangar de la Tierra.

Siempre es más fácil, cómodo y despreocupado pensarlo desde la posición de observadores ajenos a esas peripecias. Pero, de alguna manera nuestro espíritu aventurero se resiente al advertir que la epopeya de alcanzar el sitio al que nadie ha llegado antes, ahora está protagonizada por máquinas, robots y vehículos mecánicos, como los que comienzan a llenar de desechos los paisajes arenosos de Marte.

Desde hace unos años, el parate de la exploración espacial intenta ser revertido por el multimillonario sudafricano nacionalizado canadiense y estadounidense Elon Musk. Este emprendedor que actualmente está considerado la persona más rica del mundo tiene muy diversificadas sus inversiones e intereses. Es cofundador PayPal, Hyperloop, The Boring Company y Neuralink; director general de SpaceX y de Tesla Motors; presidente de SolarCity y copresidente de OpenAI.

Para este acaudalado hombre multitareas, que suele manifestarse contra la degradación ambiental que sufre la Tierra y promueve la utilización de energía renovable, la exploración espacial resulta un paso importante en la conservación y expansión de nuestra conciencia. En su opinión la vida en múltiples planetas constituye un modo eficaz de defensa contra las amenazas a la supervivencia de la especie humana.



Un asteroide o un supervolcán –ha dicho– podría destruirnos, y nos enfrentamos a riesgos que los dinosaurios jamás vieron: un virus manufacturado, la creación involuntaria de un mini agujero negro, cambios climáticos catastróficos o alguna tecnología que aún no conocemos podría ser el fin de lo que sí conocemos. La humanidad ha evolucionado por millones de años, pero en las últimas seis décadas nuestro armamento nuclear ha traído consigo la posibilidad de extinguirnos a nosotros mismos. Tarde o temprano, debemos expandir nuestras vidas más allá de esta bola verde y azul o nos extinguiremos.

No obstante, la insistencia de Musk en conquistar el cosmos viene acumulando accidentes. Entre otras experiencias fallidas, los prototipos SN8 y SN9 de sus cohetes Starship han acabado explotando. Y allí es cuando uno se alegra de que las naves no transportaran personas.

Las actividades del magnate no están exentas de cuestionamientos. Por un lado, algunos ex empleados del proyecto de neurociencia Neuralink denunciaron jornadas laborales casi esclavistas y una precaria remuneración y, por otro, colegas de Musk como Rodney Brooks, especialista del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), señalan que no comprende los avances logrados en el campo de la Inteligencia Artificial y lo acusan de “vender humo”.



Otra crítica contundente partió del ex precandidato a la presidencia estadounidense Bernie Sanders. El dirigente demócrata expresó públicamente su queja porque Musk y el empresario Jeff Bezos, fundador de la empresa de venta online Amazon, acumulan el 40% de la riqueza del país norteamericano. “Ese nivel de codicia y desigualdad no solo es inmoral. Es insostenible”, señaló Sanders.

La respuesta de Musk llegó a través de Twitter, donde se defendió explicando que estaba “acumulando recursos para ayudar a que la vida sea multiplanetaria y extender la luz de la conciencia a las estrellas”.

Ese es el debate que no debe soslayarse. ¿Se pueden conciliar las intenciones enunciadas con las acciones que se despliegan y los modos en que se llevan a cabo?

De nuevo aparece la ecuación contradictoria entre lo individual y lo colectivo cuando nos interrogamos acerca de si resulta adecuado depositar las expectativas de futuro en personas antes que en sociedades o Estados.

Incidentalmente, vale la pena acotar que un grupo de legislado-

res norteamericanos han pedido que se aumenten los impuestos a los multimillonarios, dados los gastos en los que incurre el Tesoro estadounidense para tratar de sacar a la economía del golpe que le causó la pandemia de Covid-19.

Si pudiera hablarle a aquel taxista de mi venida al mundo le diría que su pronóstico se anticipó algunos años a la realidad, pero le agradecería su visión esperanzada de la humanidad. Esas miradas siguen siendo necesarias en la edificación del mundo que viene.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

Viejos palacios que el tiempo no deja remodelar



En aquella época lejana de la infancia, los kioscos eran un lugar de enorme atractivo. Uno se acercaba a esos puestos de venta de diarios

y revistas y respiraba la fragancia de la aventura o disfrutaba el humor ingenuo o atrevido que venía empaquetado en viñetas. Y, si no era eso, revivía las emociones deportivas del fin de semana a través de Goles o El Gráfico.

Ni siquiera sabíamos o sospechábamos entonces que, en realidad, ese conjunto de chapas habilitado en alguna vereda de nuestro barrio tenía un origen noble. Un rastreo etimológico de la palabra kiosco realizado muchos años después nos hizo saber que la búsqueda se remontaba hacia la expresión turca “köşk” o “kiosk”, que significa mirador y remitía a una construcción pequeña, situada en algún punto estratégico desde el cual se podía contemplar un paisaje o un acontecimiento. Pero, detrás de esa definición todavía hay más historia, porque los turcos habían tomado la palabra del vocablo persa “kūšk”, que significaba ‘palacio’.



Seguro que muchas historias contadas por “El Tony”, “D’Artagnan” o “Nippur” homenajearan sin saberlo el carácter nobiliario

del principio. Igual de ignorantes que las revistas mencionadas, en aquel pasado añoso durante el que fuimos purretes, peregrinábamos hasta esos palacios devenidos atalayas y mucho después comercios de historias gráficas con el deseo ferviente de experimentar sensaciones y emociones sin riesgo alguno, a través de las peripecias que vivían los personajes que nos presentaba el noveno arte.

Pero, además, complementábamos lo nuevo con lo añejo mediante un sistema de trueque entre quienes compartían nuestros gustos y estaban dispuestos a intercambiar las revistas ya leídas. Esos cambios “mano a mano” tenían una variante en las ferias, donde el puestero “cobraba” su comisión mediante el dos por uno.

Sabemos que la evocación suele manipular los recuerdos, embelleciendo las cosas y endulzando situaciones. De ahí que a algunos les dé por pensar que “todo tiempo pasado fue mejor”. Es un equívoco, que trasunta la insatisfacción con el presente o la desesperanza por el futuro.



No es que estemos en contra de la gimnasia de la memoria, pero si deberíamos prepararnos para combatir las distorsiones que provocan

la nostalgia o, peor aún, la melancolía con su tendencia peligrosa a la tristeza y a la depresión. Porque de aquel tiempo distante podemos añorar la vitalidad de nuestros años más mozos, pero no necesariamente el acceso a unos materiales limitados, sobre todo cuando los comparamos con los que se encuentran disponibles hoy.

De todos modos, conviene regular nuestra exposición a los textos (de cualquier naturaleza que sean) para que la descarga torrencial de ellos no termine ahogándonos.

En materia de información, ese gran kiosco virtual que es Internet propone actualización continua y de una enorme variedad de fuentes. Otro tanto ocurre en relación con aquellas historias que nos transportaban a escenarios diversos en el tiempo y el espacio y nos dejaban trémulos de emociones hasta la aparición del próximo número.



 XATAKA BASICS

Lo que se ha modificado de modo sustancial es la periodicidad de la ingesta noticiosa o recreativa. Una simple visita a la red nos ofrece cantidades descomunales de informaciones o de historias para dejarnos ahí-tos de cualesquiera de ellas.

Lo mismo sucede con la narrativa audiovisual, que acostumbró a

las audiencias a prácticas maratónicas de absorción de relatos. Una serie puede verse ahora de un tirón en un fin de semana o en una tarde, dependiendo del número de episodios. La secuencialidad se ha modificado de manera sustancial y la dosificación del consumo queda a libre albedrío de la audiencia.

Subsiste una duda: ¿más es mejor? Umberto Eco contaba que, hace años, para ir a dar una conferencia a Jerusalén, consultaba algún libro de su biblioteca y obtenía datos suficientes sobre el lugar para establecer las referencias que necesitaba su exposición. Con el arribo de las computadoras, la misma consulta arrojaba una cantidad enorme de información que resultaba imposible de procesar y la disertación entraba en zona de riesgo.

Frente a aquel viejo despacho de diarios y revistas, uno elegía su lectura de los próximos días y luego procuraba que le dure el mayor tiempo posible hasta que llegara la próxima.

Sin la frugalidad de antaño, hoy nos sumergimos en la red y afrontamos una narrativa tan caudalosa que nos pone en una situación equivalente a la del filósofo y ensayista italiano.

Más temprano o más tarde deberá aparecer algún sistema confiable de “gatekeepers” que orienten nuestras búsquedas y nos eviten quedar expuestos a los algoritmos que “leen” nuestros gustos e inquietudes para atosigarnos con propuestas mercantiles. Hasta que eso ocurra solo disponemos de la información que circula en el “boca a boca” moderno de las redes sociales.

Mientras tanto, en las veredas de nuestros días los antiguos palacios que el tiempo transformó en kioscos vuelven a metamorfosearse y en sus estantes los preciosos recipientes de historias de ayer dejan su lugar a múltiples abalorios y chucherías plásticas de diverso tipo.



en el sico re ormateado: los ioscos de las Ramblas de Barcelona



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Imágenes del derrumbe
civilizatorio**



Cuando estas *Aguafuertes* nuestras eran las del *Confinamiento* y no las del *Nuevo Mundo*, ya se ocuparon de la ola de tecno-pesimismo que envuelve a la sociedad de contemporánea (Véase *El colapso*, p.). Esa combinación de desesperanza y de culpa por el destino de la humanidad que flota en el aire viene siendo retratada copiosamente por los medios de comunicación.

Sin ninguna voluntad de agotar el inventario mencionaremos unos pocos ejemplos con algunos puntos en común.



En 2012 la cadena norteamericana NBC estrena la serie *"Revolution"*. La historia comienza cuando, imprevistamente para la enorme mayoría de las personas, se interrumpe el suministro eléctrico. Quince años después esa energía sigue faltando y el mundo desarrollado (que es el que se nos muestra) ha retrocedido hacia formas autoritarias de control social.



En 2016 la imaginación distópica hace escala en un podcast. *"El gran apagón"*, ficción sonora producida en una de las factorías del grupo español Prisa, cuenta que una poderosa tormenta solar sumerge en las sombras a nuestro planeta. La situación se prolonga durante tres meses, en los cuales la Tierra se queda sin energía eléctrica, agua corriente, teléfonos, televisión ni Internet.



Por último, en este repaso parcial, en 2019 el colectivo francés Les Parasites crea la serie *“El colapso”* (*“L’effondrement”*, en el original) para describir en ocho episodios el derrumbe de la civilización que hoy conocemos. No hay una causa excluyente sino la acumulación de catalizadores, como la desaparición de los bosques, la degradación ambiental o el agotamiento de los recursos naturales.

El más reciente de estos relatos apocalípticos parece tributario de la teoría de Olduvai, desarrollada por el científico estadounidense Richard C. Duncan. Ese conjunto de ideas postula que a partir de 1930 se inició un período de alrededor de un siglo en cuyo transcurso nuestra sociedad industrial agotaría sus posibilidades de desarrollo. De allí en adelante, solo cabría retroceder hacia etapas anteriores para culminar en una cultura sustentada en la caza, equivalente a la existente hace tres millones de años.

“El colapso” no avanza tanto como para mostrarnos de nuevo en la edad de piedra, pero expone en episodios autónomos de alrededor de veinte minutos de duración los comportamientos que producirían la falta de combustible, alimentos y medicación. Son apenas los momentos iniciales del hundimiento civilizatorio en que las personas intentan adaptarse al nuevo contexto, basándose mayoritariamente en la subsistencia de los más fuertes. Es cierto que no faltan ejemplos de abnegación y sentido solidario, pero no son los que gobiernan la trama.

El desconcierto hará que algunos añoren el cosmos preexistente, que podía tener desequilibrios e injusticias, pero que no era el caos en que se está convirtiendo la vida ahora. Indudablemente, hay gentes con mayor capacidad de subsistencia que otra; existen personas con una facilidad de adaptación a nuevos escenarios que a otras les escasea.

Y lo grave es que, según el pronóstico de Duncan, la mayoría de la población habrá de morir en el siglo XXI.

Esa involución en las condiciones de vida trae el vértigo que provocan los abismos y aleja las seguridades que en las cosmogonías antiguas (como la griega, con Pitágoras o la maya-kiché, con el Popol Vuh) habían ahuyentado las tinieblas y traído orden en la confusión. Esa pérdida conmueve nuestras estructuras y hace tambalear nuestras certidumbres.

No podemos perder de vista las reacciones que vendrán. Ya tuvimos una muestra gratis con la frase desgraciada de un periodista de radio que, hace unos días y en plena segunda ola de la pandemia provocada por el coronavirus, se atrevió a solicitar la puesta en práctica de un sistema autoritario que desplace a la democracia. Y no lo hizo en un pasquín dirigido a grupos minúsculos, sino en una de las emisoras líderes de audiencia en el país. ¿Habrá que estar preparados para escuchar más barbaridades como estas? ¿Existirá algún tipo de sanción social ante semejante apología del delito?

La serie francesa se presentó con un interrogante perturbador: “¿qué harías si supieras que el mundo se acaba mañana?” y una leyenda depredadora de cualquier ilusión: “El fin ha comenzado”.

La circunstancia de estar viviendo bajo la amenaza de una crisis sanitaria global como la que disparó el COVID-19 podría sugerir la idea de que la conciencia planetaria está realizando las relecturas correspondientes e imprescindibles y que cualquier cataclismo nos encontrará con una sensibilidad social más frondosa. Sin embargo, bien podría ocurrir que su sombra protectora fuera insuficiente ante tanta mala onda calcinante.

En cualquier caso, son tan potentes las marcas del colapso que

resultó natural y necesario acuñar el concepto de colapsología, para definir la actividad transdisciplinar que estudia las catástrofes históricas, las actuales y las que vendrán.

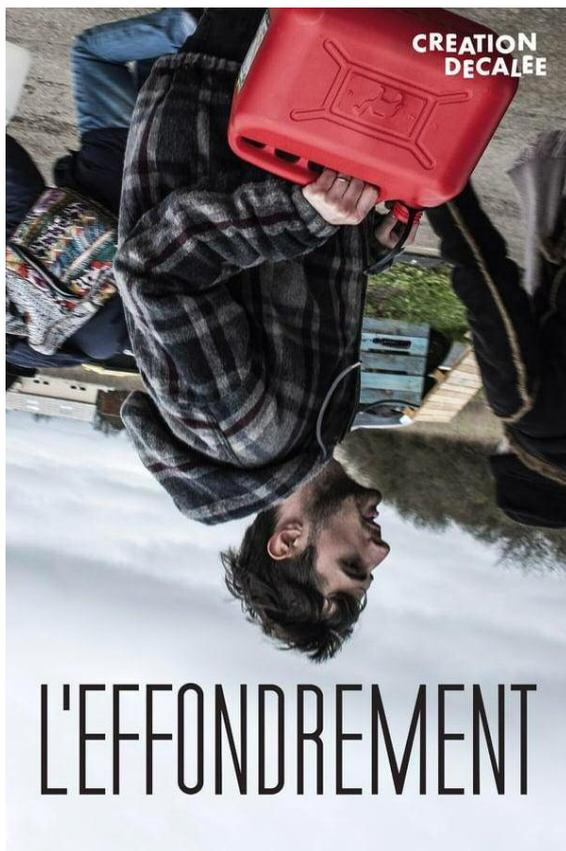


El francés Pablo Servigne es uno de sus referentes más destacados. Este teórico del colapso cree que la respuesta está en la resiliencia, es decir en la capacidad de un ser vivo a adaptarse a las condiciones adversas. “Lo que hay que comprender es que los sistemas locales generan resiliencia a los desastres globales. Entonces, hay que reforzar lo local”. Para ejemplificar, señala que, durante la cuarentena, los supermercados franceses tuvieron que comenzar a comprarles a los productores locales, lo que -a su juicio- constituyó una experiencia muy interesante. Sin embargo, también se mantiene atento a los riesgos en esta desglobalización.

“Los sistemas globales -explica- producen resiliencia a los desastres locales. Por ejemplo, si una región tiene sequía, puede contar con sus vecinos. Es importante entender eso y no ver lo local como única solución”. Para Servigne, la búsqueda de autosuficiencia resulta inconducente si cada quien marcha por su lado.

Cuando el mundo parece haberse puesto de cabeza, conviene observar si lo que vemos marca una diferencia rotunda con lo que había antes o si solo profundiza sus rasgos. El egoísmo exacerbado por la

defensa de privilegios sectoriales, el “sálvese quien pueda” que consagra un salvajismo bestial y la indiferencia ante el destino del prójimo, son señales que exceden el marco de la lucha de clases. El retrato descarnado que plantea “*El colapso*” saca a la luz lo peor de cada persona. Ojalá que verla actúe como vacuna que nos inmunice ante la deshumanización que sucede a la tragedia. Si fuera así habrá sido valioso invertir algo más de tres horas en la visión del fresco de una época que quisiéramos no ver llegar jamás.





Aguafuertes del Nuevo Mundo **De monstruos y razones adormecidas**



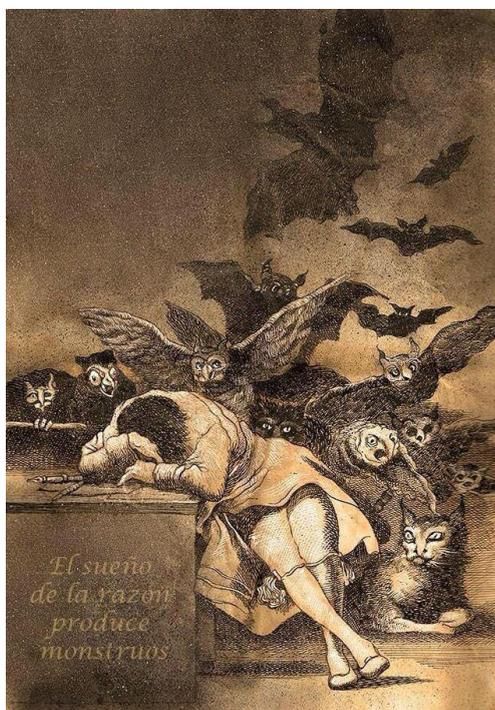
Cuando escribe su “Elogio de la locura”, un humanista defensor de la racionalidad como Erasmo de Rotterdam elige ropajes bufonescos para satirizar la sociedad de su época. Hablando de sí misma (y justificándose), la Locura dice: “Sin mí, el mundo no puede existir ni por un momento, pues, ¿no está lleno de locura todo lo que se hace entre los mortales?, ¿no lo hacen locos y para locos? Ninguna sociedad, ninguna convivencia pueden ser agradables o duraderas sin locura, de modo que el pueblo no podría soportar a su príncipe, el amo a su sirviente, la doncella a su señora, el preceptor a su alumno, el amigo a su amigo, la mujer a su marido por un solo momento, si de vez en cuando no se descarriaran, se adularan, toleraran sensatamente las cosas o se untaran con un poco de Locura”.

Casi tres siglos más tarde, un aragonés célebre abordaría con tonos más sombríos las tinieblas de la razón. En su aguafuerte más conocido, el maestro Goya mostraba a un hombre adormecido sobre una mesa. Como ese mueble en el que reposa está ocupado por papeles y plumas de escritura, la imagen sugiere que el individuo es un intelectual o un creador y –como tal– encarna la racionalidad. Pero el sujeto en cuestión se nos presenta de forma equívoca: no sabemos si solo tiene sueño o si yace, vencido por las angustias y ansiedades que le provoca su actividad pensante. Lo cierto es que ese duermevela está acompañado de figuras animales más o menos monstruosas que el imaginario colectivo acostumbra asociar con lo nocturnal y lo tétrico.

¿Es el sueño inquieto del hombre el que convoca esas amenazas o acaso son ellas las que lo precipitan en ese sopor que le suspende o altera la conciencia?

Más allá de los casos en que primaba un extremo sufrimiento psíquico, hasta el final del siglo XIX la locura solía relacionarse con la rebeldía de quienes rechazaban las normas sociales establecidas.

Una nueva acrobacia de saltimbanquis en el tiempo nos traslada ahora a nuestros días para enterarnos de



que el novelista estadounidense Rick Yancey considera que la nueva normalidad social es la locura y que su colega española Laia Soler apunta que locura es la palabra que define ese momento en que la fantasía y la realidad se mezclan.



Y es aquí donde el terreno se hace más pantanoso o resbaladizo y ya no resulta tan sencillo distinguir los límites entre enajenación y cordura, porque ¿quién está más loco: el Joker o Batman?; ¿se encuentran en pleno uso de sus facultades mentales sujetos como Trump o Bolsonaro?; ¿guarda alguna lógica encomendarse al pensamiento mágico y no a las verdades científicas para protegerse de las enfermedades?; ¿tiene sentido que profetas de sectas tan perversas como el monetarismo, el neoliberalismo económico o la escuela de Chicago, conserven predicamento en sociedades que sus políticas vapulearon tan impiadosamente?; ¿qué tipo de raciocinio experimentan los desharrapados que vociferan frenéticamente en defensa de los intereses de quiénes los vampirizan?; ¿en qué razones se guarecen todas las personas aparentemente civilizadas que, al compás de sus cacerolas, se desgañitan reclamando la muerte de otros? Y esos entes con ligera apariencia antropomórfica que reivindicán genocidas ¿cómo argumentan la sinrazón?

¿De qué naturaleza son los monstruos que invoca hoy nuestra conciencia adormilada? ¿Tendremos el criterio suficiente para estable-

cer cuánto es ese “poco de locura” que Erasmo reclamaba para tolerar la realidad?



Quizás sobreponiéndose a los temores de sus propios sueños, en los albores del siglo que transitamos el artista británico de raíces nigerianas Yinka Shonibare reversionó obras clásicas de artistas como Fragonard, Hogarth, Gainsborough o Goya imprimiéndoles un sello personal que se refiere al legado del colonialismo y las tensiones políticas, culturales y económicas determinadas por las interrelaciones entre las potencias europeas y los territorios africanos que controlaban. Pertenencia e identidad son palabras claves en la interpretación de su obra. Sería deseable que su ejemplo se multiplique.

Sin embargo, no son tantas como quisiéramos las personas que consiguen la claridad mental que despeja el horizonte y espanta los espectros. Pareciera que la exaltación espiritual atravesó todas las barreras prudentes cuando cierta dirigente argentina acusó de querer envenenar a la población a un gobierno que procuraba vacunas para enfrentar el flagelo pandémico.

¿Acaso no es una manifestación de insania enviar jovencitos a México en viaje de egresados cuando el país del norte estaba colapsado por el virus?

¿Quién está más enajenado: el atrevido que diseñando utopías persigue consuelo y variantes imaginativas para superar realidades insatisfactorias o el resignado que sucumbió ante ellas y ya no ofrece resistencias ante las acciones que lo someten al vasallaje?

La mayéutica podría hacerse un festín con la enunciación infinita de interrogantes por el estilo. Pero hay uno que nos lleva de regreso al comienzo: ¿qué obnubila la razón? Es decir, ¿qué cosas nos sumergen en un sueño que mortifica nuestra comprensión, agrede nuestro juicio, anestesia nuestros sentidos?

No son nuestras incursiones voluntarias en el territorio de la fantasía, que bastante castigada ha estado a lo largo de la historia. En tanto no renunciemos al control de nuestro pensamiento esas travesías por la dimensión de lo lúdico jamás deberían ser sancionadas porque son el producto de una imaginación a la que, a la vez, abastecen.

En cambio, ciertas prácticas discursivas demenciales (el demente es el que permanece alejado de la mente) y modos de representación enfermizos que con tanta frecuencia encontramos en el ecosistema de medios solo están consagrados a agitar fantasmas monstruosos. Ese ejército de aberraciones que nos abrumba, consume nuestras energías y aplasta rebeldías es eternamente funcional al Viejo Orden que se resiste a morir para dar paso a un Mundo Nuevo en el que la razón no se nuble y nuestras ensoñaciones autocontroladas produzcan estímulos de belleza y bienestar.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

Audiencias intoxicadas y tóxicas



El 3 de diciembre de 2010 varios centenares de personas con dificultades para acceder a una vivienda propia ocuparon el Parque Indoamericano de la ciudad de Buenos Aires. Y cuatro días después ocurrió algo muy serio: un operativo conjunto de la Policía Federal y la Policía Metropolitana reprimió con extrema violencia la toma, causó las muertes de Rossemery Chura Puña y Bernardo Salgueiro y les provocó graves heridas con balas de plomo a otras cinco personas.



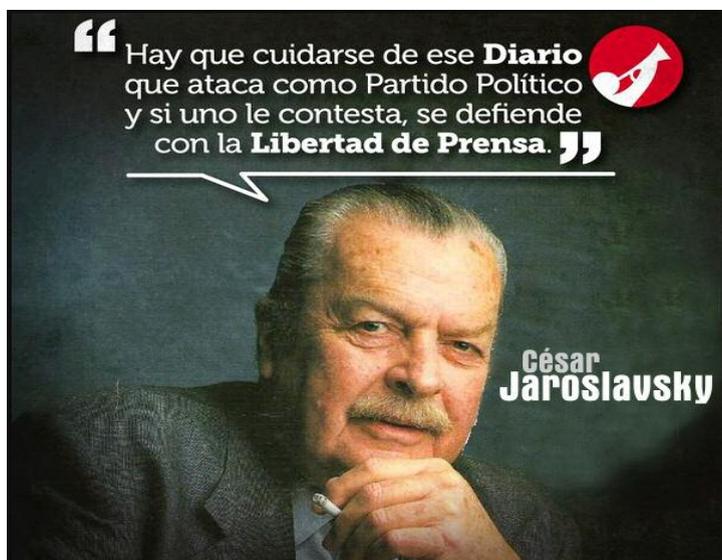
En la noche de ese 7 de diciembre, viendo las imágenes televisivas de esa represión salvaje, mucha gente pensó que aquella bestialidad le iba a significar un altísimo costo político al gobierno municipal de Mauricio Macri. Algún tiempo después, sin embargo, la realidad se encargó de demostrarles que ese diagnóstico estaba completamente equivocado.



Por supuesto, fue un error proyectar socialmente convicciones personales cargadas de subjetividad. Y también fue una equivocación desconocer que hay un engranaje muy bien aceitado y con dos piezas

que encastran perfectamente una con la otra. De un lado, un sector amplio de la sociedad que cultiva ideas de sesgo profundamente autoritario. Y del otro, un sistema de medios que alimenta esas ideas y que paralelamente ofrece blindaje y protección a la dirigencia política capaz de ponerlas en práctica.

La prédica constante y aviesa de esos comunicadores que reclaman mano dura, exigen reformateos autoritarios, despotrican contra el impuesto a la riqueza desmesurada, fustigan las políticas sociales inclusivas y sostienen que debería impedirse la entrada al país de cualquier latinoamericano, entre otras lindezas por el estilo, encuentra campo arado para esa siembra interesada, mezquina y —en muchos casos— mercenaria.



Es cierto aquello que aseguró hace años el entrerriano César Jaroslavsky. El referente alfonsinista sostuvo que había que cuidarse de los medios que atacan como partidos políticos y cuando alguien les contesta, se defienden con la libertad de prensa. La expresión mantuvo su vigencia en todo este tiempo durante el cual el partido radical entregó su dignidad y los grupos de medios concentrados agigantaron su carácter hegemónico.

Pero resulta que no solo se trata de constatar la presencia de una acción comunicativa horadante y perversa, sino de reflexionar intensamente acerca del caldo de cultivo que la alimenta y que bajo su influjo se espesa.

Esa parte de nuestro tejido social celebró a un ingeniero trucho que, transido del dolor por la muerte de un hijo, reclamó y obtuvo endurecimiento de penas que no trajeron solución alguna al delito y la violencia. Nostalgiosa de las tinieblas, sigue reivindicando genocidas y ruega porque sus espectros borren de la faz de la tierra toda propuesta igualitaria y (¡horror de horrores!) populista.

Ese segmento de la población se gratifica con los delirios místicos de cierta dirigente norteña y aplaude las salvajadas violentas de una colega suya cuya hilacha ideológica no puede seguir disfrazando su práctica de saltimbanqui de la política. Como ya dijimos la semana pasada, en uno de sus típicos exabruptos la primera acusó al gobierno de intento de envenenamiento masivo y la segunda propuso amputarle al país una parte de su territorio a cambio del mismo veneno que la otra denunciaba.

Convivir con hombres y mujeres que piensan diferente a nosotros no tiene por qué ser un inconveniente. Muy por el contrario, esa coexistencia enriquecería las ideas y sazonaría la vida. El problema surge cuando los matices dejan paso a una voluntad de exterminio impiadosa.



Igual que en el caso del huevo y la gallina, nunca nos pondremos de acuerdo acerca de qué resulta más tóxico e intoxicante: si la discursi-

vidad mediática o la audiencia que no solo la tolera, sino que también la auspicia.

¿Cómo avanzar hacia una atmósfera menos viciada de dogmas, pruritos, pensamiento maniqueo y violencia simbólica y física?

Creemos que deberá hacerse con medios menos propensos a tamizar con la lógica conservadora del *status quo* todo lo que emiten. Pero también con públicos dispuestos a escuchar campanas de tañidos diversos.

Mientras el presidente de los Estados Unidos generaba sorpresa al reclamar a los ricos y a las grandes corporaciones de su país que paguen “su parte justa” de impuestos, algunos argentinos expresaban sonoramente su fastidio cuando no su resistencia a abonar el Aporte Solidario y Extraordinario para ayudar a morigerar los efectos de la pandemia.

La lista incluye al futbolista Carlos Tévez; a la principal accionista del diario La Nación, Matilde Noble Mitre y a los empresarios Héctor Magnetto, José Aranda y Lucio Pagliaro, todos ellos vinculados al Grupo Clarín.

Para Biden “ya es hora” de que las grandes corporaciones y los ciudadanos más ricos de la nación norteamericana “paguen su parte justa” de impuestos para financiar sus propuestas de planes de empleo y familia y de una inversión histórica en infancia y educación. El actual inquilino de la Casa Blanca reveló que el 55% de las grandes empresas pagó “cero” impuestos federales el año pasado y que en conjunto lograron 40.000 millones de dólares en beneficios. Muchas otras personas y conglomerados, agregó, evadieron impuestos o se acogieron a beneficios y deducciones por emplear a sus trabajadores en otros países. “Eso no está bien”, remató.

Pero lo que está mal en la potencia a la que suelen cantarle sus alabanzas, no les impidió a empresarios criollos como Alejandro Saguier o Constancio Vigil presentar amparos para evitar pasar por caja. Tampoco María Candelaria Caputo quiere efectivizar su aporte. La hija de empresario Nicolás Caputo, quien bajo el régimen macrista blanqueó



Aguafuertes del Nuevo Mundo

Tiempos de abrazos postergados



A finales del siglo pasado llegué a Barcelona, donde iba a pasar casi tres años de mi vida realizando un curso de posgrado.

La Universidad Autónoma tenía (y conserva aún hoy) instalaciones modernas y amplias en su campus bucólico, instalado a las afueras de la llamada “ciudad condal”. Esa denominación viene, si no del fondo de la historia, al menos de un milenio atrás. Porque en el siglo IX todo el norte de Catalunya, esa antigua comarca del imperio carolingio, era tierra de condes y condados. Y de ahí lo del apelativo citado.

En las dos plantas de la Facultad de Ciencias de la Comunicación compartíamos tiempo y espacio una pequeña “colonia” de latinoamericanos que, según nos explicaban los anfitriones, éramos objeto de una

“discriminación positiva” ya que formábamos parte del grupo mayoritario de quienes habían accedido al cupo anual establecido por esa universidad pública.

Sonaba raro lo de “discriminación positiva”. Despedía un cierto tufo a conciencia culposa y necesidad de compensar a los habitantes de un territorio gigantesco que, aunque perteneciera a otro continente, en el pasado había formado parte de la corona española.

Los catalanes, claro, seguían integrando esa nación europea, aunque muchos de ellos lo hacían bajo protesta, recordando cada vez que podían la Guerra de Sucesión española, desatada tras la muerte de Carlos II. La dolorosa capitulación de Barcelona, en 1714, se mantenía viva en el espíritu de muchas personas y no dejaba de ser llamativo que aquella grieta de casi tres siglos conservara semejante vigencia. O por lo menos así nos lo parecía a quienes cruzábamos el Atlántico desde países con historia más breve como tales. Del capítulo previo a esas conformaciones nacionales, el paso de los españoles fue determinante para una voluntad de desdibujamiento histórico, contra la que siguen luchando los descendientes de nuestros pueblos originarios.



Pintura de Antoni Estruch i Bros acerca del sitio de Barcelona

Pero allí estábamos entonces, un grupo de docentes y profesionales de la Comunicación Social ganosos de expandir nuestras respectivas formaciones de grado. Cursábamos a diario y cuando no estábamos en las aulas, visitábamos las bibliotecas prodigiosas de la Universidad o nos asomábamos a las salas de informática para realizar consultas en la red, revisar correos electrónicos y demás menudencias que hoy atendemos desde los teléfonos celulares. Entonces, los móviles eran más voluminosos y tenían menos prestaciones que los de hoy.

Los dueños de casa nos miraban con asombro porque -cada día- en nuestros cruces nos estrechábamos las manos o intercambiábamos abrazos. “ Hombre, pero si os hab is visto ayer ”, exclamaban con sorpresa inaudita. Nosotros, los de allende los mares, manteníamos esa costumbre amical y fraterna que desconcertaba a los locales.

Llevo más de un año volviendo una y otra vez sobre esas imágenes que recrea la memoria. Es el tiempo de abstinencia que la pandemia nos impuso.

La psicóloga Ana Esther Krieger considera que la ausencia de esta expresión primitiva y arcaica del amor nos complicará el futuro. Sobre todo, porque las conductas sociales que desde comienzos del año pasado nos hemos visto obligados a incorporar a nuestros hábitos amenazan con prolongarse por mucho tiempo y quizás pasen a integrarse al concepto de “nueva normalidad”.

Autores como Jack Canfield sostienen que la práctica del abrazo “favorece el sistema inmunitario, nos mantiene sanos, cura la depresión, induce al sueño, vigoriza, rejuvenece, no tiene efectos colaterales indeseables... En una palabra, es una droga milagrosa”.

Ese contacto que disuelve las fronteras corporales también tiene implicancias de enorme significación sobre nuestra psiquis, porque nos aporta seguridad y confianza, satisface necesidades afectivas y permite enfrentar la timidez.

Durante el abrazo, además, nuestro cerebro libera dopamina y serotonina, dos sustancias que reducen el estrés y proporcionan tranquilidad.



Acerca de lo afectivo, en alguna página de Internet uno puede leer que necesitamos diariamente catorce abrazos para sentirnos plenamente queridos. Si ese cálculo fuera rigurosamente cierto, imaginen las dificultades en las que estaríamos hoy.

Lo que sí parece fuera de toda duda es que tenemos necesidad de contacto humano y cuando no lo encontramos experimentamos lo que algunos estudiosos como el antropólogo Paul Byers han llamado “hambre de piel”.

No deja de ser una paradoja que el origen del abrazo se produjese como manifestación de desconfianza entre personas que se palpaban entre sí para verificar que nadie portara armas, en la China antigua de Qin Shi Huang, su primer emperador doscientos años antes de nuestra era. La evolución del gesto solo puede definirse como afortunada.

Por estos días se reactualizaron investigaciones como las del psicoanalista austro-estadounidense René Spitz, quien analizó los efectos que tiene en los bebés la separación temprana de la madre. Su conclusión es que la falta de protección y afectividad que conlleva el abrazo puede provocar el síndrome de depresión anaclítica y conducir a la muerte de los pequeños.



El tacto es el primer sentido que comunica. Lo experimentamos desde el momento en que nacemos y tomamos contacto con el pecho materno. Nuestra piel posee millones de terminales nerviosas que nos permiten interactuar con el entorno, aprenderlo y aprehenderlo.

También ha quedado verificado que las personas que no tienen mucho contacto físico tienen una frecuencia cardíaca y una presión arterial mucho más alta que las personas que reciben abrazos de manera reiterada.

Pero todo eso que antes de la pandemia podía constituir anomalías poco frecuentes se resignifica a partir de la emergencia sanitaria global. Nuestras actuales limitaciones en los contactos y la ausencia de comunicación corporal generan consecuencias como esta que señala la antropóloga Rita Segato:

“Algo interesantísimo que está ocurriendo con la cuarentena es que comenzamos a sentir la necesidad de la materialidad del cuerpo del otro, que no lo percibíamos como comunicación necesariamente. Algunas y algunos de nosotros somos verbales, pero hay muchísima gente para quienes la comunicación no verbal es esencial; y quizás para nosotras también la comunicación no verbal sea esencial, solo que la hemos velado, obstruido. Hemos eliminado la importancia del cuerpo”.

El gesto fraterno o afectuoso se ha transformado en una amenaza que incluso puede matarnos mediante el contagio. Las implicancias psíquicas de esa mutación pueden ser pavorosas.

Por otro lado, también merece considerarse la situación de quienes agonizan en soledad, sin el consuelo de aquellos que sobrellevan una vigilia distante y solo pueden confortarlos desde detrás de un vidrio.



De nuevo la mirada sensible de Rita Segato nos advierte: “En las pestes anteriores se veía morir a las personas. La muerte se veía y hoy está oculta. Lo máximo que vemos son cantidades de ataúdes o cómo una gran topadora está abriendo el surco para poner todos los ataúdes que van a llegar, por ejemplo, en Guayaquil o en Manaos, pero no estamos viendo a los cuerpos atravesar este tránsito, que es el pasaje de la vida a la muerte. Los cuerpos están aislados, ocultos a los ojos de los demás. Esa es una novedad de esta peste”.

Las cicatrices de este tiempo serán las marcas con las que llegaremos al Nuevo Mundo. Desde ya, deberemos comprometer todas nuestras energías en la recuperación de la unión de pieles. Habrá que volver a la práctica gratificante y amorosa de lo táctil y hacerlo a diario, como en aquel tiempo remoto de Catalunya que la memoria se empeña en evocar.



Aguafuertes del Nuevo Mundo **Sobre bueyes y desarraigos**



A la memoria de Mario Herreros Arconada

Un querido profesor español recurría al refranero popular de su país para graficar algunas convicciones y repetía aquello de que “el buey no es de donde nace, sino de donde paca”. Emigrante él, al fin de cuentas, casi de chiquilín había abandonado una Castilla adherida al concepto de la “España profunda” (y subdesarrollada) para encontrar mejores condiciones de vida en una Catalunya pujante.



La “España profunda” en imágenes del andaluz Rafael Sanz Lobato (1932-2015)

La idea que preside el enunciado es que el lugar en el que somos alumbrados e incluso nuestro linaje tienen menos que ver con nuestro desarrollo que las compañías que frecuentamos y los contextos que habitamos.

Eso lo sabe el pueblo israelí, que soportó una dispersión conocida como diáspora y lo conocen millones de compatriotas latinoamericanos, a quienes la violencia ejercida por los regímenes dictatoriales y el quebranto económico y empobrecimiento auspiciado por gobiernos neoliberales han obligado a buscar horizontes más apacibles y venturosos.



Estremecen las imágenes de tantos guatemaltecos y demás pueblos de centro América en su intento de cruzar México para arribar a la presunta meca estadounidense que, por un lado, se ha cansado de repelear sus intentos de asentamiento y, por otro, utiliza a los que consiguen llegar para realizar tareas que los nativos del norte desprecian.

Solo cambia la geografía, pero no la angustia existencial de los norafricanos que en precarias pateras procuran cruzar el mar Mediterráneo y alcanzar la misma bienaventuranza que el profesor cuyo recuerdo abrió este texto.



Los desarraigos siempre son exigentes y muchas veces dolorosos, porque es imposible que cada quien lleve consigo todos sus afectos allí donde pretende rehacer su vida. Además, suponen requerimientos de incorporar idiomas (o idiolectos, si se desplazaran a lugares con una lengua común), pautas sociales y hasta hábitos alimenticios.

Hace muchos años Alfonso Barrera Valverde, diplomático ecuatoriano que se desempeñó en nuestro país en los primeros años de la dictadura cívico-militar-ecclesial iniciada en 1976, nos contó que había realizado gestiones ante los jefes de ese régimen tras la desaparición del escritor Haroldo Conti. Sus reiterados avisos acerca de que esa acción sería difundida en los medios culturales de todo el mundo no hizo mella

en la piel gruesa de los trogloditas que gobernaban la Argentina a sangre y fuego. Sin embargo, el apoyo fraterno llegado de afuera permitió que Marta Scavac, la compañera del autor de *“Mascaró, el cazador americano”*, pudiera emigrar a Suecia. Barrera Valverde recordaba que, al reencontrarla algunos años más tarde, vio a una mujer desasistida, solitaria, luchando en un medio que desconocía y con grandes dificultades de comunicación pues no conseguía hablar el sueco. Pese a la voluntad de amparo de una sociedad desarrollada, Marta era una presencia más en los grupos marginales de esa comunidad. “Casi no soy testigo de perseguidos que hubiesen abandonado su país y se encuentre bien”, cerraba el representante ecuatoriano.



Haroldo Monti junto a Marta Scavac y el uruguayo Mario Benedetti

Una situación muy similar fue estupendamente representada en la película de Jorge Coscia y Guillermo Saura *“Mirta, de Liniers a Estambul”* (1987), que relata las desventuras de una pareja de jóvenes argentinos empujados fuera del país y sus dificultades para adaptarse a realidades diferentes.

Quizás por todo ello, para muchos compatriotas exiliados fue tan cautivante la iniciativa de repatriación puesta en marcha a través del Programa Raíces, lanzado en 2003 e institucionalizado legalmente en 2008. Gracias a esa política, alrededor de mil científicos hicieron sus valijas en el extranjero y pegaron la vuelta a casa.

A comienzos de este siglo, los aeropuertos argentinos en los que solía ser mayoritario el clima festivo de los que tenían la fortuna de viajar se transformó radicalmente y la escena pasó a ser dominada por situaciones lacrimógenas de familias y amigos que se desgarraban cuando alguno o varios de sus integrantes se veían forzados a buscar fortuna en otras geografías.

En estos días un fuerte contraste se evidencia en las reiteradas historias de vida que publican La Nación y Clarín enfatizando el derrotero exitoso de gente común que “ahora es feliz”.



Cinco cosas que aprendí en mi primer año viviendo en otro país

22 de abril de 2019



De Caballito a Hollywood: la historia de Carla Quevedo

19 de julio de 2018



Es millonaria, se fue a una isla remota y la convirtió en un centro turístico

28 de junio de 2018



Una argentina vende empanadas en EE.UU. y ya factura US\$ 2,5 millones

11 de julio de 2017

Algunos artículos publicados en el diario *La Nación*

Seguramente entre ellos se encuentran algunas historias de abnegación y superación, pero el conjunto ofrece testimonios que son un canto entusiasta a la fuga individualista, al abandono del país. Ante el aspecto idílico con que se pinta lo foráneo los lectores no pueden menos que querer mandarse a mudar. ¿Esa es la apuesta de las empresas periodísticas: el vaciamiento del país?

Es imposible obviar la intención editorializante de estos textos. Algunos trasuntan una ideología asentada a lo largo de los años por el diario centenario de la familia Mitre. Otros registran la voluntad feroz del diario de Noble-Magneto por esmerilar una administración a la que abo-

rrece. Lo que no puede perderse de vista es que en medio de la confrontación entre los grupos del poder formal y del poder fáctico estamos los sufridos habitantes de este país, con la autoestima torpedeada por el fuego inclemente de una artillería cuyo mayor interés parece ser el de “bajarnos el precio”.

Eso, claro, si asumimos cierta mirada ingenua que no registra que las grandes corporaciones nos consideran trebejos de muy escasa relevancia en su juego de ajedrez.

La Nación bate el parche de los emprendedores con los casos de una compatriota que hace empanadas en Nueva York y factura dos millones y medio de dólares y de un empresario que, desde la misma ciudad, desarrolló ocho marcas de comida. Por fuera del rubro gastronómico el venerable periódico también informa acerca de una argentina que se fue del país por amor y ahora calza a las estrellas suecas del rock y de un emigrado en Birmania que parece haber tenido una epifanía y asegura que “irse solo hace que te abras de una manera nueva, casi intuitiva, a los demás”.

Clarín  Sociedad

Éxodo en pandemia

¿Cómo les fue a los que se fueron? “Si tenés la posibilidad irte de la Argentina, no dejes de aprovecharla”

Tres historias de familias que marcharon a España, Italia y Estados Unidos en 2020. Dicen que la nostalgia es un cuento y cuentan cómo rearmaron sus vidas.



Testimonios publicados en la edición del 04/04/2021 del diario *Clarín*

En *Clarín*, un matrimonio con un niño dispara con alevosía: “si tenés la posibilidad de irte de la Argentina, no dejes de aprovecharla” y el matutino la destaca en el titular. La nota está ilustrada con una foto en la que Luz, Vito y el pequeño Pablo lucen una sonrisa digna de auspicio dentífrico mientras exhiben sus “flamantes” documentos extranjeros. Un segundo documento gráfico muestra a la orgullosa pareja con un manojito de llaves en sus manos. El epígrafe señala que son de su departamento (que también es “flamante”; se advierte que el redactor tiene vocabulario pobre o carece de un diccionario de sinónimos). “Llegamos en noviembre y escrituramos en febrero”, informa la pareja que, por si no quedara claro, agrega que “ya no queríamos saber nada con la Argentina”.

También se explaya Javier, un joven abogado chaqueño que ahora vive en Milán. “Mirá que Italia no es mucho más —reconoce—, pero tenés una visión del futuro un poco más previsible”. Para gran regocijo de la empresa periodística que recoge sus palabras, enseguida Javier se engancha con el caballito de batalla del vacunagate. “¡Qué decir! -dice-. Más que sentir vergüenza, uno ya está curtido, es otra demostración de la clase política que tenemos. ¿Para qué toman el poder? Llena de impotencia y frustración ver todo eso, ver cómo aguantamos la que venga... por eso alejarse de esto es un alivio y vivir sin esa conflictividad constante es indescriptible”. Añade que no tiene un gran sueldo pero que se va a comprar un auto y, sin hacer alarde de una dentadura tan radiante como la pareja de antes, coincide con ellos en que “no creo que regrese”.

Si queremos que el Nuevo Mundo nos encuentre con la cabeza mejor amoblada sería deseable no convertirnos en idiotas útiles que les hacemos de comparsa a los dueños del poder.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

¿Como seguiremos contando?



© My Colorful Past / mediadrumworld.com

El primer cine indujo a pensar *¿Cómo será la voz que emite ese cuerpo que vemos?* Era el final del siglo 19. Veinticinco años después las proyecciones continuaban mudas, pero un nuevo medio había llegado para invertir aquel interrogante y plantear *¿Cómo será el cuerpo que emite esa voz cautivante?*



La radiofonía permitió que las corporeidades ausentes encarnaran y se prolongaran en esa extensión que son sus voces, acompañadas por otras sonoridades lingüísticas y paralingüísticas y también por silencios que robustecían la textualización.

Sin el anclaje definitorio y riguroso de la imagen, los mensajes podían resignar precisión pero ganaban ambigüedad, una característica que la filosofía del siglo XIX había comenzado a resignificar y revalorizar. Espoleada por cierta oscuridad y algo de misterio, la imaginación de los oyentes conquistó unas alturas que nadie puede asegurar que también hayan alcanzado todos los autores.

Tres décadas más tarde, la televisión cubrió los vacíos y los hogares se llenaron de históricas románticas, lacrimógenas, violentas, intrigantes o estrafalarias; realistas y fantásticas que, ahora con imagen y sonido, dejaban poco espacio a la incertidumbre.

Lo cierto es que estas mediaciones narrativas les rebajaron el precio a los relatos 'cara a cara', que la humanidad había desarrollado

primorosamente durante miles de años. Esa devaluación de lo vincular tuvo implicancias que alguna vez estas aguafuertes ya abordaron, como la reconfiguración de la espacialidad de nuestros contactos que, obviamente, la pandemia agudizó.

La relación estrecha con el arrullo materno que nos acunaba de pequeños, la intimidad de adolescentes que comparten hallazgos en su ruta hacia la adultez, el relato emocionado/exagerado de un viaje reciente que hacemos ante un grupo de amigos, los recuerdos musitados en voz queda por una pareja que transita el otoño de la vida, todo eso se reformatea a la luz de un tiempo impiadoso, que impone distanciamiento social, pero que ya antes disuadía mediante insistentes estímulos catódicos.

Además, una pregunta inquietante de hoy es ¿cómo seguimos contando ahora que la humanidad vio desaparecer el concepto de *terra incognita* y también asistió al desvanecimiento de los anonimatos? Porque ya no queda sobre la tierra espacio alguno cuyo suelo no haya sido hollado por alguien. No hay regiones vírgenes como las que antaño seducían y espoleaban el espíritu aventurero de las personas y, por eso, los viajes de descubrimiento y conquista ahora se proyectan más allá de nuestro mundo.

Algo similar ocurre con la gente: todos somos reconocibles; siempre hay un radar que nos controla; nuestros rostros quedaron estampados en miles de registros gráficos o de video; los algoritmos documentan lo que hacemos, exploran nuestros gustos, mapean nuestra conciencia... e incluso nuestro inconsciente. Todos somos sujetos públicos. Hasta nuestra composición genética ha sido cartografiada. Por lo que prácticamente lo único que no sabemos es *cuánto* queda aún por revelar. Y esa pérdida de sorpresa es una grave amenaza que pende sobre el arte del relato.

El apetito por las historias puede haber encontrado viento de cola con la reducción de las salidas y la limitación de los contactos que nos planteó hace ya más de un año el despreciable virus con corona que desde entonces regula nuestra socialidad.

De hecho, un expresidente acaba de confesar que mientras ocu-

paba ese cargo había convertido en una costumbre suspender cualquier tarea a las 7 u 8 de la noche y sumergirse en Netflix.

Es cierto que las malas lenguas insisten con que el sujeto en cuestión nunca demostró demasiado apego al trabajo, pero vamos a ser indulgentes y aceptar que si alguien con semejante nivel de responsabilidad consagra toda su atención a relatos audiovisuales, ese resulta hecho un indicador elocuente del poder cautivante de la narrativa.



Pero lo cierto es que debemos interrogarnos acerca de cómo seguiremos abasteciendo nuestra capacidad fabuladora sin geografías inexploradas, con paisajes humanos recortados, sin narradores próximos y con fuentes proveedoras de relatos cuyo hálito sabemos remoto, despersonalizado y desapasionado.

Casi como una paradoja o como una idea que choca con la lógica de época, la memoria resuelve evocar ahora el monólogo con el que el replicante Roy Batty clausura la película *"Blade runner"*.

Batty y Deckard, su perseguidor, están solos en la terraza de un rascacielos de una ciudad de Los Ángeles ominosa y distópica. Roy acaba de salvar de la muerte a Deckard y eso justifica que ambos estén dentro del marco de espacio corporal que la proxémica reserva para personas con muchísima confianza.



Sabiéndose vencida, esa criatura artificial conmueve con sus palabras, pronunciadas en el tono bajo, cercano e íntimo que la situación amerita:

“He visto cosas que ustedes nunca hubieran podido imaginar. Naves de combate en llamas más allá de Orión. Relmpagos resplandeciendo en la oscuridad cerca de la entrada de Annhuser. Todos esos momentos se pierden en el tiempo, igual que los gritos en la lluvia. Llegó la hora de morir”.

No solo es una manifestación sentida y sensible de todo cuanto ese androide producto de la ingeniería biológica quisiera compartir, sino también una representación poética perfecta de los lazos que desfallecen. Es tan cruel que los protagonistas de esa escena memorable sean dos artefactos como doloroso que muchas personas renuncien o permanezcan indiferentes a una realidad en la que la belleza se desvanece y la grandiosidad de lo humano se reduce al acto de permanecer inmóvil frente a una pantalla cuya única voluntad es la de ser inexorable.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

La conversación como mercancía



En *“Soledad”*, Alfredo Le Pera retrata la angustia de un hombre que sufre por un amor frustrado. Ahí, frente a nosotros, hay un yo doliente que habla de una soledad eterna y un dolor perpetuo. Una pesadilla consume las horas de ese sujeto infeliz mientras el tiempo va siendo consumido lentamente por el tic-tac que resuena tras la esfera brillante del reloj. Es tan pausado el paso del tiempo, que la agonía parece interminable.

Resulta curioso cómo la letra de ese tango parece ser la confianza que nos hace alguien cercano. La sensación queda reforzada por la enunciación en primera persona y la índole privada de lo que esa voz nos cuenta.

A menudo las letras de las canciones buscan reproducir la atmósfera de una diálogo íntimo. Es un contacto basado en la confianza, en la certeza de que nuestro interlocutor no nos va a defraudar. Las dos partes saben que si alguna vez la ecuación necesitara invertirse, eso podría ocurrir sin inconvenientes. Cuando sea menester, el que en este momento habla aceptaría sin quejas retribuir la atención de quien ahora lo escucha. Los roles son intercambiables si la situación lo requiere.

Lo que nos interesa destacar es que, más allá de la anécdota puntual acerca del quiebre en la relación amorosa que relata *“Soledad”*, existe un vínculo poderoso entre quien precisa ser escuchado y la contraparte que satisface esa necesidad.

La conversación no solo mitiga angustias y trae sosiego, sino que también puede reconfortar espíritus y proporcionar deleite, por lo que constituye una eficaz salvaguarda ante el riesgo de la incomunicación. En consecuencia, preservarla es una cuestión vital.



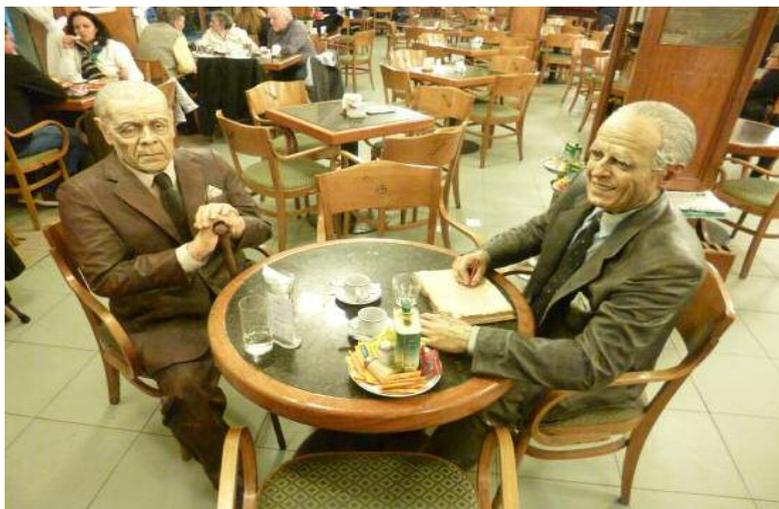
El filósofo coreano radicado en Alemania Byung Chul Han, a quien ya citamos en estas aguafuertes, ha dejado por escrito una profecía inquietante.

En el último capítulo de su libro *“La expulsión de lo distinto”*, Han

afirma que «en el futuro habrá, posiblemente, una profesión que se llamará oyente». Si todo acabara allí no existirían motivos de grandes preocupaciones. Pero la predicción tiene un complemento perturbador.

Byung Chul Han augura que el oyente escuchará a otro a cambio de un pago y que habrá necesidad de acudir a contratar sus servicios porque *ya casi no quedará nadie más que nos escuche*. Su conclusión es que «hoy perdemos cada vez más la capacidad de escuchar». Quizás los psicólogos estén de parabienes. O incluso los filósofos, a los que algunas personas están recurriendo actualmente como si se tratara de psicoanalistas. Pero no podemos despreocuparnos alegremente de esa involución que mercantiliza nuestra condición humana.

Lo conversacional nos nutre, la dialéctica nos corrige y perfecciona. En la práctica coloquial aprendemos, crecemos en experiencia y contribuimos a que nuestros interlocutores accedan a experiencias similares.



Las tertulias en los cafetines conformaron un hábito tan sugerente como enriquecedor, independientemente de si se lo ejercía en una catedral de las tertulias españolas, como el Café Gijón, de Madrid; en “La biela”, el reducto que en Recoleta inmortaliza la figura de dos parroquianos habituales como Borges y Bioy Casares o en las mesas innumerables

de millones de bares repartidos en ciudades grandes y pequeñas de todo el orbe.

Aquellas citas rebosantes de energía coloquial debieron resignarse a la frialdad despersonalizada de las pantallas de computadoras, sucedáneos pobres de escenarios pletóricos de sonidos, sabores y fragancias donde discurrían trivialidades y trascendencias, se entrenaban oratorias y se sometían a pruebas de resistencia los argumentos más disímiles.



Las mesas históricas del Café Dorrego de San Telmo aguardan nuevas cicatrices de quienes acostumbran dejar constancia de su visita; aunque ya tiene quien lo supla, el histórico bar Avenida, de Roca, escenario de incontables conciliábulos políticos, capituló tras meses de inactividad y en todas partes languidecen bodegones amables que escucharon infinidad de declaraciones de amor, proclamas políticas, disquisiciones morales, anécdotas más o menos insustanciales, aventuras temerarias de intrépidos que –en realidad– nunca pusieron en riesgo el pellejo. Sobre esas mesas que nunca preguntan, se desgranaron chismes de barrio, trapisondas laborales, sueños inalcanzables. Se tejieron y destejieron relaciones, amistades, se forjaron convicciones y aprendimos cosas de la vida.

Las buenas conversaciones facilitan la participación alternada de todos los interlocutores, les permiten expresar sus ideas, sus ilusiones y sus afectos. Muchas veces su naturalidad descansa en la falta de planificación que predispone a una deriva dichosa y sin límites.

Pero también hay diálogos más estructurados, como las que ocurren en ámbitos académicos, que determinan temarios por anticipado, organizan los tiempos de los interlocutores y procuran arribar a conclusiones.

Es cierto que todos necesitamos alguna vez un cierto tiempo para la mirada introspectiva, la autoindagación, la reflexión profunda. Pero la ausencia persistente de la práctica conversacional únicamente puede conducir a la degradación discursiva, el acrecentamiento de la depresión y la alienación como males de la época.

La cuestión es más acuciante en momentos en que la subjetividad se encuentra bajo asedio y sometida a transformaciones por obra y gracia de dos vectores de enorme vigor como son la pandemia, que esperamos sea coyuntural, y el neoliberalismo rampante, que tiene carácter estructural.

Si Byung-Chul Han llegase a acertar con su pronóstico y ya no encontráramos a nadie que nos escuche, el mundo se volverá más tétrico y sombrío.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

Cortar la retroalimentación de insustancialidades



Casi desde que uno tiene memoria escucha decir lo mismo en épocas preelectorales: “solo hay disputas, chicanas, acusaciones y no aparece la auténtica discusión de proyectos”.

Si esto es así desde hace mucho tiempo, quizás no tendría que sorprendernos que ahora tampoco haya demasiados proyectos sobre la mesa de debates.

Más o menos larvadas se deslizan otras cuestiones que reemplazan las propuestas serias y que, de paso, sirven para entretener a la gilda. Pero, cuidado, porque la gilada tampoco está exenta de responsabilidades, como argumentaremos en el cierre de esta Aguafuerte.

Con mayor o menor disimulo se sugieren aspectos vergonzosos de la vida privada de las personas. Días pasados, el presidente reaccionó ante las acusaciones en torno a las actividades que se desenvuelven en la Quinta de Olivos.

Alberto Fernández dijo, indignado: “ o no soy un ladrón, nunca lo he sido ni lo ser . Nunca he comulgado con esas prácticas”. El mandata-rio expresó que lo único que va a dejarle a su hijo es el apellido y que quiere entregárselo limpio de cualquier chanchullo.

Quizás Fernández tome nota ahora de que esas que él mismo define como difamaciones utilizan como ariete a un conglomerado de medios que se desempeñan como actores políticos.

La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual sancionada en 2009 no tenía el propósito de interferir en la actividad de esas empresas de lucro, sino el de garantizar a la ciudadanía un acceso a fuentes noticiosas más variadas, a interpretaciones más diversificadas. La idea que inspiraba a la Ley 26522 era la de un enriquecimiento en el repertorio de voces disponibles por parte de la comunidad.

Desde antes de ganar las elecciones de 2019, Fernández dejó muy claro que la discusión para volver al espíritu de esa norma que el macrismo mutiló, estaba clausurada. Que él no participaba de esa idea de recuperar la voluntad de democratizar las comunicaciones y poner un progresivo equilibrio en el muy desigual flujo de las comunicaciones de nuestra sociedad.

Esa seguramente sería una propuesta sustanciosa para el análisis, pero no la única, desde ya.

La pandemia puso todos los reflectores sobre un aspecto de la vida que casi nunca destacan las campañas políticas: el de la salud. ¿Cuántas veces escuchamos proposiciones acerca del estado de nuestro sistema sanitario; el número, la condición y la distribución de los nosocomios y sus recursos humanos; el equipamiento profesional con el que contamos; la capacitación y actualización de médicos y para-médicos; el acceso a la salud de distintos grupos sociales y etarios; la instalación social de conciencia acerca de medicina preventiva y otra cantidad de temas al respecto?

La salud era casi una convidada de piedra en el debate político argentino, hasta que una pandemia la puso en cartelera.

Por estas horas, ganó espacio en los medios el caso de una empresa automotriz que dice no conseguir empleados apenas calificados. A lo largo del último año también la pandemia le dio algún protagonismo a la educación. Incluso ocurrió que dirigentes que sistemáticamente retacearon recursos a los presupuestos en la materia, aparecían desgarrándose las vestiduras porque chicas y chicos no iban a clases. Muchos de esos políticos que parecieron descubrir un tema rentable son los mismos que no toleran la inclusión de educación sexual en las currículas escolares. O son aquellos que se niegan a aceptar evidencias científicas y pretenden descargar responsabilidades diversas en causas sobrenaturales o divinas.



No hay debate suficiente sobre salud o educación. Solo aparecen en agenda cuando esa emergencia responde al puro interés coyuntural de un sector determinado. No se escuchan propuestas razonadas que nos permitan acceder a una mejor calidad de vida a partir de estos vectores.

Pero hay un sinnúmero de bocones descerebrados refiriéndose a la presunta vida licenciosa del jefe de estado o haciéndole imputaciones flojas de papeles a un tipo que –hasta aquí– no ha dado señal alguna de maniobras escabrosas que tal vez sí caben mejor en el talle de su antecesor inmediato.

En pocos días corrieron ríos de tinta y se malgastaron minutos

vitales de comunicación mediática para alucinar con visitas espurias a residencias oficiales. Con todo derecho, cualquier argentino de bien podría reclamar que el debate discurra por otros andariveles.

Sería mucho más oportuno que los candidatos expresaran sus opiniones acerca de cómo incentivar, ajustar o modificar la matriz productiva del país; cómo hacer más eficientes los controles de nuestras rutas navegables, particularmente la hidrovía Paraguay-Paraná por la que sale una enorme cantidad de nuestra materia prima; cómo frenar el saqueo pesquero que naves internacionales realizan en nuestras aguas territoriales; cómo recuperar la voluntad de integración inteligente con países del subcontinente; cómo impulsar un mayor desarrollo de los polos científicos que nos permitieron avances en materia espacial o nuclear; cómo dar cobijo a los argentinos desheredados de la tierra y desprovistos de vivienda; cómo alentar vocaciones innovadoras y provechosas en chicas y chicos que perciben destinos nebulosos; cómo garantizamos futuro a adultos que sobreviven con ingresos magros o que carecen de empleo; cómo aseguramos porvenir a jubilados antiguos, recién llegados y próximos a arribar; cómo damos motivos de esperanza a todas las personas que llevan a flor de piel el desaliento o el desengaño.



Cualquiera de estos asuntos es más honorable de abordar que el aviso zongo de Randazzo; las aberraciones que vomita a repetición Fernando Iglesias, las compadreadas de tufo autoritario de Berni, los delirios místicos de Carrió, la insignificancia conceptual de Macri o de Vidal, la violencia innata en cualquier declaración de Bullrich, las humoradas cada vez más grotescas de Luis Juez, las imputaciones judiciales

Casi como si replicaran el proceso del uróboro, la serpiente que se come la cola y que alimenta un ciclo eterno, que no para de repetirse, algunos articulistas y sus seguidores parecen querer sostener indefinidamente un circuito que no contribuye a que cada uno sea y viva mejor.



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Del *glamour* al síndrome
de abstinencia**

Desde hace años discutimos el uso de extranjerismos en nuestro idioma cotidiano. Tienta sobremanera decir que unos cuantos de quienes utilizan términos ajenos al castellano suelen hacerlo por esnobismo y ocurre que esa misma expresión proviene del inglés.

Aclaremos que ese no es el eje de esta Aguafuerte, pero si la paciencia de los lectores nos lo permite, ya vamos a alcanzarlo.

La lengua es algo mucho más vivo que las instituciones que pretenden regularla. La Real Academia Española suele tomarse años para aceptar la inclusión de alguna palabra que la calle y los hogares asimilaron y adoptaron mucho antes. En ese proceso de santificación los diccionarios suelen ajustar el original en función de la fonética y, de ese modo, “snob” agrega una “e” inicial para convertirse en “esnob”.

Hay otro concepto que nos interesa considerar y es “*glamour*”, que el diccionario oficial del español castellanizó eliminándole la “o”. Así quedó “glamur”, palabreja que se utiliza para significar que algo tiene “encanto sofisticado”.

Y ahí sí, por fin, vamos desembocando en lo que esta Aguafuerte quiere convertir en su núcleo.

No se trata de algo definitivamente novedoso, pues aquí ya escribimos acerca del tema. Pero queremos regresar una vez más sobre los viajes para detallar la recurrencia de una sensación que, en forma de fotografías mentales fugaces, continúa tomando por asalto nuestros recuerdos.

Lo llamativo es que las imágenes no se refieren (no suelen hacerlo) a lugares con *glamour* o glamurosos. Son sitios por los que hemos pasado o en los que nos detuvimos alguna vez y que somos conscientes que carecen de ese hechizo sensual fascinante que a otros les sobra o, quizás, solo han sabido vender que poseen.



A veces, los jacarandás de un suburbio achaparrado conmueven más que la imponencia de un distrito repleto de rascacielos, un palacio majestuoso o una catedral fastuosa.

Hay un barrio de la ciudad de México que se llama Colonia Escandón y que no posee el señorío y la elegancia que sí exhibe, por ejemplo, la zona de Polanco, cuyos edificios, mansiones, sedes diplomáticas y locales comerciales lucen una alta concentración de lujo. Claro que es gratificante pasear por sus calles umbrosas mientras apreciamos el armónico ensamblaje de arquitectura colonial y construcciones modernas. Pero Escandón, donde me tocó alojarme un par de veces en los últimos años, es dueña de un atractivo más terrenal. Camina uno por sus veredas estrechas pisando baldosas flojas que recrean con fidelidad experiencias propias de nuestros lugares de origen. A medida que avan-

zamos pasamos frente a vitrinas estrechas tras las que se ofrecen servicios de zapatería, cerrajería o peluquería de los que otras locaciones ciudadanas más cogotudas carecen o, en su defecto, esconden o disimulan. Alojarse en un departamento de Escandón propicia actividades placenteras como las de hacer las compras en la feria callejera que funciona un par de veces por semana. Se siente uno un chilango más cuando transita ufano esas aceras en ruta hacia pulquerías con paredes de azulejos y pisos regados de aserrín. Se demora nuestro recorrido cuando salimos a probar algunos de esos manjares picosos cuyos ingredientes son triturados en macizos molcajetes de infinidad de cantinas y marisquerías pletóricas de sabores. El placer alcanza proporciones grandiosas en alguna de sus taquerías modestas. A algunos compatriotas que anduvieron por allí, se les hace indudable el parecido de Escandón con el del barrio porteño de Villa Crespo y eso les basta para renunciar a la búsqueda del equivalente de Puerto Madero o Recoleta.



La insistencia con la que esas “fotos” se nos aparecen de pronto nos ha hecho preguntarnos por qué no son el Zócalo o el Museo Nacional de Antropología los que se manifiestan. Por qué seguimos recuperando callecitas humildes antes que la magnificencia de las pirámides de Teotihuacán o el misterio insondable de los cenotes yucatecos.

Así como ocurre con México, también Barcelona está estacionada perpetuamente en la región de nuestros afectos. Y así como lo hacen las Ramblas o la Plaça de Catalunya, entre otros lugares icónicos, igualmente recordamos con la misma gratitud un minúsculo restaurante, perdido en una callejuela de la Barceloneta, donde sirven los frutos de mar más exquisitos que probarse puedan.

El país catalán tiene otras ciudades atractivas que llenan los ojos, pero se les vuelve difícil disputarle el sitio de honor que en nuestras reminiscencias tiene el pequeño municipio de Llinars del Vallés, donde Enric y Maruja siempre fueron anfitriones afectuosos y contenedores.



La grandilocuencia turística de París jamás podría ponerse en duda, pero los días vividos junto a "l'amie" Valerie en una casita maravillosa cuyo parque se prolongaba hasta el mismísimo Sena, cercano ya a

su desembocadura en el Canal de La Mancha en la comuna normanda de Heurteauville, son difíciles de desalojar de entre los lugares que privilegia nuestra memoria.

Podríamos continuar rescatando otras “pequeñeces” entrañables que nos endulzan el espíritu, pero describir cada una de ellas aún seguiría siendo insuficiente para justificar que broten espontáneamente en cualquier momento. ¿Por qué lo hacen?

La única explicación plausible, por lo menos para el escriba de estas aguafuertes, es que -incluso en medio del síndrome de abstinencia que provoca- la imposibilidad de viajar escogió un modo poco virulento de expresarse. Nos recuerda cuantas experiencias han quedado fuera de registro; nos hace desear volver a esos sitios en los que amamos la vida, pero lo hace escogiendo recuerdos mansos que, en su amabilidad y recreación gratificante, amortiguan la laceración provocada por la ausencia de sabores mexicanos, colores mediterráneos, paisajismo de campiña francesa y mucho, mucho más. En caso de que uno fuera esnob, hubiese sido peor.



Aguafuertes del Nuevo Mundo

El progresismo genuflexo alimenta a la derecha

Cuando el corrimiento ideológico del Partido Socialista Obrero Español comenzó a hacerse evidente apareció en escena el Partido Popular, ofreciendo al electorado de España una auténtica opción de derecha. Durante años se pensó que más allá del PP solo estaba la pared. Sin embargo, como si un obús hubiese volteado el muro, de pronto quedó espacio para VOX, una agrupación situada en lo que muchos analistas definen como extrema derecha.

Hace algunos días, ese partido salió a justificar la ubicación que le atribuyen con una declaración que dejaba poco lugar a las dudas que pudiesen subsistir. El texto en cuestión reivindicó la avanzada conquistadora que España desarrolló en América cinco siglos atrás.

VOX

@vox_es · [Follow](#)

Tal día como hoy de hace 500 años, una tropa de españoles encabezada por Hernán Cortés y aliados nativos consiguieron la rendición de Tenochtitlán.

España logró liberar a millones de personas del régimen sanguinario y de terror de los aztecas.

Orgullosos de nuestra Historia 🇪🇸



7:00 AM · Aug 13, 2021 ⓘ

19.4K
 Reply
 Share

[Read 19.9K replies](#)

Según el pensamiento de la dirigencia de VOX la caída de Tenochtitlán ante el avance sangriento de Hernán Cortés significó la liberación de millones de personas del régimen de terror de los aztecas. Los ultraderechistas se declararon orgullosos de su historia, a contramano del dolor que de este lado del Atlántico provocó el militarismo hispano con su consecuencia de saqueo y genocidio.

La vindicación actual de aquella barbarie impulsada por la Corona y la iglesia sostiene y prolonga en el tiempo una estructura de pensamiento autoritario que, para expresarlo en clave gramsciana, no termina de morir.

En nuestros días, ese concepto atrabiliario de la vida se expresa también a través del presidente de Brasil y lo hizo hasta hace pocos meses con el anterior mandatario de los Estados Unidos.



Aunque no hayan alcanzado el poder efectivo, Francia tiene lo suyo con la dinastía de los Le Pen. Su estructura política, el Frente Nacional, convirtió en divisa principal la persecución de los inmigrantes igual que aquí, desde trincheras distintas, intentaron emular Hermes Binner o Miguel Ángel Pichetto.

Las correrías políticas francesas están atractivamente representadas en la serie *"Barón noir"* (2016), que las narra desde la perspectiva del partido Socialista pero que no oculta bajo la alfombra las miserias propias de quienes procuran obturar la llegada al Palacio del Elíseo de los referentes ultranacionalistas.

Una porción importante de las energías de la derecha (moderada o extrema) están dedicadas a convencer al resto de la sociedad de que

“el otro” no solo es diferente, sino que también es peligroso. Ese estigma se lo aplican a quienes llegan a sus territorios en pos de refugio, así como hace 500 años sirvió para justificar el exterminio de los pueblos invadidos por quienes no buscaban cobijo sino expansión imperial.

Hasta la llegada del nuevo milenio la derecha resultaba una posición incómoda, si no imposible. De ahí la construcción de ese eufemismo en que se guarecían algunos políticos vergonzantes: el “centro-derecha”. No obstante, ese prontuario trágico que la etiqueta carga justificadamente consigo pareció ir morigerándose paulatinamente en el imaginario colectivo y hoy se especula con las posibilidades de crecimiento de las fuerzas enroladas en ese sector del espectro.

En algunos mentideros políticos argentinos se enuncia cierta preocupación del flanco progresista ante esa alternativa y no faltan quienes sostienen que hay que adecuar el discurso para contener a los grupos juveniles seducidos por las propuestas de referentes del liberalismo más recalcitrante.

Es inevitable volver la mirada hacia experiencias como la española, en las que la deriva de partidos otrora ubicados del centro hacia la izquierda acabó por volverlos indistinguibles de aquellos con cuyas ideas alguna vez confrontaron.

¿Qué significaría eso entre nosotros? Más allá de la hipocresía de una maniobra por el estilo, ¿cuáles serán los límites de quienes estuvieran dispuestos a apoyarla? ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar?

¿Bajar las banderas de la defensa irrestricta de los derechos humanos? ¿Ceder ante reclamos de imposición de mano dura? ¿Limitar derechos sindicales? ¿Recortar partidas presupuestarias dedicadas a subsidiar sectores sociales vulnerables? ¿Resignar voluntad soberana? ¿Seguir contrayendo deuda externa impagable? ¿Continuar alentando maniobras de especuladores financieros y fugadores de divisas? ¿Renunciar a cualquier iniciativa de equilibrio distributivo de la riqueza? ¿Fomentar el crecimiento cancerígeno de los grupos económicos concentrados? ¿Reducir salarios de los jubilados, como alguna vez hizo ya un referente de este sector presuntamente en auge? ¿Frenar cualquier decisión de desarrollo industrial que sustituya importaciones y nos per-

mita mayores márgenes de autonomía productiva? ¿Desguazar el país suprimiendo provincias que constituyen “proyectos económicos inviables”?



Nuevos y antiguos jinetes del Apocalipsis criollo

Y, por otro lado, ¿cuándo se darán por satisfechos los representantes genuinos de ese ideario aciago? ¿En qué momento su voracidad y su mezquindad nos darán sosiego?

Es de una ingenuidad sin límites suponer que cualquier proyecto mínimamente preocupado por nuestra subsistencia digna como Nación pueda coexistir con estas concepciones monstruosas.

La dirigencia preocupada porque la derecha capte votantes jóvenes haría mejor en diseñar estrategias comunicativas efectivas para trasladar a la ciudadanía información precisa acerca de las consecuencias producidas por todos los regímenes de ese signo que arrasaron miles de vidas, destruyeron la capacidad productiva del país, multiplicaron el hambre y ensombrecieron nuestra cultura, antes que en defecionar rápidamente y sin resistencias frente al más mínimo atisbo de consolidación de esa tendencia perversa.



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Horizontes literarios que
orientan utopías**

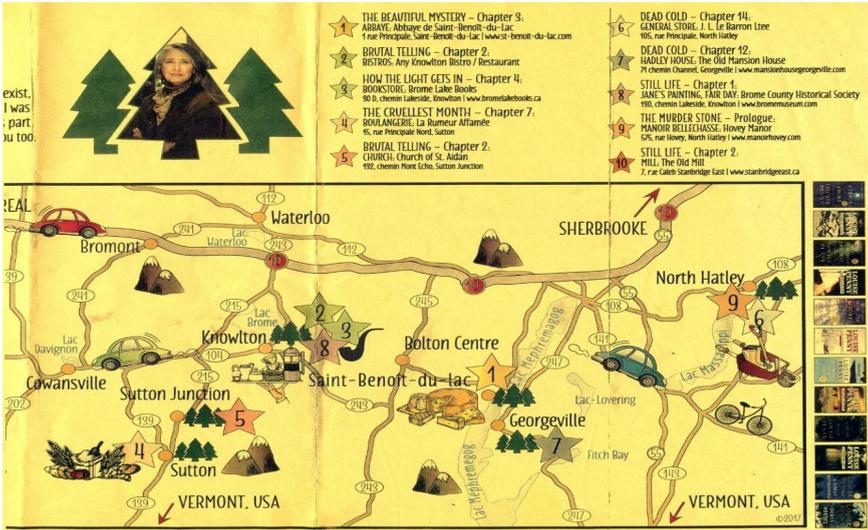


Desde hace dos meses convivo con Louise Penny. O, para evitar malos entendidos que no benefician a nadie, desde hace un par de meses disfruto la compañía de la obra de Louise Penny.

La tal Louise es una canadiense sesentona que un buen día dejó su labor periodística en la más que interesante Canadian Broadcasting Corporation para dedicarse a escribir ficción.

Pese a que nació en Toronto, capital de la provincia de Ontario y la ciudad más poblada del país del norte, la mujer quiso ambientar la

mayoría de sus obras en el pequeño poblado de Three Pines o Tres Pinos, en castellano básico. Sin voluntad alguna de establecer comparaciones que siempre son odiosas, esa decisión la iguala con creadores de todas las latitudes que también resolvieron edificar su propio cosmos: García Márquez lo hizo con Macondo, William Faulkner con Yoknapatawpha, Juan Carlos Onetti con Santa María y la lista sigue.



a localidad ficticia de Three Pines fue creada a partir de un conjunto de municipios de Quebec, cercanos a la ciudad de Knowlton.

El epicentro de muchas de las historias de Penny recibe su nombre de los tres árboles gigantescos y centenarios que constituyen el frontispicio y la marca visual más relevante de una comunidad integrada por criaturas entrañables y humanamente imperfectas que, siguiendo el hilo tendido por Balzac en su día, van repitiendo su aparición en numerosas novelas.

No obstante, esas no son las únicas características salientes de ese pueblo ficticio. Porque la buena de Louise escogió situarlo en los cantones de la provincia de Quebec, el territorio francófono de Canadá que vuelve a volver reincide con sus proclamas separatistas.



Los libros que Penny comenzó a escribir recién a los 40 años adscriben a un género a menudo bastardeado: el policial. Pero, si acaso le hiciera falta (hipótesis a la que no adscribimos), hacen mucho por ennoblecer una etiqueta que en su catálogo cuenta con algunos nombres tan significativos como los de Raymond Chandler, Ross y John D. Mc Donald, Dashiell Hammet, Henning Mankell, Andrea Camilleri, Patricia Highsmith, James Ellroy o el matrimonio sueco formado por Maj Sjöwall y Per Wahlöö, sin obviar, por supuesto, a Jorge Luis Borges.

Hay también en los libros de la autora que referimos una característica singular: las temáticas contextuales que rodean la anécdota ocasional de cada obra suelen tener continuidad de modo que un crimen resuelto en un texto es revisado en el siguiente y se detecta que hubo un error al señalar al victimario: la primera resolución es contradicha, el acusado injustamente es liberado y el verdadero culpable termina en prisión. De ese modo, Penny se permite volver falible a su protagonista estrella: el Inspector Armand Gamache, figura célebre de la Sureté (la policía de Quebec).

Ese arco narrativo integral que se despliega progresivamente en libros sucesivos también posibilita a los seguidores enterarse de la evo-

lución de esas figuras que envejecen, se jubilan, se divorcian o se vuelven a emparejar.

Es la mejor demostración de que la creadora busca configurar algo mucho más vasto que una historia congelada en el tiempo. La saga de Gamache construye un universo dinámico y en desarrollo que, además, se inviste de carácter adictivo. Es difícil desprenderse de la lectura continuada.

Una porción de responsabilidad de esa situación surge de la personalidad del propio Gamache. Es un policía ideal que en nada se parece a la imagen prototípica que hemos ido aquilatando de los integrantes de las fuerzas represivas reales. Armand es un hombre culto, que comprende las referencias eruditas y posee un profundo humanismo. Prefiere andar desarmado y sufre y se angustia cuando sus acciones generan violencia. Toda similitud con Chocobar y sujetos de su calaña es el disparate de una mente profundamente confundida.

Gamache y su equipo jamás harían cosas como las que nos enteramos que ocurren a través de las páginas de cualquier periódico argentino:

En Tartagal, Salta, se anunció la llegada a juicio de una causa contra el suboficial principal Gustavo Aníbal Cruz y el sargento ayudante Ciro Ramón Illesca que, en 2018, golpearon violentamente a un hombre que salía de trabajar; en Chaco el año pasado cuatro agentes policiales fueron separados preventivamente mientras permanecen bajo investigación de la justicia por las brutales agresiones contra jóvenes qom en la



ciudad de Fontana; en la provincia de Buenos Aires un grupo de policías violentos golpearon en patota al jefe del Comando de Patrullas que quiso persuadirlos de abandonar la puerta de la residencia del gobernador Kicillof; hace algunos días, en Villa Mercedes, San Luis, una mujer que fue a denunciar violencia de género a una comisaría recibió como respuesta más violencia de parte de al menos dos efectivos; uno de ellos intentó sacarle el celular y el otro la echó a empujones y le cerró la puerta.

Por otra parte, el personaje creado por Penny es dueño de una sensibilidad artística que le permite apreciar la música más exquisita, disfrutar del arte plástico o conmovearse con un buen libro.

Louise Penny ha dicho en muchas entrevistas que su esposo fue determinante en su obra. Michael Whitehead, un médico veinticinco años mayor que ella, apoyó su decisión de abandonar el ejercicio del periodismo para encarar la tarea literaria. “De muchas maneras, él era Gamache para mí”, suele explicar la autora.



Michael fue director de hematología en el Hospital de Niños de Montreal y falleció en 2016, a los 83 años, luego de haber desarrollado demencia. La escritora temió entonces que esa pérdida trajera consigo un desapego del personaje alter-ego de su esposo. Imaginó una gran

quebranto de la alegría y la desaparición de las ganas de escribir. Sin embargo, pocos meses después de su muerte Louise descubrió que Michael se había vuelto inmortal ya que, invocando a su policía de ficción, podía visitarlo cuando quisiera.

Cualquiera podría pensar que se trata de un discurso prefabricado y poco natural, pero lo cierto es que los libros de Penny siguieron fluuyendo, incluso cuando su primer lector/filtro ya no estaba. Y lo hicieron sin merma de la hondura dramática de sus personajes ni de las atmósferas siempre vívidas de las historias. Desde la partida de Michael cinco nuevas novelas hicieron que la “saga Gamache” trepara a diecisiete volúmenes. Penny es una escritora multipremiada y sus libros son verdaderos éxitos de ventas. Pero, además, la creadora reservó parte de sus energías para convertirse en portavoz de la Federación de Sociedades de Alzheimer de Quebec.

Sin dudas sería ingenuo pretender que de la noche a la mañana florezcan en nuestras fuerzas policiales voluntades éticas como las que pone en juego la escritora canadiense de la que hablamos. Seguramente son escasas nuestras probabilidades de encontrar estamentos de las fuerzas del orden decididos a enfrentar con tanta tenacidad la corrupción de sus compañeros de armas, como ocurre con Gamache. ¿Cuántos comisarios existen en nuestro país con su conocimiento de la historia?

Y sin embargo, cuando todo parece tan extravagante o ajeno a la realidad cotidiana en que vivimos, es el momento en que se refuerza nuestra convicción de que la buena literatura es capaz de presentarnos horizontes idílicos que orienten la construcción de nobles utopías.



Aguafuertes del Nuevo Mundo
**Reducción conceptual y
estrechamiento de la conciencia**



Aunque tributa a la revuelta parisina de 1830, en la conciencia colectiva "*La libertad guiando al pueblo*", de Eugène Delacroix, quedó indeleblemente asociado a la Revolución Francesa de 1789.

Parece una paradoja cruel y, sin embargo, es un retrato fidedigno de las asimetrías que dividen el planeta en sociedades opulentas y países pobres.

Mientras algunas naciones no han podido acceder a las vacunas que les permitan atemperar las consecuencias de la pandemia, otras tuvieron que destruir la droga que habían acumulado en exceso y superó la fecha de caducidad.

Es cuadro que representa a un mundo de egoísmo y mezquindades. Es el reino del "quemeimportismo" del otro: del sálvese quién pueda a escala global.

Aquellas divisas de igualdad y fraternidad que consagró la revolución francesa quedaron pisoteadas y olvidadas en la escalada de los poderosos y el desasosiego de los desposeídos.

¿Cómo llegan unos y otros a esa condición?

Un expresidente argentino con los bolsillos bien forrados aseguró sin vergüenza alguna que para acumular es imprescindible dejar de pagar impuestos. Después de semejante sinceridio, no queda mucho más para agregar y, en cambio, se despeja cualquier duda que pudiera subsistir acerca del espíritu solidario que late en los corazones de muchos ricachones.

Archivadas esas banderas, la restante (la de la libertad) queda vigorosamente disminuida.

Recordemos que el lema fue enunciado por Robespierre en 1790 y el gobierno francés de la Segunda República lo asumió oficialmente como propio en 1848. Fue el grito atronador en las gargantas de quienes defendían la democracia y luchaban por el fin de los regímenes tiránicos y opresivos.

En estos días, el mismo “fachatosta” que promueve alegre e impunemente la evasión fiscal pronunció una frase que retumbó de manera inquietante: el dirigente habló de la posibilidad de que el gobierno actual se “tenga que ir”. Cuando el Poder Ejecutivo apenas atraviesa la mitad de su mandato, ese augurio opositor despidió un tufo fuertemente destituyente.

La memoria colectiva se conmueve con el recuerdo siempre trágico que convoca cualquier maniobra de ese tipo. Pero quienes la auspician hacen gala de una gran coherencia: son los mismos que en medio de la efervescencia francesa de finales del siglo XVIII no hubiesen dudado en lapidar a los jacobinos por el mero reclamo democrático de “*Liberté, Égalité, Fraternité*”.

O, ¿de qué lado creen nuestros lectores que se ubicarían los guardianes del status quo, los defensores del privilegio y aquellos o aquellas que postulan el voto calificado y también el consumo calificado de marihuana, según sea que el consumidor viva en un barrio *cool* o acomodado o en una villa de casuchas humildes?



Cuando pedimos que se eleve el nivel del debate, sobre todo en épocas preeleccionarias, es para que no terminemos envueltos en debates inconducentes acerca de fotografías o prácticas sexuales.

Los disparadores de la discusión no deberían ser el morbo ni el odio congelado y resistente al tiempo. Aunque a muchos les cueste reconocerlo y se nieguen a aceptarlo, la ideología es insoslayable en estas circunstancias.

La distribución de la riqueza y los modos en que cada grupo político se propone encararla (o no) es una variable ineludible en estos días. La defensa de nuestro patrimonio soberano o el alineamiento con pretensiones extranacionales que nos afectan, es otra.

En un contexto diferente, la entrega territorial solo toleraría la caracterización de sus defensores como “infames traidores a la Patria”.

Hoy, las figuras dirigenciales con apetitos legislativos debieran estar ocupándose de fijar posición acerca de qué iniciativas llevarán al parlamento. ¿Con qué herramientas legales pretenden mejorar la calidad de vida de las personas? ¿Qué aportes significativos realizarán para mejorar la renta nacional y abastecer de modo suficiente el bolsillo de la ciudadanía? ¿Cómo proponen mejorar la calidad de la educación, los sistemas de salud, el acceso a la vivienda propia, la diversificación produc-

tiva, el desarrollo industrial, la defensa ambiental? ¿Cuáles deben ser las prioridades de la obra pública? ¿Qué propondrán para estimular las economías regionales? ¿Qué harán desde sus bancas para garantizar derechos de grupos minoritarios? ¿Cuál es su idea de la integración latinoamericana? ¿Cómo resolver las desigualdades en el flujo comunicativo, asegurando el derecho social a la información, la cultura, el arte y los espectáculos, sin que sean el privilegio de las élites?



Ya estamos grandes para creer que la falta de respuestas sensatas a estos interrogantes es azarosa o fruto de la incapacidad (que, en algunos casos, parece indubitable). El debate que se retacea es funcional a la voluntad de reducción conceptual que estrecha las conciencias.



Aguafuertes del Nuevo Mundo **Preguntas al PASO**



- 1 ¿El dictamen ciudadano del domingo es solo una advertencia o constituye una decisión firme que no variará de aquí al 14 de noviembre?
- 2 En cualquier caso, ¿de qué modo y en qué magnitud se pueden modificar tendencias en apenas 63 días, que son los que median entre las PASO y las elecciones definitivas de noviembre?
- 3 Dado que difícilmente la manifestación del electorado fue mono causal ¿cuáles son los ítems que completan el inventario y en qué proporción modula cada uno de ellos la decisión popular?

- 4 ¿Cuentan el oficialismo nacional y las administraciones provinciales y municipales con lectores capacitados para interpretar y dar respuestas al temario que surge del punto anterior?
- 5 ¿Los tienen los grupos opositores?
- 6 ¿A quiénes les interesa más esa lectura y cuán dispuestos están a considerarla honesta y exhaustivamente?



- 7 ¿Es la foto del cumpleaños de Olivos el equivalente al cajón quemado por Herminio Iglesias hace casi cuatro décadas? Si aquella imagen espejó el carácter del caudillo bonaerense y sepultó sus ambiciones políticas junto con las chances del Justicialismo, ¿puede tener la misma contundencia el retrato del festejo en la residencia presidencial? ¿Es justo que la historia de vida de Alberto Fernández sea cotejada con la de aquel rústico aspirante a la gobernación bonaerense?
- 8 Además de evaluar la forma en que el gobierno enfrentó la amenaza del Covid-19, ¿existe algún modo de ponderar el peso específico propio de la pandemia sobre el ánimo y la decisión ciudadanas?

- 9 A la hora de cierre de esta Aguafuerte ya se llevan registrados 43 casos positivos de Covid-19 entre los alumnos y alumnas de un colegio porteño. A la luz de esta experiencia ¿alguien reconsiderará las afirmaciones categóricas que se hicieron cuestionando la suspensión de clases presenciales?



- 10 En la conciencia de una porción importante de la ciudadanía, el fortalecido Horacio Rodríguez Larreta ¿es sustancialmente distinto a Macri? ¿En qué aspectos?
- 11 ¿Qué garantías ofrece una futura gestión cambiemita de que no volverá a gobernar con un combinado de CEOS carentes de toda sensibilidad social?
- 12 Si resultara cierto que la gestión de María Eugenia Vidal en la provincia de Buenos Aires fue un desastre como señalan los dirigentes del oficialismo, ¿puede confiarse en que en menos de un par de años también se olviden los posibles errores cometidos por la actual administración nacional?
- 13 ¿Las encuestas y pronósticos fallan escandalosamente porque están mal planificados y ejecutados o porque las personas les mienten a los encuestadores?
- 14 El gobierno de Alberto Fernández comunica decididamente mal, pero ¿acaso no se defendía De la Rúa reconociendo como único

error la falta de habilidad comunicativa de su gobierno? ¿No es escaparse por la tangente o tomar la salida fácil concentrar la autocrítica en la inhabilidad para llegar a la ciudadanía y obviar que hay núcleos de acción gubernamental que no estuvieron a la altura de las circunstancias?

- 15 Creemos que con una cuota importante de ligereza se justifica el caudal de votos obtenido por Milei en el hartazgo cívico con los políticos tradicionales y el rechazo al sistema. ¿Serán esas las verdaderas razones o es el cauce que ha encontrado la derecha autoritaria para encarnar en una opción similar a la de Trump, en Estados Unidos o Bolsonaro, en Brasil?



- 16 ¿Por qué algunos medios celebraron la performance del radicalismo si su candidato fetiche perdió en provincia de Buenos Aires, Negri hoció en Córdoba y Vidal se llevó puestas a las listas con las que la UCR pretendía confrontar en capital federal?
- 17 ¿Qué significa que fuerzas provinciales como el MPN y Juntos Somos Río Negro, que suelen debilitarse en elecciones legislativas o intermedias, hayan ganado esta vez con relativa comodidad?



- 18 Durante una entrevista televisiva ocurrida unos días antes de las PASO el precandidato a diputado del Frente de Todos en la ciudad de Buenos Aires Matías Tombolini exhibió un notable desempeño y demostró su amplio conocimiento acerca de un conjunto variados de temas. Su nombre integró la boleta que presidía Leandro Santoro, otro enjundioso sujeto de ideas y verba florida. ¿Qué nos dice la postergación en el gusto popular de postulaciones como estas (o, quizás, como la del propio Facundo Manes en provincia de Buenos Aires) frente a opciones de menor riqueza conceptual y expresiva? ¿Cómo sostenemos nuestros planteos quienes reclamamos históricamente el debate de propuestas y no la contienda de egos y de insustancialidades que, como ya sostuvimos aquí citando a Hanna Arendt, solo enmascaran la «banalidad del mal»?

El Autor

Ricardo Haye se graduó como Licenciado en Ciencias de la Información en la Universidad Nacional de La Plata y como Magister y Doctor en Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Lleva cuatro décadas en el ejercicio de la docencia universitaria, la que ha combinado con su actividad como realizador radiofónico.

Impartió cursos de grado y posgrado en la Argentina, Chile, Ecuador, México y España. Participó en congresos y actividades académicas realizados en todos esos países y en Brasil, Perú, Uruguay, España, Suiza, Francia y los Estados Unidos.

Su tarea profesional en la radio fue reconocida con los premios Binacional “Río de los Pájaros” (2013 y 2014) y Martín Fierro (1999).

Es autor de los libros *“Hacia una nueva radio”* (Paidós, Buenos Aires, 1995); *“La radio del siglo XXI. Nuevas estéticas”* (CICCUS/La Crujía, Buenos Aires, 2000); *“Otro siglo de radio”* (La Crujía, Buenos Aires, 2003) y *“El arte radiofónico”* (La Crujía, Buenos Aires, 2004). Fue compilador y co-autor de *“Radios universitarias argentinas”* (ARUNA, Asociación de Radios Universitarias Nacionales de Argentina y Universidad Nacional de La Matanza, San Justo, 2015); *“Radio, comunicación y nuevas tecnologías. Encrucijadas del nuevo milenio”* (ARUNA, Asociación de Radios Universitarias Nacionales de Argentina y Universidad Nacional de Avellaneda, Avellaneda, 2016) y *“Pensar las radios. Reflexiones desde las cátedras, talleres y otros alrededores”* (ARUNA, Asociación de Radios Universitarias Nacionales de Argentina y Universidad Nacional de Avellaneda, Avellaneda, 2018).

Artículos periodísticos de su autoría fueron publicados en revistas argentinas, mexicanas, españolas, ecuatorianas y brasileñas. Ha escrito numerosas colaboraciones en el diario Página/12.

En dos ocasiones y por un total de seis años dirigió la radio universitaria Antena Libre FM, perteneciente a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue, en la que sigue colaborando como productor de contenidos. En esa misma casa de estudios se desempeña como profesor desde 1984 y como investigador académico desde 1998. Hace un par de años también se integró al plantel docente del Instituto Universitario Patagónico de las Artes (IUPA), donde coordina el Taller de Guion de Series y Telenovelas de la carrera de Tecnicatura en Guion.

El prologuista

Claudio Asaad nació en la ciudad de Río Cuarto donde actualmente reside. Egresó de la UNRC con el título de Licenciado en Ciencias de la Comunicación. En la década del 90 del siglo XX, estudió en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde obtuvo el título de Master en Comunicación Interactiva (Telecomunicaciones y Multimedia) y de Magister en Comunicación Audiovisual y Publicidad.

En la actualidad trabaja como Profesor en las carreras de Ciencias de la comunicación de la UNRC en el área de formación vinculada al análisis, producción y realización audiovisual, así como también en asignaturas relacionadas con la tecnología de la información. También se desempeña como docente de posgrado.

Además, dirige un grupo de investigación financiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica acerca de las narrativas transmedia y la geolocalización en una experiencia de construcción colectiva de la memoria sobre la historia del arte y la cultura en la ciudad de Río Cuarto.

En lo profesional ha sido guionista y realizador de los medio metrajés ficcionales “*Libano*” y “*Nubes*”. Escribe sobre diferentes temas y géneros cuando puede y surge esa posibilidad.

Agradecemos a la emisora *Antena Libre*, perteneciente a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue y al portal *Va con firma* (www.vaconfirma.com.ar) por contribuir con sus archivos sonoros y de materiales gráficos que acompañan los textos aquí compilados.

Se terminó de imprimir en diciembre de
2022 en PubliFadecs
Departamento de Publicaciones
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue
General Roca, Río Negro, Argentina.